IRENE ADLER

SHERLOCK, LUPIN Y YO

La CATEDRAL del MIEDO

La familia de Irene se ha mudado a Évreux, en Normandía. Allí, una dama desconocida aborda a Irene y, tras murmurarle oscuras palabras sobre el peligro al que está expuesta su madre, se esfuma misteriosamente. No es más que el primero de una serie de acontecimientos inquietantes que Irene, Sherlock y Lupin tratarán de aclarar. Los jóvenes, de hecho, acabarán sabiendo de la existencia de una cripta secreta en el subsuelo de París, donde se halla una antigua reliquia que, según dicen, tiene un inmenso valor…

Irene Adler

La catedral del miedo

Sherlock, Lupin y yo - 4.0

ePub r1.0
Titivillus 04.03.2019

Título original: *La cattedrale della paura*
Irene Adler, 2013
Traducción: Miguel García
Ilustraciones: Iacopo Bruno

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.0

Índice de contenido

Cubierta

La catedral del miedo

Capítulo 1. Regreso a casa

Capítulo 2. Una villa rural

Capítulo 3. Una habitación de color lila

Capítulo 4. Una delicada escritura femenina

Capítulo 5. Un huésped inesperado

Capítulo 6. Un río impetuoso

Capítulo 7. Un ajedrecista sin suerte

Capítulo 8. Corchetes y secretos

Capítulo 9. Una buena reparación

Capítulo 10. Una familia singular

Capítulo 11. Una decisión en común

Capítulo 12. Los alquimistas de París

Capítulo 13. El archivo Dumas

Capítulo 14. La Dama de las Camelias

Capítulo 15. El sótano del Cardenal

Capítulo 16. Descenso a la oscuridad

Capítulo 17. El corazón tenebroso de París

Capítulo 18. La voz del gran maestre

Capítulo 19. Un emperador

Capítulo 20. Las verdades más oscuras

Capítulo 21. Un día fuera de lo común

Capítulo 1

REGRESO A CASA

Las guerras no se libran nunca en el campo. Allí se contemplan de lejos con los ojos indulgentes e hipócritas de los más viejos, que confunden deliberadamente el humo negro de los incendios con el de hogueras para así tranquilizar a los niños. Atravesando la campiña francesa en las lentas etapas de nuestro viaje de vuelta al continente, cobijados en la dulzura de los cerros y los brazos intrincados de los árboles, podíamos permitirnos el lujo de creer que todo cuanto afirmaban los rumores propagados por la gente era falso. Pero no lo era, todos lo sabíamos. Y mi padre, mi madre y yo habíamos escapado lejos, sí, pero ahora habíamos vuelto. Vendedores callejeros que no sabían ni leer aireaban a grandes voces las funestas páginas de los periódicos, y los nombres que yo oía —Le Mans, Saint-Quentin, Lisaine— pasaban por mi cabeza fugaces como golondrinas. No quería saber nada acerca de la guerra, porque tenía la impresión de que, si empezaba a informarme de lo que realmente estaba sucediendo en mi ciudad, París, habría podido enloquecer del disgusto. O, peor aún, habría querido que volviéramos a la casa que habíamos abandonado hacía ya seis meses.

En efecto, había transcurrido todo un invierno desde que tomáramos el transbordador para Dover, desde donde habíamos

continuado hasta Londres en uno de esos trenes formidables por los cuales los ingleses son con justicia famosos. La travesía de ida, según mi padre, debía marcar el comienzo de nuestra nueva vida. Un corte radical, como hecho con un cuchillo, entre lo que había ocurrido antes y lo que ocurriría allí, en Inglaterra, lejos de la guerra que estaba convulsionando París.

En los meses que habíamos pasado al otro lado del canal de la Mancha, los franceses habían perdido todo cuanto podían perder: una guerra y buena parte de su dignidad. Siempre en opinión de mi padre, que, pese a haber vivido toda su vida en París, no era de origen francés. Era prusiano, como aquellos que habían ganado la guerra, y eso lo ponía bajo una extraña luz a ojos de quienes habían sido sus amigos. Además, tenía importantes contactos que, incluso durante la guerra, le habían permitido seguir trabajando. Al hierro, a eso se dedicaba mi padre. Y aunque nunca, ni siquiera una vez, me confesara que el hierro que trabajaban en las acerías Adler había servido para fabricar mosquetones y balas de cañón, yo sabía que, en cierto modo, no lamentaba tanto que estuviéramos en guerra.

—Esta es una época de grandes cambios… —me decía cuando era más pequeña, revolviéndome el pelo—. Quién sabe, puede que de ella surja un mundo mejor en el que vivir, hija mía.

Y a veces, acompañando aquellas palabras suyas, «hija mía», yo notaba que su mano temblaba un poco, tan imperceptiblemente que hicieron falta muchos años, y muchas aventuras, para que recordara aquel de talle cuyo significado ahora, cuando escribo, me resulta clarísimo.

«Hija mía», decía mi padre antes de que estallase la guerra y cambiara el papel de cada cual: hubo ricos que se empobrecieron, rebeldes que se convirtieron en hombres de Estado, soldados que desertaron y desertores que fingieron haber luchado en defensa de nuestra bandera.

Una bandera que, pronto descubrí, los tumultuosos acontecimientos de aquellos meses se habían llevado consigo, como tantas otras cosas.

—Según parece, la enseña de Francia ya no existe… —leyó mi padre un día, en nuestro viaje de regreso. La bandera era la de la Revolución, azul, blanca y roja.

—¿No? ¿Qué ha sido de ella? —preguntó mi madre, acurrucada en el rincón más resguardado del carruaje, con voz debilísima.
Mi padre no contestó o, si contestó, yo no lo oí, porque miraba el campo que corría apaciblemente por la ventanilla.
Otro tajo de cuchillo, pensaba yo. Una segunda travesía de la Mancha, esta vez a la inversa, de Dover a Calais.
Londres, la brumosa Londres, se había difuminado en la grisura.
Nuestro viaje de vuelta no fue ni agradable ni bonito. Y no solo por las condiciones de salud de mi madre. Me acordé de que, cuando el otoño anterior habíamos dejado Francia, el mayordomo de nuestra familia, el señor Horace Nelson, había sufrido de modo particular en la travesía. Él mismo me explicó más adelante la horrible experiencia que había vivido muchos años atrás a bordo de un barco: enrolado como marinero, fue acusado de haber matado a una pasajera y de haberla tirado por la borda. Y cuando el barco atracó en Londres, fue arrestado injustamente por Scotland Yard.
En cambio, en el viaje de vuelta de Inglaterra a Francia, Nelson había estado en la cubierta principal olisqueando el aire que llegaba del continente. Enorme, como un oscuro mascarón de proa, había permanecido inmóvil, con la mirada fija en el sur, como si entre aquella bruma salobre pudiera percibir el resplandor del acero y las explosiones de la pólvora.
Mi padre se había quedado todo el tiempo en el camarote atendiendo a mi madre, que, pálida como una vela de sebo, parecía desaparecer en la cama de tanto como la había consumido la enfermedad. Los médicos ingleses, e incluso uno de Viena que mi padre había mandado llamar, no habían tenido dudas a la hora de diagnosticar el mal que la aquejaba.
—Grave infección pulmonar. Es culpa del humo —habían dicho.
Y eso fue todo.
Mi padre había posado en mí aquella mirada suya, increíblemente digna, de compasión que ya había visto ensombrecerle el rostro en otras ocasiones y que además era la verdadera razón por la que, mientras vivió, jamás le pregunté si, aparte de raíles y ruedas de trenes, alguna vez había fabricado armas.
—Si el médico austríaco también lo cree, hija mía, es que debe de ser cierto —me había susurrado.
Mi padre, hasta el último momento, albergó esperanzas de que no

fuera así, de que mi madre sufriera una pulmonía o una gripe especialmente aguda y nada más. La consolaba diciéndole que pronto llegaría la primavera y que la floración de los ciruelos y el polen de los tilos de Hyde Park resquebrajarían aquel horrible invierno londinense, pero había servido de muy poco.

Las manos de mi madre perdían color día tras día, los accesos de tos se volvían cada vez más pronunciados y dolorosos, y el pulso en sus muñecas enflaquecidas y pequeñas era cada vez más débil.

Mientras tanto, mi padre y yo cenábamos sin cruzar ni una palabra. Un silencio tentacular, solo roto por el tictac del reloj de péndulo y el tintineo de los platos de la vajilla de Limoges, se había adueñado de nuestra casa de Aldford Street.

—¿Sigues viendo a ese amigo tuyo? —me preguntaba casi todas las noches, olvidándose de mi respuesta, siempre la misma. Mi amigo se llamaba Sherlock Holmes, y sí, nos veíamos con cierta frecuencia, aunque la enfermedad de mi madre la había disminuido—. ¿Seguís estando tan unidos?

Sí, lo estábamos. Detrás de aquella pregunta se escondía otra mucho más complicada de hacer. Mi padre estaba pensando en un nuevo traslado, en abandonar Londres, y de aquel modo tan torpe, tan típico de los hombres, intentaba averiguar cuánto me afectaría aquella noticia.

Abandonar Londres justo cuando acabábamos de llegar. No me habría afectado tanto si me lo hubiera preguntado directamente. Pero nunca lo hizo.

Únicamente me comunicó nuestra fecha de partida.

Así que habíamos vuelto a Francia, pero no a París, porque de la capital no llegaba ni una sola noticia que sonara mínimamente tranquilizadora. Mi padre había comprado una casa de campo en la villa de Évreux, a unos cien kilómetros al oeste de París, y hacia allí nos dirigíamos en el carruaje. Eran las colinas de dicha villa las que yo contemplaba desde la ventanilla. Con las manos sobre las rodillas, apretaba los puños como si sujetara algo, un pensamiento, una idea, una sensación de melancolía, y me esforzaba por no mirar ni a mi padre, de rostro sombrío como un cielo tormentoso, ni a mi madre, sentada frente a él tan pálida como un espectro.

En una de las paradas de aquel largo viaje de regreso, le pregunté a Horace qué sabía del mal que padecía mi madre, y él se limitó a

menear la cabeza. Mi padre solía fumar algún que otro puro en casa, pero solo después de la cena y ni siquiera todas las noches. ¿Cómo habían podido sufrir semejante daño los pulmones de mi madre?

—No se trata del tabaco, señorita Irene —me explicó el señor Nelson—. La enfermedad de su madre se debe al aire de la ciudad. A las emanaciones de las chimeneas y de las fábricas que tanto abundan en Londres hoy en día. Su madre tiene los pulmones muy delicados y aquel aire era como veneno para ella.

En efecto, así era el aire londinense: había días en que tenías que abrirte paso entre una cortina de hollín denso y asfixiante. Recordaba incluso cómo algún chaparrón había trazado en mi ropa regatos como de lágrimas negras. Ese era el mal que aquejaba a mi madre, agravado por una acusada nostalgia de Francia y de las maneras francesas.

—¿Por eso no hemos ido a vivir a la campiña inglesa, a Bath u Oxford? —le pregunté al señor Nelson. Sabía que debería habérselo preguntado a mi padre, pero hablar con él se había vuelto insólitamente difícil. El hombre alegre y dulce de pocos meses atrás, el que me abrazaba y me hacía girar en el aire en torno a él, había empezado a esconder sus sentimientos tras un telón bajado, como el de un teatro que hubiese cerrado repentinamente sus puertas.

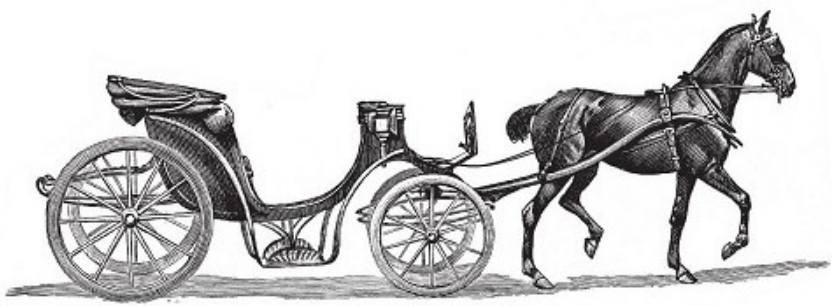
—Su padre piensa que volver a Francia le hará mayor bien a la señora que cualquier otra cura… —me contestó el señor Nelson mientras nos disponíamos a reanudar el viaje—. Y yo creo que tiene razón.

Yo también lo creía.

Era el 6 de marzo de 1871.

Capítulo 2

UNA VILLA RURAL



La casa de campo que mi padre había adquirido se encontraba justo a la salida de la villa de Évreux, una población de casitas bajas apretujadas en torno a una majestuosa catedral que, cuando la divisé desde el carruaje, me dio miedo. Se veía desde una gran distancia y descollaba sobre las demás construcciones del pueblo con su doble campanario y sus pináculos, afilados como puntas de flecha. El rosetón central, que daba a un parque, me pareció un remolino dispuesto a tragarme, así que aparté la mirada.

—Ahí tienes una de tus catedrales… —dijo mi padre sonriendo y apretándole la mano a mi madre cariñosamente—. ¿Ya te sientes un poco más en casa, querida mía?

Ella asintió y una débil sonrisa le iluminó la cara. A nuestro paso se alzó un revuelo de cuervos. Dejamos atrás la catedral y las tiendas del pueblo y rodamos sobre la arcada de un puente. Nuestra nueva casa apareció inmediatamente después, a la izquierda, pe ro desde mi asiento en el carruaje me resultaba imposible verla.

Aquello era demasiado para mí.

—¡Irene! —me gritó mi padre cuando me vio manipular la cerradura de la portezuela.

No oí más. Abrí la puerta y saqué el cuerpo agarrándome a la barra de latón del portaequipajes, que corría poco más arriba de la ventanilla. Me aupé de un solo movimiento bien equilibrado, como

me había enseñado a hacer Arsène Lupin, mi otro amigo, al que estaba igual de unida que a Sherlock.
Desde el pescante se clavaron en mí dos pares de ojos atónitos, pero Horace le hizo seña al cochero de que fingiera que todo era normal y prosiguiera sin más.
—Tenga cuidado con los bultos, señorita Irene —me amonestó el señor Nelson con un tono de voz que, no obstante, no sonó nada preocupado—. No estoy seguro de que todos estén bien sujetos al vehículo.
No le creí, pues conocía su meticulosidad, y me senté en uno de los baúles de mi madre mientras mi padre, desde dentro del compartimento, golpeaba con el bastón el techo bajo mis pies en un intento de convencerme para que volviera con ellos al lugar en que una señorita como yo debería estar. Daba la impresión de que, dada la enfermedad de mi madre, mi padre hubiese decidido desempeñar también el papel de ella.
Resoplé y me concentré en lo que veía.
La casa tenía un amplio jardín que bajaba hasta la orilla del río, donde se convertía en un tupido cañaveral. Entreví un embarcadero de madera que se adentraba en el agua, pero el carruaje cambió de dirección y embocó el camino principal, flanqueado por dos filas de olmos seculares. La casa era tan pequeña como un pastelillo. Tenía dos plantas, y había una hilera de ventanas redondas que se abrían en el tejado. La verja, asaltada por plantas trepadoras, costaba de abrir, y las ramas caídas en la tierra batida del camino se partían ruidosamente bajo los cascos de los caballos. Alguien se había ocupado de abrir las contraventanas antes de nuestra llegada, pero resultaba evidente que, al menos en la última estación, la casa había estado deshabitada. De las chimeneas salía un hilo de humo que me tranquilizó, porque, pese al olor a primavera, en el campo el aire aún era de un frío cortante.
Me volví y suspiré de alivio al constatar que la sombría catedral ya no era visible. La carretera que habíamos recorrido hasta aquel momento bordeaba todo el jardín y proseguía hacia otras propiedades. Avanzamos por el denso entramado de sombras que proyectaban las ramas y finalmente nos detuvimos ante la entrada de la casa, donde nos esperaban dos sirvientas y cuatro camilleros que se ocuparían de mi madre.

Mi padre bajó a dirigir las operaciones y desapareció en la casa sin recordar siquiera que acababa de reprenderme. Yo estaba muy impresionada por cómo se prodigaba de todas las maneras posibles con mi madre y, resultaba evidente, por lo perdido que se sentía sin ella.
Por unos instantes, me limité a seguir las sombras de los demás dentro de la casa a través de los gruesos cristales de las ventanas. Hasta que Horace pasó por mi lado cargado de bultos.
—¿Qué le parece si le echo una mano? —le pregunté, aprovechando la ausencia de mis padres para tomarme una libertad impensable en una señorita.
Sin esperar su respuesta, que sabía que sería negativa, desaté las cuerdas que sujetaban el equipaje y, cuando volvió para hacer un segundo viaje, fui descargando maletas del carruaje y depositándolas en sus brazos.
A mi espalda, las cañas de la ribera del río ondulaban suavemente.
No entré en seguida.
Di una vuelta alrededor de la casa, observándola con la mirada atenta y recelosa de quien ya se ha mudado más de una vez y prefiere identificar lo que no está bien antes que los elementos atrayentes con los que encariñarse inútilmente.
Sin embargo, pese a mis reservas, la casa me gustó muchísimo y, cuando casi había completado mi rodeo, vi algo que acabó con mis últimas dudas.
Corrí por la hierba hacia la orilla del río hasta donde, a poca distancia del agua, se mecía un columpio.
No podía dar crédito a tanta belleza. Acaricié las cuerdas y el asiento de madera, sintiéndome como dentro de uno de esos paisajes bucólicos que las señoras de la buena sociedad adoraban colgar en las paredes de sus salones. Meneé la cabeza al pensarlo y muy pronto me abandoné al balanceo del columpio.
Tenía que escribir en seguida a mis amigos. Avisarles de que me encontraba allí, pedirles que me hicieran llegar sin falta noticias suyas, que vinieran a verme…
Me eché a reír. ¿Qué era lo que tenían que venir a ver? ¿Un columpio? ¿Un rincón pintoresco?
Esperé a que atardeciera para ver si alguien se acordaba de mí.
Solo entonces, en cuanto oí que me llamaban, entré en casa.

Durante la cena fue como si mi padre hubiera recobrado la facultad de hablar. Tenía la cara arrebolada y acalorada e insistía en que yo también opinara sobre si aquella casa resolvería todos nuestros problemas. Estábamos solos, como cada noche desde hacía ya tiempo, pero por una vez me pareció que volvía a ser el hombre fuerte e inquebrantable que conocía, capaz como nadie de infundirme una gran sensación de seguridad.
Le contesté que aquella casa era muy bonita y que apreciaba los esfuerzos que había hecho para encontrarla.
—¡Tonterías! —repuso—. La he conseguido por unos pocos francos. ¡Con lo que está ocurriendo en París!
Sentí que el corazón se me encogía. No sabía nada de lo que acontecía en París, salvo las pocas noticias que mi amigo Lupin me escribía en su última carta, que databa ya de hacía más de dos semanas.
—¿Es peligroso? —le pregunté.
—¿Peligroso? Es mucho más que peligroso, es absurdo. ¡Imagínate a un puñado de canallas decidiendo por todas las personas de bien! —exclamó mi padre con un énfasis hasta exagerado—. Eso es lo que ocurre. Y si alguien no recupera pronto el control, cada vez será peor.
—¿Peor que qué? —le pregunté.
—¡Peor y punto! Lo dice incluso Gautier, ¡la ciudad se ha convertido en un manicomio! ¡Lo que hace falta es que regrese Napoleón III, y hace falta ya! —vociferó. Pero sonreía con los ojos.
Y entonces me encaré con él, con aquel padre de nuevo tan contento de hablarme de política, y aunque no comprendí verdaderamente los temas de los que hablamos, para mí bastaron su recobrado buen humor y su animación para sentirme aliviada.
—¿Papá? —le pregunté luego, al acabar de cenar, mientras retiraban nuestros platos en una bandeja de plata—. ¿Quién vivía en esta casa antes de que llegáramos nosotros?
Él se limpió la boca con la servilleta, hizo un gurruño con ella y la miró largo y tendido, como si se tratara de un antiguo mapa del tesoro. Al final me respondió:
—¿Subimos a darle las buenas noches a mamá?

Capítulo 3

UNA HABITACIÓN DE COLOR LILA

Pasamos nuestra primera semana en Évreux. Y fue una buena semana. En el piso superior de la casa había cuatro dormitorios vacíos, pero yo elegí un quinto que no era una auténtica habitación, sino el desván. Era un espacio vasto, de paredes encaladas, dominado por las gruesas vigas inclinadas que sostenían el tejado, con ventanas redondas que daban al jardín, el cañaveral y el meandro del río. Obtuve la ayuda de Horace para subir un colchón y lo extendí en el suelo sobre una alfombra, para horror de mi padre, que volvió a encarnar el papel de hombre preocupado.
—Una señorita no debería… —empezó a rezongar cuando le enseñé el colchón en el suelo y la lamparilla al lado, sobre una pila de libros.

Lo interrumpí abrazándolo con ímpetu.
—No debería golpearse la cabeza cada vez que se levanta de la cama —terminé la frase por él—. ¡Tranquilo, papá, tendré cuidado!
En efecto, el desván era espacioso, pero de techo bajo, y cualquier otra cama habría resultado asfixiante. Mi propio padre lo miraba todo con los hombros ligeramente inclinados hacia delante. Observó el baúl de mi ropa, abierto en un rincón de aquella gran estancia, y los vestidos que había colgado por todas partes, encajando las perchas directamente en los agujeros que había hecho la carcoma en la madera, como si de una extravagante *boutique* de moda se tratase.
—Creo que necesitas urgentemente un preceptor… —murmuró rascándose la cabeza. Luego se agachó para bajar por la estrechísima escalera que comunicaba con la planta de los demás dormitorios.
—¡Hay espacio de sobra para él en la casa! —le contesté, contenta. No porque quisiera tener preceptor, sino porque no se había opuesto a que me instalara en el desván.
»¿Ha visto? —le dije a Horace cuando nos quedamos solos—. ¡Ha dicho que sí!
Él trajinó con las ventanas que daban al jardín y luego asintió, satisfecho.
—¿Se ha asegurado de que se abran sin hacer ruido? —me preguntó.
Fui hasta él, sorprendida.
—¿Cómo dice?
—Las ventanas —continuó— son muy viejas y las bisagras están oxidadas. No me gustaría tener que oírla cuando empiece a escaparse a escondidas de la casa, señorita Irene, o cuando alguno de sus buenos amigos, por algún motivo, venga a verla.
Di un respingo. ¿Cómo sabía que mi intención era precisamente escribir a Sherlock y a Arsène?
Sacando la cabeza por una ventana, Horace examinó el tejado inclinado.
—Por aquí ni pensarlo. Por aquí tampoco…
Se detuvo en la tercera ventana.
—Quizá por esta, la rama del olmo no parece demasiado lejos del canalón. Claro está que tendrá que poner mucho cuidado en no

resbalarse.
Me miró socarronamente.
—¿Qué es lo que quiere decir exactamente, Horace?
—¿Yo, señorita Irene? Según usted, ¿qué quiero decirle?
—Soy yo quien se lo pregunta a usted.
—Ah, muy bien…
El señor Nelson se rascó la barbilla, fingiéndose pensativo, y luego cruzó los brazos sobre el pecho y arqueó cómicamente una ceja para subrayar la ironía de sus palabras.
—Lo que digo, señorita, es que, pasados los primeros días de exploración de la nueva casa, tal vez le apetezca darse una vuelta por su cuenta, como las que solía dar los miércoles y los viernes en Londres. Quizá una salida de la que sería mejor que no se enteraran sus padres. Para no preocuparles, por supuesto, no porque usted haga nada indebido. Y he de decirle, confidencialmente, que por mí no se enterarán, desde luego.
Horace abrió los brazos, como abarcando el desván.
—Pero podrían suponerlo por los crujidos de este desván, que está encima de sus cabezas, por las ventanas, que no podrá cerrar desde fuera y batirán con el viento o, Dios no lo quiera, por una rama o un canalón que cedieran de golpe bajo el peso de un físico tan, digamos, saludable como el suyo, señorita Irene.
Terminó de hablar con una amplia sonrisa que me dejó totalmente rendida. Nunca lo había oído dirigirse a mí de ese modo. Una vez más, sin embargo, tuve que reconocer que el señor Nelson era la persona que mejor me conocía en este mundo y le devolví la sonrisa. Yo encontraba magnífico aquel desván precisamente porque me daba la impresión de ser el lugar más aislado y protegido de la casa, y por eso mismo también el más lejano e inaccesible desde el exterior. Horace me estaba dando la posibilidad de decidir si quería sepultarme entre mis cosas, mis libros y mis pensamientos en aquel desván o si estaba dispuesta, en cambio, a escaparme otra vez, para lo cual debería elegir una habitación de abajo desde la que poder entrar y salir fácilmente.
Dudé y él aprovechó la ocasión:
—¿No ha visto, señorita, el curioso ventanal saliente de la habitacioncita lila, la que hace esquina?
—¿La que tiene el ventanal cubierto de enredaderas?

—Sí —me contestó él—. La habitación de la trampilla minúscula.
Me atusé el pelo con gesto nervioso, tratando de disimular mi interés.
—¿Una trampilla? —repetí con aire distraído.
—Está un poco oxidada, sí. Pero creo que comunica con una escalera de caracol igualmente minúscula que baja justo por en medio de las enredaderas…
—¿Horace?
—¿Qué, señorita Irene?
—¿Por qué me está diciendo todo esto?
—Porque, como le he dicho, la trampilla chirría de manera insistente y, por mucho cuidado que usted pueda poner, creo que siempre lo hará un poco. Pero resulta que la primera habitación junto al ventanal es la mía. Suponiendo que me diera cuenta de que sale para alguna de sus correrías, preferiría saberla entre el follaje de las enredaderas que colgada de un canalón del segundo piso.
Miré el desván que me rodeaba: un espacio libre y tranquilo, como encerrado en una cáscara de madera vieja, crujiente y con aroma a resina. Era muy difícil tener que renunciar a él.
—Quién sabe, puede que el tiempo de las correrías haya pasado ya… —murmuré—. Después de todo, Évreux es una soporífera villa rural.
—Tal vez el pueblo sea soporífero, señorita Irene, pero usted no. Créame, esto lo sabemos ambos.
El señor Nelson bajó por la escalera de madera haciendo que crujiera.
—O mejor dicho…, ¡los cuatro lo sabemos! —se corrigió cuando ya había desaparecido de mi vista.
Me solté el pelo, que me cayó desordenadamente sobre la cara.
—¿Ya ha escrito a sus amigos, señorita? —me preguntó Horace desde la planta de abajo antes de alejarse por el pasillo.
Aquella conversación me convenció de que debía instalarme en la habitación de color lila, para alegría de mi padre y de mi madre, quienes pensaron que, después de todo, yo era menos difícil de lo que creían. En los días siguientes, en la habitación donde mi madre convalecía, alguna que otra vez preguntarían: «¿Tú también has oído ese extraño chirrido?».
Expedí las cartas casi en seguida. La destinada a mi amigo Sherlock

Holmes partió para Londres con el correo del día siguiente al de mi traslado a la habitación de color lila. Contenía un sucinto resumen de lo sucedido en las últimas semanas, así como la petición de que me hiciera llegar a Évreux algunos números del Globe, el diario londinense en el que Holmes tenía una sección fija de enigmística cada martes. La carta a Lupin, en cambio, la remití a Bruselas, adonde sabía que había viajado el circo de su padre Théophraste. Para mayor seguridad hice una copia que mandé a París, a las señas de una persona que, según me había dicho mi amigo, les servía de agente y que, pocas semanas después, yo descubriría que era la exseñora Lupin.

En los días siguientes procuré pasar el mayor tiempo posible con mi madre y tomé la costumbre de leerle cada día unas páginas de alguna novela. Era bonito compartir con ella una historia, como ella debió de hacer conmigo cuando yo era pequeña. Aunque, a decir verdad, era un recuerdo tan lejano y tan borroso que no me acordaba de ninguna de aquellas historias y casi tampoco de su voz al leérmelas. Había, de todas formas, algo familiar en leer en voz alta un libro junto a su cama. Sentí cierta contrariedad cuando supe que mi madre había elegido *Paul et Virginie*, una vieja novela de Bernardin de Saint-Pierre que se avenía mal con mi gusto por los libros «escandalosos» de escritores norteamericanos que me prestaba a hurtadillas el señor Nelson. Creo que, en casa de los Adler, los grandes lectores éramos sobre todo él y yo.

Yo encontraba ampulosa y anticuada la escritura de Bernardin de Saint-Pierre, pero mi madre parecía adorarla y a veces me interrumpía para comentar tal o cual pasaje, con frecuencia cuando se trataba se escenas conmovedoras o diálogos moralizantes que, en su fuero interno, esperaba que me resultaran de alguna utilidad. ¡Si hubiera imaginado que lo que yo adoraba de París eran las historias negras del señor Edgar Allan Poe, en las que el detective Dupin daba caza a monos asesinos!

Pese a todo, buenos sentimientos y buenos modales aparte, aquellas tardes transcurrieron serenamente y yo veía cómo el rostro de mi madre iba tiñéndose tímidamente de rosa. Y tras una semana en Évreux, doscientas páginas de novela y otras tantas tacitas de huevo batido, tuvo fuerzas suficientes para levantarse de la cama y caminar hasta la ventana que daba al río.

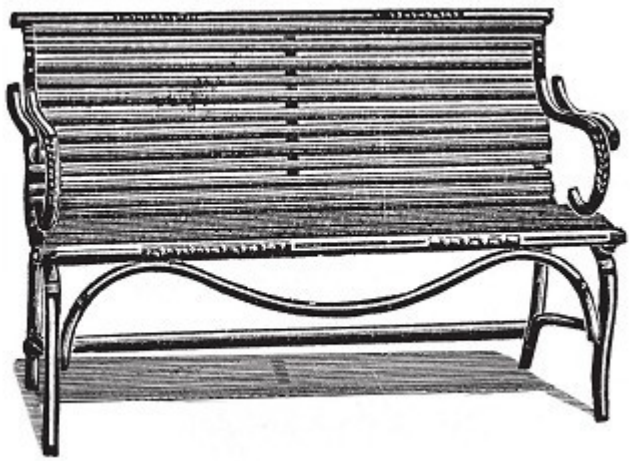
Yo la seguía a un paso de distancia, temiendo que se cayera; veía su cuerpo delgado, rígido bajo el camisón, frágil como una telaraña.
—Qué espléndida iglesia, ¿no crees? —me dijo después de permanecer un buen rato apoyada en el cristal para mirar afuera. Su ventana era, quizá, la única de la casa desde la que se veían sobresalir los campanarios de la catedral por encima de los árboles.
—Bueno, sí… —dije yo sin convencimiento.
—¿No te gusta?
—La encuentro… —no me venía la palabra— amenazadora.
—Qué raro —murmuró ella—. A mí me hace pensar en cómo será Dios.
—¿Puntiagudo? —bromeé.
Pero ella no me contestó.
Mi padre, afortunadamente, no me buscó inmediatamente un preceptor. O tal vez lo intentara y no tuviera suerte. La enfermedad de mi madre había hecho descender mi educación en la escala de prioridades y yo no tenía ninguna intención de protestar. Pasaba buena parte del día leyendo en el columpio o en el embarcadero de madera, o escondida en el desván. Fantaseaba y me entristecía, me sentía un poco demasiado abandonada a mi suerte después de los meses en Londres y los arrolladores acontecimientos que había vivido. Había arriesgado la vida en una guarida de ladrones, me había colado en un teatro para vérmelas con un asesino, había frecuentado las calles más sórdidas de la ciudad y los lugares de peor fama, había plantado cara a los agentes de Scotland Yard y me habían amenazado con una pistola en los muelles del Támesis. Pero, sobre todo, me había besado de una manera irresistible uno de mis amigos y me había abrazado impetuosamente el segundo de ellos, y ambos me habían ligado a sí con un lazo en cierto modo doloroso y que se estrechaba con la distancia.
Para no perder contacto con el que había sido mi mundo en los últimos meses, cultivaba mi inglés leyendo los libros del señor Nelson, bajo el juramento de que nunca, por ninguna razón, confesaría que me los había dejado él.
—Mejor diga que me los ha robado, o que pertenecen a la biblioteca pública de Évreux…
Ante aquella idea, ambos nos echamos a reír. Y para comprobar que al menos existía tal biblioteca, fuimos juntos a dar un paseo hasta el

pueblo. Cruzamos el puente y llegamos a la plaza, formada por bonitas casas de madera con las fachadas encaladas.
Fuéramos adonde fuéramos, siempre sentía encima de mí la sombra de la catedral. Por eso, cuando el señor Nelson me lo preguntó, le dije que no quería visitarla. Biblioteca sí había. Era pequeña y estaba provista solamente de libros en francés, entre los que, ciertamente, no podía decirse que abundaran las novedades. Saqué prestados, no obstante, un par de volúmenes de Mérimée y le expliqué a la bibliotecaria que estábamos allí desde hacía poco tiempo.
—Ah, son ustedes los huéspedes de la casa del señor D'Aurevilly. ¡Pobre hombre!
Me sorprendí y vi que el señor Nelson también se sorprendía. Por su parte, la bibliotecaria titubeó, como si se hubiera dado cuenta de que había dicho algo inoportuno. Evitó nuestras miradas, como había hecho desde el momento en que habíamos entrado, aunque en realidad había observado con curiosidad a mi mayordomo de color siempre que creía que él no la miraba.
—¿Por qué «pobre hombre»? —le pregunté.
—Porque, por desgracia, el tiempo pasa para todos. Hace ya varios años que el señor D'Aurevilly no viene a Évreux… —murmuró ella—. Y en estos tiempos, con esos canallas en el gobierno, la capital es peligrosa para un hombre de antigua y noble cuna como él, usted comprenderá.
En realidad no, no la comprendía. Creía que mi padre había adquirido la casa, no que fuéramos simples inquilinos. Pero como me había dado cuenta de la ira con que la bibliotecaria hablaba mal del nuevo gobierno parisino, intenté darle cuerda.
—¡Qué canallas! —exclamé, expresando un parecer que no era mío.
—¡Puede decirlo bien alto, señorita!
—O tal vez sea mejor no decirlo en absoluto —susurró en cambio el señor Nelson, que cogió los libros del mostrador y me condujo a la salida.
Pensaba que ni yo ni mi vida le importábamos ya a nadie y que la convalecencia de mi madre nos había marginado del mundo, de aquel lugar que sentía que existía, no muy distante de mí pero

inalcanzable, en el que ocurrían las cosas. Pensaba que la primavera soporífera del pueblo se convertiría en una sofocante ciénaga de aburrimiento y me parecía que la soledad de la casa del señor D'Aurevilly
era como la descrita por la señora Brontë cuando afirmaba: *Nunca habría podido encontrar un lugar tan apartado del mundanal ruido*. Solo que en su novela la protagonista compartía su soledad con el hombre del que estaba enamorada, mientras que yo pasaba mi tiempo en compañía de libros, ya fueran los míos o la vieja novela de mi madre. Rodeada de tanta tranquilidad, me persuadí de que, hasta que no nos marcháramos de allí, no iba a sucederme nada.
Y en cambio, nueve días después de que nos instaláramos en Évreux, vi que me había equivocado: en el asiento del columpio encontré una extraña nota escrita por una desconocida mano femenina.

Capítulo 4

UNA DELICADA ESCRITURA FEMENINA



—Horace, ¿ha venido alguien? —pregunté al entrar en casa—. ¿Acaso hemos tenido… visitas?
No sería la primera vez que, aislada entre mis libros y en mis pensamientos, no me hubiera percatado de la llegada de alguien, quizá el médico del pueblo o algún colega de mi padre.
Horace dirigía la limpieza del salón y me contestó sin dejar de dar órdenes a las sirvientas. Lo hacía con mucha clase, moviendo apenas la mano enguantada de blanco.
—¿Visitas, señorita Irene? Hoy, nadie. ¿Por qué me lo pregunta?
Me paré en el centro de la alfombra, en la que me hundí casi hasta los tobillos.
—¿Y no ha visto a algún jardinero, quizá, o al cartero? ¿A alguien que paseara por el río?
—¿Ha ocurrido algo que yo deba saber?
—Sí, tal vez…
Escondí la nota en el puño para que él no pudiera verla.
—¿He de sospechar, señorita Irene? —me dijo sin mirarme—. ¿O

bien preparar la habitación de invitados? ¿Para una persona, para dos quizá?
Me reí. Desde luego, aquella vez no tenían nada que ver mis lejanísimos amigos.
—¡No es lo que imagina, Horace! —le contesté, y fui a refugiarme en mi habitación.
—Por lo que parece, nunca es lo que imagino, señorita Irene —oí que replicaba.
Que Lupin y Holmes no estaban detrás de aquella nota era evidente por el hecho de que quien la había escrito era, sin ninguna duda, una mujer. Las palabras del sobre estaban trazadas con tinta de tonos azulados, en una caligrafía ladeada, delicada pero de movimientos decididos y que, pese al color tenue de la tinta, parecía demostrar gran resolución.

Para la señorita Irene Adler.
Entregar en mano.

En el sobre había un papelito de color marfil con un breve mensaje:

Le ruego que venga esta misma tarde a las cuatro a los jardines de la catedral. Me gustaría hablarle del señor
D'Aurevilly
y de su madre.

Nada más. Leí aquellas pocas líneas por segunda vez, preguntándome qué tendría que ver el señor
D'Aurevilly
con mi madre. Luego salí a mirar qué hora marcaba el reloj de péndulo. Faltaba menos de media hora para las cuatro, señal de que quienquiera que me hubiese hecho llegar aquel recado esperaba que yo lo encontrara mucho antes. ¿Lo había dejado en el columpio por la mañana? Si Holmes hubiese estado conmigo, seguro que habría sabido darme una respuesta, tal vez deduciéndola por la humedad del sobre, pero Holmes estaba al otro lado del canal de la Mancha y el reloj marcaba inequívocamente las tres y media pasadas.
No me lo pensé dos veces: decidí salir en seguida de casa, no sin

pasar antes, rápidamente, a ver a mi madre para decirle adiós.
La encontré de pie, andando lentamente de un lado a otro de la habitación, como le había recomendado el médico que hiciera para recuperar algo de fuerza en las piernas.
—Me voy a dar un paseo por el pueblo —le dije.
—¡Qué espléndida idea! —me dijo ella—. No veo la hora de poder ir contigo.
Me mordí la lengua, dudando en la puerta de la habitación.
—¿Mamá?
Ella me miró.
—¿Qué ocurre?
—Nada —contesté, renunciando a preguntarle si conocía personalmente al señor
D'Aurevilly
. Luego, sin decir nada más, me dirigí al lugar de la cita.
La catedral de Évreux parecía atrapar todos los rayos del sol. Estaba construida en piedra gris muy clara, cuya luminosidad contrastaba con las sombras que dibujaban los arcos, los puntiagudos pináculos y el alto campanario. Estaba sostenida por una serie de originales contrafuertes que, al menos a mis ojos, la hacían más semejante a la cumbre rocosa de un monte que a un lugar de oración. Y el gran rosetón de la fachada, en vez de la flor de piedra que debieron idear sus constructores, me parecía un gran ojo que me examinaba con fijeza. Como siempre, el pueblo estaba adormilado y los pocos viandantes remoloneaban en el cruce de las dos calles principales, con aspecto de no tener que ir realmente a ningún sitio.
No me fue difícil dar con los jardines que mencionaba la nota: había un espacio verde al lado mismo de la catedral, atravesado por caminitos radiales flanqueados por las lápidas de los notables de la villa. Busqué un banco que no estuviese demasiado a la vista, me senté y miré a mi alrededor.
Vi una familia de cuervos posados en los pináculos como centinelas y luego seguí su vuelo. Planeaban hasta la hierba y picoteaban las lápidas, en una muestra de malvada confianza, como si supieran más que nadie de los acontecimientos pasados, presentes y futuros de Évreux.
—Discúlpeme por haberla hecho venir hasta aquí… —interrumpió entonces mi contemplación una voz femenina, sosegada y profunda

a la vez—. Le pido mil disculpas, señorita Irene.
Yo estaba tan ensimismada observando los cuervos que no me había dado cuenta de que una señora enjoyada se había acercado y me miraba a pocos pasos.
Di un respingo de sorpresa y, un tanto abochornada, me levanté tratando de recobrar la compostura. No acertaba a comprender cómo aquella mujer había podido entrar en nuestro jardín hasta el columpio, dejarme la nota e irse sin que la vieran.
—No se preocupe, es una distancia muy corta —le respondí—. Si acaso, lo que he encontrado curioso es su modo de… comunicarse.
—¡Sí, sí, me lo figuro! —dijo la mujer, sentándose a mi lado. No podía verle los ojos, ocultos por el velete de un artificioso sombrero. Noté con estupor que aquella manera suya de engalanarse, que habría resultado estrafalaria en cualquier calle londinense, resultaba, en cambio, perfectamente apropiada en los jardines de Évreux.
—¿Puedo preguntarle quién es, al menos? —empecé a decir, pero ella fue más rápida que yo.
—¡Pobre chiquilla! ¡Pobre tesoro! Su madre me ha hablado muchísimo de usted.
—¿Mi madre? ¿Se conocen?
—¡Oh, sí! Nos hemos conocido recientemente, pero hemos hablado mucho… Sabía que tenía una hija preciosa, inteligente y honesta. Pero el verla aquí, ahora, delante de mí, y descubrir que es idéntica a como me la había descrito… ¡Ah, créame, me hace auténtica ilusión!
Hizo ademán de acariciarme, pero yo la rechacé instintivamente, casi sin darme cuenta.
—Le ruego que me disculpe, señora, pero comprenderá que me encuentro aquí a causa de una curiosa nota…
—Sí, precisamente. Y le agradezco que haya venido pese a los tiempos que corren.
—Me estaba hablando de mi madre…
La mujer suspiró, pero me pareció que lo hacía para ganar tiempo. Era muy raro, no sentía ninguna calidez en ella y, sin embargo, era como si entre nosotras hubiera algo que quemaba.
En ese instante, mirándome fijamente, la mujer se levantó el velo de la cara. La observé bien y no la reconocí. Nunca la había visto.

—Su madre me mataría —continuó ella en susurros— si se enterara de que he ido a su casa y de lo que pretendo hacer…, pero tengo que hacerlo. Y ciertamente usted, señorita, me perdonará por tan extraña petición.
Y, con un hilo de voz, aquella mujer de ojos clarísimos y frente amplia y blanca, marcada por una única arruga, me pidió que volviera a casa, a la propiedad de los
D'Aurevilly
, y recuperara un sobre lacado que estaba escondido detrás de un cuadro de caza en la biblioteca. Me explicó que aquel objeto no tenía ningún valor económico, pero que era de vital importancia que no cayera en malas manos; estaba en juego la salvación del propio señor
D'Aurevilly
y, según me dijo la mujer, consiguientemente también la de mi madre.
Me parecía que había muchos puntos oscuros en su historia, y no era el menor el hecho de querer verme a mí, a una chiquilla, en total secreto y prometerme una recompensa por la entrega de aquel precioso sobre, pero, antes de que yo pudiera hacerle algunas de las preguntas que me venían a la cabeza, su mirada se turbó y se volvió huidiza, como si hubiera irrumpido algo que la inquietaba.
La mujer se puso blanca y balbució unas palabras rápidas.
—Lo siento, tengo que irme —dijo—. Le ruego que me crea, ese objeto tiene para mí la máxima importancia… Veámonos mañana, en este mismo lugar, a la misma hora. ¡Adiós!
Atónita, me quedé mirando aquella extraña figura mientras se alejaba a toda prisa en dirección a la catedral. Y entonces vi que, allí donde la calle principal de Évreux pasaba el puente y se perdía en el campo, había aparecido un carruaje.
—¡Espere! —le grité, pero era demasiado tarde. La mujer entreabrió la puerta lateral de la catedral y entró.
Fui tras ella. Mientras, el carruaje proveniente del campo había torcido por una de las callejuelas de la villa.
Al abrir a mi vez la hoja de la puerta, me llegó un fragoroso acorde de órgano y desde las profundidades de la iglesia se alzó un canto lúgubre y monótono. Me tambaleé en el aire saturado de incienso y tuve que apoyarme en una columna. Allí dentro hacía calor, más

calor que afuera. Estaban oficiando una misa. Las notas del órgano se diluían en el aire como oro líquido acompañadas por el coro en latín.
Sentí que me faltaba la respiración. Busqué en vano a la mujer del sombrero con velete entre los fieles sentados en los bancos, creí oír el golpeteo de sus tacones en una nave, la seguí, jadeante, y me encontré bajo la luz del calado del rosetón, completamente paralizada.
—¿Qué sucede aquí? —susurré.
Salí al parque y busqué el modo de matar el tiempo hasta el final de la misa. Cuando se abrió la puerta principal, me quedé mirando a los fieles que volvían a sus casas. El sol empezaba a ponerse a mi espalda y alargaba mi sombra como la de un triste espantapájaros. Esperé hasta que no quedó nadie, pero, tal como imaginaba, la mujer de la caligrafía azul no salió de aquella iglesia.
Y lo que de ninguna manera podía imaginar en un día como aquel era que, al darme media vuelta para regresar a casa, oiría la voz de mi amigo Arsène Lupin, que me preguntó:
—Dispense, señorita, ¿sabría indicarme dónde viven los Adler?
—¡ARSÈNE! —grité, arrebatada por la alegría y la sorpresa.
—Me siento muy honrado de que me conozca, señorita… —dijo él quitándose el sombrero como el más consumado de los comediantes —, pero le preguntaba por los Adler; son más bien reservados, pero puede que usted se haya cruzado con un gigantesco mayordomo de faz oscura y una encantadora chiquilla pelirroja…
«Con un mar de pecas», creo que añadió, porque en seguida me encontré entre sus brazos y lo estreché con fuerza, y él me estrechó a su vez. Su piel quemaba y olía a sudor bajo el chaleco y la camisa áspera.
Me besó en el pelo y me cogió la cara entre las manos para luego apartarla de la suya lo suficiente para mirarme a los ojos.
Yo estaba estupefacta, no me lo creía.
—¿Cómo has llegado hasta aquí? —le pregunté. Y mientras se lo preguntaba me entró la duda de que el señor Nelson hubiera acertado y a lo mejor la nota y la señora no fueran más que una disparatada broma de mi amigo Lupin. Pero la duda no duró más que el tiempo necesario para devolverle la mirada y ver que también la suya era en cierto modo la de alguien perdido y

desquiciado.
—¡He venido pedaleando en mi nueva quebrantahuesos! —me contestó, regalándome su irresistible sonrisa.
Y ya no escuché nada más.
Y todavía hoy, al cabo de tantos años, de mil aventuras y de los mil encuentros que he vivido, no puedo evitar una vacilación al escribir que sí, que aquel día, delante de la catedral de Évreux, con el sol rojo sangre resplandeciendo entre las colinas y el río, fui yo la que besé a Lupin.
Tal vez mi padre tuviera razón, tal vez necesitara realmente un preceptor. Pero, igual que para tantas otras cosas que ocurrirían entonces, para aquella era ya demasiado tarde.

Capítulo 5

UN HUÉSPED INESPERADO

—Notable, verdaderamente notable… —estuvo mascullando mi padre casi media hora cuando Arsène Lupin le enseñó el velocípedo con el que había recorrido, él solo y en un solo día, los noventa y seis kilómetros que nos separaban de París—. Esta quebrantahuesos parece realmente portentosa.
—¡Puede estar seguro de ello, señor Adler! —replicó Arsène—. Pura tracción anterior, y mire qué ruedas: madera cubierta con un aro de hierro prácticamente indestructible. ¡Lástima que la espalda de quien pedalea no lo sea tanto!
Mi padre le dirigió una mirada perpleja y Arsène se explicó:
—En las carreteras rurales es un infierno, créame, pero en el macadán de París, que es liso y sin baches, al menos el que ha quedado, claro, ¡se puede ir a veintiocho kilómetros por hora!
—¡Bah!
—¡Pruebe, señor Adler, y me dirá si estoy equivocado!
—Pero ¿cuánto pesa este trasto?

—¡Una insignificancia, cuarenta y cinco kilos!
Y siguieron hablando de ese tenor hasta que Horace nos anunció que la cena estaba lista. En todo aquel tiempo no me hicieron ningún caso, como si Arsène no hubiese ido hasta allí pedaleando por haber recibido mi carta, sino con el único propósito de enseñarle a mi padre el nuevo y flamante invento, que parecía ir a revolucionar, una vez más, las calles de París. Parecían dos niños con un juguete nuevo, dispuestos a disputárselo y desmontarlo. Y no se trataba, obsérvese bien, más que de una pesadilla de bicicleta: un artilugio pesadísimo y rígido, muy distinto de los modelos más evolucionados que se verían por las calles en años venideros. Pero quizá por eso precisamente la pionera bicicleta de Lupin despertaba una fascinación totalmente incontenible.
Nos sentamos a la mesa y mi padre aprovechó la presencia de mi amigo para obtener noticias frescas de París.
—Es como se lo puede imaginar, señor —le respondió Arsène—. Se vive al día, en un clima de gran confusión. El señor Thiers ha declarado que…
—El señor Thiers, ¿eh? ¿Ahora nos va a gobernar él? ¿Y a quién ponemos a dirigir la enseñanza?
—Parece que quieren que sea una mujer, señor…
—¡Una mujer! ¡Santo Dios!
—¿Y por qué no, perdona? —intervine yo entonces como única representante del sexo opuesto—. ¿Qué hay de raro en confiarle a una mujer el cargo de…?
—Por favor, Irene… —murmuró mi padre.
Arsène me miró con una sonrisa irónica.
—¡No, lo digo en serio, papá! Explícamelo. Explícame por qué crees que deba ser un hombre a toda costa.
—Mira… —farfulló él, mucho menos molesto de lo que quería aparentar.
—¡¿Crees que yo no estaría capacitada para hacer las mismas cosas que ese…, ese… Thiers?!
—¡Oh, vamos! ¡Eso seguro, aunque no sea decir mucho!
—¡Papá! —objeté, y Arsène se echó a reír, incapaz de refrenarse.
—¡Arsène!
No había nada que hacer: entre los dos se había establecido esa misteriosa alianza masculina que hace que incluso los dos hombres

más distintos del planeta encuentren en cuestión de segundos un excelente motivo para estar de acuerdo en algo. E, instantes después, un motivo igual de excelente para declararse una guerra con todos sus ejércitos.
Pero en realidad yo no me consideraba ofendida por sus risas, tenía otros pensamientos en mente y el hecho de que mi padre y Lupin congeniaran me permitía sumergirme en ellos.
Dichos pensamientos giraban en torno al encuentro de aquella tarde, aquella extraña mujer que había afirmado conocer a mi madre y la tarea que me había encomendado. Y también en torno a aquel beso nuestro del que, pensaba yo, Lupin y yo tendríamos que hablar al fin una vez a solas.
En cambio, él parecía a sus anchas contando cosas muy diferentes. Por lo que parecía, su padre había sentado la cabeza y había abierto un gimnasio para acróbatas en el XII *Arrondissement*, uno de los distritos en que estaba dividido París.
—¿Un gimnasio para acróbatas? —se extrañó mi padre—. ¡Espero que en París aún sean legales los negocios!
—Yo también lo espero —le respondió Arsène—. Para mí, lo que cuenta es que mi pobre padre haya encontrado una ocupación estable y que esté muy satisfecho con ella. Se encarga de enseñar deporte a chavales, algo que adora, a cambio de una modesta suma. Por la noche va a la taberna y mantiene largas reuniones en las que se habla de política.
—Como cualquier francés que se respete.
—Mi padre es belga, señor. Por eso, para él, que lo escuchen es una novedad.
—¿Y tu madre qué dice? ¿Le parece bien que asista a esas reuniones?
Me quedé paralizada, imaginando que Lupin reaccionaría mal ante aquella pregunta. No era un tema fácil, igual que para Holmes no lo era el tema de su padre: dos figuras al mismo tiempo agobiantes y ausentes de la vida de sus hijos. De la madre de Lupin yo solo sabía que se había separado de Théophraste hacía ya muchos años; del padre de Sherlock, que había fallecido hacía ocho.
—Si no le importa, preferiría no hablar de mi madre… —le respondió entretanto Lupin a mi padre con toda afabilidad. Y mi padre no volvió a sacar el tema. Hizo tintinear su vaso y propuso un

brindis y un postre, que Horace mandó que nos trajeran rápidamente.
Luego mi padre se excusó y subió a la habitación de mi madre, y Lupin y yo nos fuimos al salón.
—Señor Nelson… —murmuró él al pasar bajo la nariz de mi mayordomo.
—Es un placer volver a verle, señorito Lupin. Estábamos ya en la segunda semana de completa tranquilidad.
—Usted me ofende, señor Nelson.
—¿Ya ha encontrado alojamiento en la pensión del pueblo para la noche?
—¿Cómo lo ha adivinado? —repuso él con toda presteza.
—Elemental, como diría su amigo Holmes, que espero no salga en este momento del fondo de los setos. En su bólido de hierro no hay ninguna maleta, ni ropa para cambiarse, razón por la cual he deducido que ya ha pasado por la pensión. Es una lástima, pues hemos acondicionado una cómoda habitación de invitados en el desván para imprevistos como este.
—No es necesario, de verdad —dijo Lupin riéndose—. Y mis felicitaciones por la deducción. ¡Se diría que nuestra pasión por la investigación se está volviendo contagiosa!
—No cuente demasiado con ello —concluyó Horace, haciendo una cómica inclinación, a mitad de la cual me pareció que cruzaban unas palabras en voz baja. Pero yo me había vuelto del otro lado y no puedo estar segura. Después, el señor Nelson se aclaró la voz y dijo—: Si lo desean, puedo traerles un té caliente o un pequeño digestivo de hierbas.
Una vez solos por fin, le conté todo a Arsène, haciendo una sola pausa cuando Horace nos trajo las bebidas.
—¡Está completamente loca! —exclamó mi amigo al término de mi relato—. Y el sobre, ¿ya lo has cogido?
—Aún no —reconocí—. No he tenido tiempo.
—¿Y a qué esperamos? —me preguntó poniéndose en pie.
Nos dirigimos a la biblioteca de la casa procurando andar de una manera natural y silenciosa al tiempo. Cuando entramos en la pequeña sala de lectura, comprendí en seguida a qué cuadro se refería la mujer; me acerqué, separé la pintura de la pared y, al pasar la mano, localicé un bulto de tela encerada, más bien

pequeño, encajado en el dorso. Lupin me esperaba en la puerta, admirando con aire indiferente los paisajes a la acuarela que decoraban el pasillo, y un instante después ya volvía a estar otra vez junto a él.
Volvimos al salón con el sobre y nos sentamos en las butacas que ocupáramos poco antes.
Como si no hubiera pasado nada, Arsène bebió un dedo de digestivo y yo pensé que, después de todo, no era tan raro verlo allí, al otro lado de la mesita. Era un gran amigo mío. Era uno de mis dos grandes amigos. Y aunque notaba que el corazón me latía aceleradamente, y me alteraba, en el fondo me sentía más tranquila en su presencia. Intuía que gran parte de su descaro era pura apariencia y que era incluso más hábil que Sherlock en esconder sus sentimientos.
Sumido en las sombras del anochecer, con las brasas de la chimenea crepitando a nuestro lado y difundiendo racimos de luz anaranjada por el salón, me parecía aún más guapo de como lo recordaba. Así que bajé inmediatamente los ojos para no alterarme más. Me habría gustado decirle: «Sabes por qué te he besado, ¿verdad?». Pero no lo hice, sino que saqué el sobre y lo puse sobre la mesa entre los dos.
—¿Y qué hacemos ahora? —pregunté mirándolo.
—¡Abrirlo, naturalmente! —respondió mi impulsivo amigo.
Yo dudé, indecisa, y luego empujé el sobre hacia él y lo invité a proceder.
—No —me respondió amablemente Lupin—. Traería mala suerte. Tú lo has encontrado y tú lo abres. —Y, con una sonrisa, me pasó un abrecartas de plata que, estaba segura, instantes antes se encontraba en el pasillo que comunicaba el comedor con el salón.
—¡Arsène! —exclamé—. Si el señor Nelson…
—Chist… Solo ha sido un pequeño juego de prestidigitación, para no perder facultades.
El astuto, cleptómano e incorregible Arsène. Cogí el abrecartas y rasgué el sobre sin más discusión.
—¿Y bien? —me preguntó él, distraído con las brasas de la chimenea.
—Pues no sé bien qué pensar… —murmuré sacando del sobre un trozo de viejo papel amarillento lleno de líneas carentes de significado—. ¿Tú qué crees que es?

—¡Que me ahorquen si lo sé! —exclamó Lupin agachando la cabeza para mirar mejor. Lo observamos largo rato, por uno y otro lado, incluso a contraluz.
Luego Arsène se hartó, lo dejó sobre la mesa y me dijo:
—¿Sabes qué?
—Sí —le contesté, porque lo había adivinado y no necesitábamos decirnos nada más. Solo había una persona en el mundo capaz de entusiasmarse con un pedazo de viejo papel amarillento lleno de líneas sin sentido.
—¿Le escribes tú? —me preguntó Lupin poniéndose en pie.
—Le escribo yo —respondí.
Lo acompañé hasta el jardín, en el que hacía bastante fresco, y Arsène, señalando un pequeño soportal oculto por las enredaderas, me preguntó si podía dejar allí su velocípedo. La pensión estaba a solo unos pasos del centro del pueblo y no se atrevía a pedalear de noche.
—Por supuesto —le contesté mirándolo cortada—. Nos vemos mañana.
—Hasta mañana.
Hicimos un par de torpes ademanes, ambos orgullosos y bastante sobresaltados.
—¿Y si nos estrechamos la mano? —dije entre risas cuando el bochorno se había desbordado ya.
Él también se rió y me abrazó fraternalmente.
—Te he echado de menos —me dijo.
—Yo también a ti. Qué bueno tenerte aquí —dije yo.
Y creo que ambos fuimos muy sinceros.
Esperé a que saliera por la cancela y luego entré en casa. Subí a la habitación de color lila con un vacío en el estómago y me encontré con Horace, que bajaba del desván con un resto de vela en un candelero.
—¿Todo bien, Horace? —le pregunté, sorprendida.
—Perfectamente, señorita —me contestó sin más explicaciones.

Capítulo 6

UN RÍO IMPETUOSO

A la mañana siguiente caía una fina llovizna y nubes bajas se cernían sobre los campos. Tenía en la cabeza un zumbido sordo. Había sido una noche más bien borrascosa, en la que me había parecido que cada mueble de la casa crujía para meterme miedo y las sábanas eran mantos ardientes. No había parado de girar entre los dedos el colgante de oro en forma de corazón que uno de mis dos amigos me había regalado en Navidad y más de una vez estuve tentada de encender la luz de gas para mirarlo mejor. Debía de haber sido Lupin, me había repetido toda la noche. ¡Por fuerza aquel regalo era de Lupin!
Así que me había levantado, había cogido el último de mis diarios, esos mismos diarios que hoy me permiten reconstruir mi rocambolesca juventud, y lo había abierto por cierta página llena de

tachones. En aquellos primeros meses del año, cada vez que había creído intuir quién de los dos, si Arsène o Lupin, me había hecho aquel regalo, había escrito su nombre, por lo que en la página había ahora veinte tachones.
Aquella noche lo había comprobado y, tal como había decidido en el curso confuso de mis ensueños, había tachado el nombre de Sherlock por enésima vez y lo había remplazado por el de Arsène. Solo entonces, exhausta, me había dormido.
La mañana transcurrió despacio. Me refugié en mi habitación, en compañía de las páginas de mi adorado Le Fanu, tratando de no pensar en la cita de aquella tarde con la mujer de la catedral.
Ni siquiera intenté esbozar una carta para mandársela a nuestro amigo Sherlock Holmes. ¿Qué podía escribirle? ¿Que lo echaba de menos? ¿Que a Arsène y a mí nos gustaría que estuviera con nosotros? Y además, ¿por qué? ¿Porque teníamos entre manos un viejo trozo de papel que no sabíamos descifrar? Me dije, por tanto, que los elementos que teníamos eran demasiado pocos para pedirle su parecer y, aunque en mi fuero interno me moría de ganas de tener noticias suyas, aplacé la decisión y me refugié entre las páginas de *Tío Silas*.
Había quedado con Lupin en que pasaría por casa a buscarme justo después de comer para decidir qué hacer antes de las cuatro. Entretanto, no podía dejar de devanarme los sesos con aquel pedazo de papel aparentemente sin significado pero escondido con tanto cuidado en la casa, y con las palabras que me había dicho la mujer el día anterior. Sus respuestas no me habían convencido del todo y me preguntaba si debía o no acudir a la cita de la tarde. Sentía una desconfianza instintiva hacia aquella extraña mujer y no sabía si debía entregarle el sobre. No obstante, quedarme con algo que me había pedido con tanta insistencia y que según me había dicho era peligroso me provocaba una profunda desazón.
Cuando Lupin se presentó por fin en nuestra casa a la hora de la sobremesa, se había cambiado de traje y vestía uno nuevo, flamante, que sin embargo le estaba bastante ancho y despedía un olor de algún modo familiar.
Salimos al jardín y nos pusimos a pasear despacio y a hablar sobre qué hacer. Caminábamos uno al lado del otro, como astrónomos que discurrieran sobre las maravillas de la creación, y entonces, por

un instante, me pareció haber vivido en sueños o leído en un libro todo aquel asunto y el encuentro del día anterior.
—Lo que no entiendo —intervino de improviso Lupin— es por qué esa señora no ha hecho que el propietario de la casa le escribiera una carta autorizándola a recuperar el sobre. Yo en su lugar habría actuado así. ¿Por qué ha preferido que se la entreguen a escondidas?
—Eso mismo le pregunté. Me contestó que D'Aurevilly está muy enfermo y ya no razona. Aludió a ciertos parientes que querían adueñarse de la herencia y al hecho de que la gobernanta está conchabada con ellos… Una historia más bien confusa, en verdad, y que me pareció muy sospechosa.
Llegamos a la conclusión de que aún sabíamos demasiado poco para tomar una decisión y que la única posibilidad era presentarse a la cita con la mujer para pedirle más explicaciones.
Así que nos dirigimos hacia el pueblo con paso resuelto. En las callejuelas de la parte vieja, con su pequeño *château* de tejadillos cónicos y sus casas medievales que habían sobrevivido a la Revolución, había en el aire un aroma a pan caliente y a uvas pasas.
Llegamos al banco del día anterior minutos antes de las cuatro y nos sentamos a esperar tratando de hablar de otra cosa.
Las campanas dieron el cuarto y después la media. Nos miramos desconcertados y, cuando solo faltaban ya veinte minutos para las cinco, bastante irritados. Lupin se levantó.
—Vámonos —dijo con determinación—. No veo por qué una señorita como tú debe desperdiciar su tiempo esperando a una mujer extravagante que cuenta historias confusas y de dudosa limpidez.
Diciendo esto, Lupin me ofreció el brazo y nos dispusimos a regresar a casa.
Mientras atravesábamos la villa, repasamos punto por punto lo que me había sucedido el día precedente en busca de algún detalle que se me hubiera escapado.
—¿Cuándo empezó la mujer a mostrarse atemorizada, exactamente? —insistió Lupin en determinado momento de la conversación.
Yo, sin embargo, no sabía decirlo, no había notado nada raro a nuestro alrededor en aquel momento; mejor dicho, no había notado nada de nada. Lo único que recordaba era que un carruaje se había

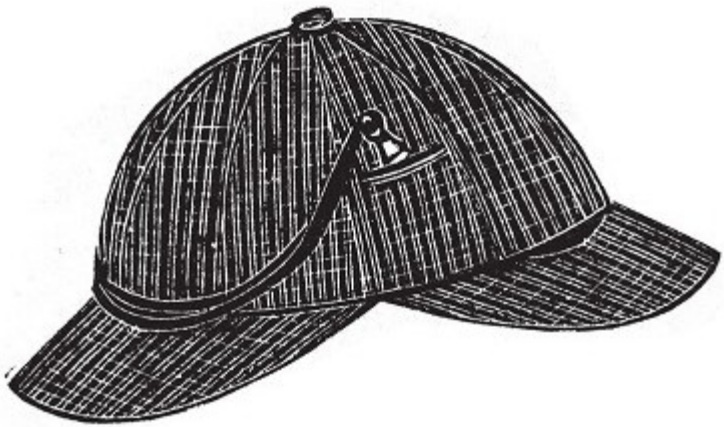
acercado por la calle principal… Aquella imagen me trajo repentinamente a la mente un carruaje bastante insólito que había visto en las calles de Londres la Navidad anterior.
Mientras me dirigía a la Shackleton Coffee House, el café favorito de mis amigos y mío en aquel invierno londinense, un coche de caballos se había detenido a mi lado y una mujer misteriosa se había asomado para regalarme un pequeño camafeo…
—Nada raro… O al menos eso creo —murmuré—. Solo un carruaje que se acercaba y que poco después entró en el pueblo.
Lupin se metió las manos en los bolsillos y orientó nuestro paseo hacia el río.
—Y está también lo que dijo de tu madre, que se conocen y que han hablado de ti…
—Y que estaría en peligro.
—Y tú, naturalmente, todavía no has hablado con ella…
—No creo que sea una buena idea —reconocí—. Y no solo por cómo se encuentra ahora, sino porque pienso que, en cualquier caso, se preocuparía demasiado.
Lupin parecía estar de acuerdo.
—¿Tu madre es de aquí?
—No —le contesté.
—Pero es francesa.
—Sí, de Fontainebleau, cerca de París, al sur.
—Lo conozco. Hay un palacio real.
—Pues yo nunca he estado. Mi madre nunca ha deseado volver allí. Estaba bien en París. Y solo en París, para ser precisa.
Él puso una cara seria, insólita, cómplice, cuya razón comprendí muy pronto. Ambos estábamos convencidos de tener madres parisinas exigentes, un poco demasiado mimadas y vagamente incapaces. Sin embargo, como al poco tiempo los hechos demostrarían, ninguno de los dos tenía razón al creerlo.
—Te dijo que, si tu madre se enteraba de lo que estaba haciendo, la mataría… —continuó mi amigo—. Y la palabra «matar» resulta bastante chocante en una dama… —observó acertadamente—. Habría podido usar expresiones como «se encolerizaría» o «la contrariaría». Pero «matar»… ¿No te parece un poco… fuerte?
Asentí. Y aquella observación me recordó que la mujer me había dado la impresión de estar representando un papel, como una

actriz.
Iba a decírselo a Lupin, pero justo en ese momento una mano me agarró por el hombro, tiró de mí y me arrojó al suelo.
Quise gritar, pero una segunda mano me tapó la boca y me lo impidió. Luego bajó por el cuello, agarró mi colgante de oro y me lo arrancó. Sentí que la piel me ardía por el tirón y lancé una patada a mi agresor, aunque fallé por un pelo.
Terminé con las piernas al aire mientras algo brillante caía al suelo y rebotaba con un tintineo metálico dos pasos por delante de mí. Una navaja.
—¡Irene! —gritó Lupin a mi lado.
Lo vi abalanzarse como un rayo sobre mi agresor y apartarlo a empellones. Luego se interpuso entre yo y un segundo hombre que, arrodillado, se sujetaba una mano sangrante e imprecaba en voz baja.
Lupin se balanceaba sobre uno y otro pie, como un equilibrista, y no parecía en absoluto acobardado por tener enfrente a dos hombres mucho más corpulentos que él. Uno de ellos le descargó un puñetazo, pero Arsène esquivó el golpe y le asestó un rodillazo en las costillas. Lo oí bufar como un toro. Yo me puse inmediatamente en pie.
—¿Estás bien? —me preguntó mi amigo sin quitarles la vista de encima a nuestros agresores.
—¡Sí! —respondí, y me palpé el cuello—. ¡El colgante! ¡Me lo han robado!
—¡El colgante de la señorita! —les conminó Lupin.
—¡Golpéalo! —gritó la voz de un tercer hombre, que no pude localizar.
El otro titubeó, y aquel titubeo fue vital para nosotros. Lupin había retrocedido hacia el río y yo con él. Al oír aquella orden, no lo dudó ni un instante: me agarró por la muñeca y me tiró al agua, a la corriente. Yo me vi aprisionada por mi vestido y arrastrada al fondo del río. Sacudí las piernas y volví a la superficie una decena de metros río abajo.
Intenté alcanzar un lugar en que la corriente fuera más floja y vi a Lupin nadando junto a mí.
Sin mediar palabra, cruzamos a nado el río y salimos por el cañaveral de la orilla opuesta para dirigirnos, chorreando, a mi

casa.
Arsène me sostenía por un brazo. Lo miré. Tenía aún los ojos vueltos a su espalda para asegurarse de que a aquellos malhechores no se les había ocurrido seguirnos.
—¿Te encuentras bien? —me preguntó.
—Sí, pero… ¿qué está pasando?

Capítulo 7

UN AJEDRECISTA SIN SUERTE



La vela se quemaba aprisa, como si por el ventanal entrase una corriente de aire que atrapara la llama y la alargara desmesuradamente. Estaba puesta en el suelo, junto a las hojas que yo había desparramado. Otras muchas, hechas una bola, las había tirado lejos de mí. En todas sin excepción se veían mis tachaduras bruscas y las frases que no había logrado terminar.

Mi querido Sherlock, empezaban todas las hojas. Y continuaban de las maneras más diversas posibles, hasta que me había sentido lo bastante ridícula y había dejado de escribir para releer lo que había descartado y empezar desde el principio.

La agresión sufrida aquella tarde me había convencido por fin de que debía escribirle, pero no por eso tenía claro de qué hablarle; me sentía vagamente en peligro, pero nunca lo habría reconocido. ¿Y para qué contarle que una extravagante dama se me había acercado en el parque, sosteniendo que conocía a mi madre?

En nuestras largas conversaciones, Sherlock y yo habíamos hablado de muchas cosas, pero prácticamente nunca de nuestras familias,

como si aquel tema fuera tabú para ambos.
A aquella edad, como quizá ya haya escrito aquí, estaba convencida de que mi familia no era mi auténtica familia, pero, si bien los acontecimientos sucesivos me proporcionarían pruebas al respecto, por entonces no habría sabido explicar los motivos de mi convicción. Creo que tenía que ver con algo que les ocurre a muchas jóvenes de esa misma edad, sobre todo si, como yo, son de índole obstinada y un poco rebeldes: esos momentos de total incomprensión en que se toma conciencia de que la distancia entre una y sus padres parece abismal. Yo siempre había percibido esa distancia con mi madre y había llegado a persuadirme de que no era realmente hija suya, pero era una sensación totalmente íntima, que ni de lejos podía pensar que compartieran otros. Por eso, aquel día en Évreux, frente a aquella mujer que me hablaba de mi madre, no pensé ni por un momento que estuviera refiriéndose a una persona distinta de Geneviève Adler. La madre con la que había compartido mis últimos años, al menos desde que tenía memoria, y que ahora se estaba recuperando de una infección pulmonar unas puertas más allá de mi habitación.
Es extraño cómo razonan los jóvenes, pero fue precisamente así como sucedió todo en aquellos días, y la confusión que reinaba en mi cabeza fue una de las razones por las que los tres pusimos en riesgo nuestra vida como nunca hasta entonces.
Y si ahora escribo «los tres» es porque al final, aquella noche, conseguí terminar de escribir la carta a Sherlock Holmes, la cerré y se la entregué a Horace, quien la metió en un bolsillo de su enorme chaqueta con expresión de condescendencia y complicidad.
La carta salió la mañana siguiente en el correo postal urgente y por la tarde se lo dije a Lupin.
—Me parece un poco difícil que pueda venir hasta aquí… —comentó mi amigo—. De todas formas, has hecho bien en avisarlo. Por si acaso nos ocurriera algo.
Ninguno de los dos, naturalmente, tenía claro qué podía ocurrirnos. Y eso que no parábamos de rompernos la cabeza intentando interpretar de una manera lógica los acontecimientos de los últimos días.
—Si quieres, voy yo a hablar con tu madre… —se ofreció en determinado momento.

Me opuse y él no insistió. No comentó nunca el robo del colgante ni me preguntó si tenía algún valor especial además del valor en sí del oro con que estaba hecho. Por mi parte, me guardé mucho de indagar el porqué de tanta discreción.
—¿Arsène? —le pregunté cuando atardecía y él se despedía ya para volver a la pensión en que decía alojarse.
Largas nubes grises surcaban el cielo del ocaso. El sol se ponía aún con la debilidad del invierno y pronto todo estaría oscuro.
—¿Qué?
Tuve la sensación de que el aire comenzara a vibrar, como si de los arbustos se hubieran alzado enjambres de insectos invisibles.
—¿Te ha pasado alguna vez que, cuando piensas en mí o me ves…?
Dudé.
—¿El qué?
—No lo sé —seguí diciendo. Y realmente no lo sabía—. Es como si…, no sé, como si me sintiera extraña.
Arsène echó el cuello hacia atrás, como si esquivara un puñetazo. Me sonrió.
—¿Extraña en qué sentido?
Me sentía como una estúpida por haberle hecho aquella pregunta. Estúpida e ingenua. ¿Por qué habría debido él sentirse extraño?, me preguntaba mirando al suelo como si me encontrara al borde de un precipicio. ¿Y cómo se llamaba aquella chica que lo había dejado todo para unirse a su circo, la chica de la que solo unos meses antes yo había estado horriblemente celosa?
—Olvídalo —le respondí con brusquedad.
Y entré en casa.
La salud de mi madre mejoraba a ojos vista, a la par que el tiempo en Évreux. Las nubes se adelgazaban y deshilachaban, y los días se hacían más largos. Pasé los días siguientes encerrada en casa, leyendo para mi madre y recibiendo la visita diaria de Arsène, que se convirtió en invitado fijo de nuestras cenas. A mi padre le caía bien aquel amigo tan descarado y mi madre me preguntaba por él desde su habitación. Notaba una leve preocupación en su voz y sus preguntas me parecían a veces sibilinas, por lo cual procuraba evitarlas dentro de lo posible, limitándome a tranquilizarla sobre el hecho de que entre él y yo no había más que una buena amistad. No obstante, no le parecía normal que aquel chico estuviera en una

pensión del pueblo sin el control de sus padres y, con el paso de los días, su preocupación fue volviéndose más apremiante.
Cuando hubo recuperado algunas fuerzas, mi madre empezó a cavilar sobre los conocidos de París a los que podría escribir, pedir noticias y tal vez invitar a nuestra casa de campo. Aproveché para preguntarle si conocía al propietario, el señor
D'Aurevilly
, o si alguna de sus amistades se había trasladado a Évreux, pero le parecía que no.
—Creo que D'Aurevilly es o ha sido cliente de tu padre… —me explicó en lo referente a la propiedad de la casa.
Eso me bastó para hacerle la misma pregunta a mi padre durante la cena.
—No, no lo conozco —me contestó—. Nos pusieron en contacto… amigos comunes.
—Qué pequeño es el mundo —remató Lupin, poniendo fin así al tema.
Y fue un error, porque, si hubiese podido descubrir algo más acerca de los amigos comunes a los que había aludido mi padre, quizá me habría comportado de manera diferente. En cambio, seguía sintiéndome rodeada de sombras y tenía la impresión de que ninguno de nosotros poseía la lámpara idónea para disiparlas.
Me había apresurado a poner a Horace al corriente de la agresión en el río, rogándole, eso sí, que no hablara de ello con nadie, y su comentario había sido lapidario: «Cuando está usted sola, señorita Irene, estas cosas nunca le ocurren».
Era evidente que desaprobaba mis amistades y que, si aquel sentimiento suyo de reprobación crecía, tarde o temprano tendría que ver a Lupin en secreto, igual que había hecho con Holmes. Pero lo cierto era que Horace nunca me lo había impedido, pese a sospecharlo. Desde luego, estaba mucho mejor informado de lo que dejaba traslucir, y al día siguiente lo vi aparecer al final del pasillo con cara socarrona, de felino juguetón. Yo hasta podía aceptar hacer de ratón, pero no jugar sin divertirme.
—Tenemos un invitado, señorita Irene… —me dijo él, acentuando la expresividad de sus cejas.
—¿Y mi padre no puede recibirlo?
—No creo que sea oportuno —respondió él.

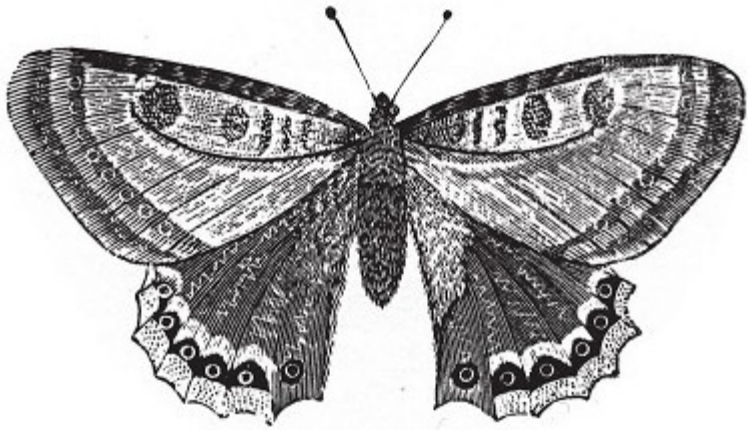
—Ah —exclamé, pensando que se trataría de Arsène. Y estúpidamente, quién sabe por qué, esperé que se hubiera cambiado de traje, porque desde que había llegado a Évreux no lo había visto cambiarse más que una vez y además, como había subrayado mi madre, para vestirse con uno que no le quedaba bien.
—Dice que está aquí por una partida de ajedrez —siguió diciendo Horace, cada vez más guasón.
Me había descolocado.
—¿Y qué tenemos que ver nosotros con el ajedrez?
—Es lo que le he preguntado yo. Entre otras cosas porque, leyendo las etiquetas de su equipaje, diría que se dirigía a Bruselas.
—¿A Bruselas? ¿Qué está tratando de decirme, Horace? ¿Qué huésped puede haber llegado a Évreux si iba camino de…?
Oí, procedente del camino de entrada, el rechinar de la quebrantahuesos de Lupin. Y aquel detalle me hizo comprender que el huésped no podía ser él.
—Por lo que me cabe suponer, señorita Irene, su huésped parece haber partido de Londres… —concluyó entonces mi pérfido mayordomo metiéndose ambas manos en los bolsillos del chaleco—. ¿He de comunicarle que tiene intención de recibirlo o bien…?
—¡Sherlock! —grité pasando por delante de él y catapultándome escaleras abajo—. No me lo puedo creer… ¡Sherlock!
—¿Irene? ¿Horace? —preguntó la débil voz de mi madre desde la habitación por la que se movía como una prisionera.
Dejé que fuera Horace quien la tranquilizara. Yo corrí abajo, crucé el vestíbulo de la casa y, de un salto, me encontré sin darme cuenta entre los brazos de Sherlock Holmes.
Su cómica gorra a cuadros rodó por el suelo y no puede evitar reírme al saber que, después de tanta insistencia, finalmente se la había comprado.
—Realmente notable —comentó Sherlock, en apariencia imperturbable, pero estrechándome con fuerza contra sí. No sé, sin embargo, si se refería a mi recibimiento o al velocípedo de Lupin.
Aquella noche, mis dos amigos fueron nuestros invitados y a Holmes le costó trabajo explicarle a mi padre que había venido a vernos tras un torneo de ajedrez en Bruselas.
—No me parece que coja exactamente de camino… —había comentado mi padre.

—Tiene usted toda la razón, señor Adler, pero se da el caso de que disponía del reembolso de los gastos del viaje y… En fin, sí, lamento reconocerlo, pero fui eliminado en la primera partida. Y puesto que estaba previsto que permaneciera en el continente toda una semana, me pareció buena idea la de pasar a ver a mis amigos.
—Quienes, por una afortunada coincidencia, están aquí ambos —había dicho sonriendo mi padre, cuya mirada falsamente impasible me recordó la de Horace.
—Justamente —había confirmado Sherlock.
—Cierto, ¿acaso no es mejor disfrutar de la vivificante campiña francesa, al alcance de una contienda que ni mucho menos ha concluido y puede transformarse en una inminente guerra civil, que volverse a Londres?
—Sopesé los pros y los contras, señor Adler, y creo que un par de días aquí no pueden constituir un auténtico problema para nadie. Entre otras cosas porque la pensión El Ciervo, la única del pueblo, tiene todas las habitaciones libres y por tanto…
Oí un ruido sordo seguido de un crujido de madera, al cual Sherlock reaccionó con un silencio repentino que llamó la atención de mi padre.
—Me parecería muy incorrecto mandarte a la pensión, joven Holmes, después del viaje que has hecho —dijo—. Y no creo que nuestro Arsène tenga nada que objetar si te ofrecemos dormir aquí esta noche.
Lupin parecía una estatua de cera, y yo no le andaba a la zaga.
—¿Dormir aquí?
—Pues claro, Irene. Si no me equivoco, debe de haber una habitación para los huéspedes imprevistos debajo mismo del tejado.
—No se equivoca, señor —intervino Horace mientras le retiraba el plato—. Yo mismo me ocuparé de prepararla en cuanto termine la cena.
—¡Magnífico! —se alegró mi padre, y alzó su copa—. ¡Brindemos por la juventud! ¡Y por la amistad!
Así que brindé, aturdida y feliz, porque estaba de nuevo en compañía de toda, toda mi familia.
—Dejadme ver ese trozo de papel —nos pidió Holmes antes que nada al terminar la cena. Y cuando le entregué la vieja hoja amarillenta, él pareció embrujado.

La estudió con una calma extrema, lenta y ávidamente a la vez, mientras Lupin y yo cruzábamos miradas interrogativas. Nuestra preocupación, y también nuestra esperanza, era que en pocos segundos él captara algo más que nosotros, que la habíamos tenido en las manos casi una semana.
—Ah, claro. Pero solo una parte… —murmuró Holmes cuando la oscuridad lo obligó a apartar la vista.
—¿Cómo dices?
—Mirad este trazo, y esta línea… ¿Los veis, aquí? Parecen hacer un ángulo recto y luego salirse del papel en esta dirección. No hay duda, es el fragmento de un mapa.
—¿Y de qué nos sirve a nosotros un fragmento de mapa? —preguntó Lupin.
—Eso habría que preguntárselo a los delincuentes que os asaltaron —respondió Holmes.
—Me robaron un colgante…
—Pero no es seguro que fuera eso lo que buscaban…
—¿Tú crees…?
—Yo no creo nada. Pero hay cosas que no cuadran: la mujer de la catedral que se pierde entre la multitud, escapando nada más ver llegar cierto carruaje, y luego esos dos que aparecen de repente…
—¿Y tú cómo sabes todas esas cosas? —soltó Lupin, divertido.
—Escribo buenas cartas —contesté yo.
—Y yo, a diferencia de otros, leo las cartas —precisó Sherlock.
Arsène abrió los brazos.
—Yo también lo haría, pero me muevo demasiado deprisa, chicos.
Nos callamos, porque Horace había abierto la puerta del fondo del salón.
—El desván está listo, señorito Holmes… —anunció.
—Muchas gracias, Horace —le dijo Sherlock.
Luego nos miró.
—Mañana —dijo.
—¿Mañana qué?
—Mañana… pasamos al contraataque.

Capítulo 8

CORCHETES Y SECRETOS



No conseguía dormir. Por mucho que me tapara la cabeza con la almohada, oía crujir el techo de mi habitación y adivinaba los pasos de un Sherlock tan inquieto como yo. La noche era una compacta colcha de estrellas que cubría el jardín y mi cama brillaba con un vivo color gris perla, como una balsa a merced de la olas.
Solté unos cuantos bufidos antes de ceder, pero al final lo hice. Salí de entre las mantas y me eché una larga bata de lana sobre el camisón. Me puse un par de calcetines para botas y me deslicé con la mayor cautela por la puerta de la habitación de color lila. Al pasar junto al cuarto de mi padre pude oír su respiración pesada y, cada tanto, una mano revolviendo las sábanas. En el de mi madre reinaba un delicado silencio.
Puse el pie en el primero de los peldaños que subían al desván y cargué sobre él mi peso con la máxima prudencia. Horace había hecho bien disuadiéndome de elegir el desván como dormitorio, allí era completamente imposible moverse en secreto para escabullirse de casa. Subí despacio los escalones, de uno en uno, volviendo a pensar en por qué Horace me había convencido para que, si de

verdad no quería meterme en problemas, prefiriera la habitación con trampilla y una escalerita secreta que desembocaba en el ramaje de la enredadera.
Me agazapé en las sombras y avancé a gatas para hacer menos ruido. Pero la madera parecía estar viva bajo mis dedos y crujía de una manera totalmente imprevisible.
Conseguí alcanzar finalmente la puerta del desván y, una vez allí, cuando estaba a punto de tocar, me frené, sorprendida. Porque del desván me llegó la voz bajísima de Sherlock Holmes, que hablaba con alguien.
—No hacía falta más que ver esos pocos pelos en la funda de la almohada para comprender que dormías aquí… —decía mi amigo —. ¿Estás seguro de que los demás no saben nada?
—Fue el mayordomo quien me lo propuso.
—¿Comprendió en seguida que te habías escapado de casa?
—Al primer vistazo.
—Mientras que Irene y su padre piensan que te alojas en la pensión del pueblo.
—Por eso te he dado una patada en la cena.
Solo al oír aquella humorada reconocí la voz que respondía a Holmes como la de Lupin. Entonces, ¿Horace había dejado que durmiera en el desván durante todo aquel tiempo?
Me pegué aún más a la puerta.
—¿Es un mal asunto el de tu padre?
—Él dice que es la ocasión para rehacer su vida, pero yo no pienso lo mismo. No me gustan los amigos con los que se ve en esa taberna de París… La ciudad es un caos y mi padre… no tiene un pasado del todo limpio, como bien sabes.
—Pero no es eso lo que de verdad te preocupa.
—No —reconoció Lupin—. El problema es que siempre está enfadado conmigo. No paramos de discutir, por cualquier cosa, y cada vez pasa menos tiempo entre una discusión y otra. ¿También tu padre era así?
—Por lo que recuerdo, diría que no, la palabra *discusión* no formaba parte de su vocabulario. Eso presupondría que se daba cuenta de la existencia de los demás. No, mi padre nunca discutió con nadie, pero, por cuanto sé, no por eso la paz imperaba en nuestra familia. Mi madre se muestra impenetrable cuando Mycroft

o yo intentamos hablar de ello. Somos mi hermano y yo los que asumimos la responsabilidad en nuestra familia. Mycroft casi ha terminado sus estudios y quiere ser abogado o dedicarse a la política, con la esperanza de ganar mucho dinero. Me parece una buena idea, y creo que él tiene las aptitudes adecuadas para hacerlo, mientras que yo…
Lupin se rió.
—A ti no te interesa.
—Esa clase de carrera no me atrae en absoluto. Preferiría ser matemático, químico… ¡o violinista! Pero siento que no será elección mía por completo.
—Por lo menos tienes un hermano.
—Te olvidas de mi hermanita.
—Más a mi favor, nunca estarás solo. Yo, en cambio, soy hijo único. Es más, irrepetible, como dice mi padre cuando quiere molestarme.
—¿Y tu madre?
—Oh, hará cinco años que no voy a verla.
—¿Y por qué?
—No te imaginas lo cruel que puede ser. Como si nunca se hubiera perdonado el haber tenido un hijo y el haberlo tenido con mi padre. Creo que es también por desairarla por lo que mi padre se ha dejado convencer por sus amigos para…
Sin previo aviso, la puerta en la que estaba apoyada se abrió de golpe y, con un gritito sofocado, caí dentro de la habitación.
—Hola, Irene —me saludó Sherlock Holmes arrodillándose frente a mí—. ¿No prefieres entrar y sentarte?
—¡No es lo que parece! —me apresuré a justificarme, poniéndome colorada—. No os estaba espiando.
—Según dicen, nunca es lo que parece —comentó Lupin, encogido como un cuervo al borde de la cama. Solo llevaba la ropa interior, muy sucia, y en ese momento comprendí por qué me había resultado familiar su único traje de reserva: era uno de los desechados por mi padre.
Nos sentamos los tres en el suelo con una vela encendida en medio en la que se había formado una cascada de cera derretida.
—La verdad es como una mariposa nocturna, huye de la luz del día —sentenció Sherlock en tono enigmático.
Arsène Lupin se tapó los pies descalzos con las mantas. Me pareció

mucho más delgado y joven que de costumbre.
—Creo que nosotros tres sabemos muy bien lo que es eso… —murmuró de un modo no menos sibilino.
—¿A qué te refieres?
—Confiar —dijo Lupin—. Tenemos una necesidad desesperada de confiar en alguien.
—¿Es que no podemos?
Lupin hizo una mueca.
—Queremos hacerlo, pero estamos rodeados de personas que mienten. Ese es el motivo por el que nos buscamos sin cesar.
—Habla por ti —repuse.
—¿Por qué, es que tú no te sientes rodeada de mentiras, grandes y pequeñas? ¿O acaso ha sido idea tuya la de ofrecerme hospitalidad en tu desván sin decir nada?
—Ni siquiera lo sospechaba.
—Lo que significa que Horace te ha mentido. ¿Y tu padre? ¿Tu madre? ¿Realmente estás segura de que todo lo que te dicen es verdad?
—Sí —mentí.
—O puede que la verdad —continuó Lupin— sea que seguimos resolviendo casos porque tenemos una afinidad natural con la mentira. Yo me he guarecido en este desván, Irene estaba detrás de la puerta y tú, Sherlock, ¿dónde estabas escondido?
—En mi cabeza —respondió él, pensativo y sombrío.
Nos quedamos largo rato en silencio, como si hubiésemos dicho cosas importantes fascinados por el poder misterioso de la noche para magnificarlo todo.
—Creo que deberíamos hacer un juramento —dije yo entonces, torturada por mil preguntas—. Jurar que nosotros seremos distintos.
Me miraron.
—Deberíamos jurar que nos diremos siempre la verdad. De ahora en adelante, siempre y en toda circunstancia.
Me miraron con más intensidad.
—Solo nosotros tres —añadí en voz baja.
Luego acerqué la palma de la mano a la vela encendida. Arsène puso encima la suya y lo mismo hizo Sherlock. Entrecruzamos los dedos y los mantuvimos sobre la llama hasta que sentimos arder la piel. Y así fue como Sherlock, Lupin y yo sellamos nuestro

juramento de eterna confianza en el desván de la casa de D'Aurevilly
en marzo de 1871.
Fue nuestro último juramento juvenil. Un juramento ingenuo y firme, algo que marcaría una frontera, traspasada la cual ya no podríamos volver atrás. El que uno solo de nosotros la infringiera nos obligaría a alejarnos del resto para siempre.
Y a hacernos mayores.
Al día siguiente, un sol pálido e incierto asomó sobre Évreux. Holmes y yo nos reunimos en el puente con Lupin, que hizo ver que venía a nuestro encuentro desde el pueblo, no se sabe para qué desconocido observador, pues mi padre y mi madre estaban aún envueltos en la tibieza de la casa.
—¿Planes? —nos preguntó.
—El habitual: el lugar del delito.
Holmes le dio uno de los panecillos calientes que había cogido de la mesa del desayuno y Lupin se lo fue comiendo mientras nos dirigíamos al pueblo.
—¿Cómo haces para entrar y salir del desván tan tranquilo? —le pregunté.
—Yo no diría exactamente «tan tranquilo»… —bromeó él—, a veces las paso canutas con el canalón. Pero digamos que… me valgo del árbol más cercano al caballete del tejado y, una vez allí, todo es bastante fácil.
Llegamos al punto del camino en el que unos días antes nos habían asaltado y nos detuvimos.
—La posibilidad de encontrar algo interesante aquí es prácticamente nula… —señaló Lupin.
—De hecho, deberíais haber venido a inspeccionar inmediatamente después.
Yo sentí un hormigueo en el cuello.
—¡Eso no es tan fácil cuando alguien te acaba de atacar y de robar!
—No he dicho que fuera fácil.
Nos pusimos a buscar con la nariz pegada al suelo tras repartirnos las zonas. Por suerte, no había ningún otro paseante.
—¿Qué estamos buscando exactamente? —preguntó Lupin tras diez minutos de infructuoso rastreo.
—Si lo supiéramos, no estaríamos buscándolo —respondió Holmes,

que se había arrodillado en el suelo y, en aquella posición, escrutaba la hierba con la máxima concentración.
—¿Tal vez… un corchete? —pregunté yo sacando un pequeño objeto de detrás de una de las piedras que delimitaban el jardín. Lo sujeté bien con los dedos y se lo enseñé a mis amigos.
—Es muy pequeño —observó Lupin—. ¿Se lo habrán arrancado a… una muñeca?
—Quizá —contesté poniéndolo a contraluz.
—Es un corchete de zapato —afirmó Holmes.
—Magnífico —refunfuñó Lupin—, ahora sí que tenemos una pista.
Holmes le lanzó una mirada de sorpresa.
—Bueno —comentó—, yo diría que sí.
—¿Y por qué exactamente, por amor de Dios?

Capítulo 9

UNA BUENA REPARACIÓN

—¿Hay alguien? —pregunté empujando la hoja de la puertecita.
El interior de la zapatería, la única de Évreux, se hallaba en penumbra. De las paredes, en otro tiempo blancas, colgaban pieles de distinto color y largos utensilios de hierro oscuro. En el mostrador había algunas hormas de madera, así como largos mangos perfilados, tijeras, martillos, punzones para perforar piel y cordones de colores. Un débil fuego ardía al fondo, en una chimenea sucia de hollín.
Vino a mi encuentro un hombre menudo, encorvado, de brazos largos y manos nudosas y vestido con un viejo chaleco.
—¿En qué puedo ayudarla, *mademoiselle*? —me preguntó con un perfecto acento parisino.
—En realidad no sabría decírselo con precisión —le contesté, ateniéndome a las indicaciones que Holmes acababa de darme—. Pero he encontrado esto… y me preguntaba si no le resultaría útil a

usted de algún modo.
Mientras lo decía, le entregué el corchete que había encontrado junto al río. El zapatero lo sostuvo en la palma de la mano y lo miró detenidamente. Como Holmes había imaginado, pareció reconocerlo.
—¡Esto sí que es tener suerte! —exclamó el zapatero.
—¿Cómo dice? —me interesé.
—¡Creí que me volvería loco!
—Vaya.
—Pues sí. Hace unos días vino un cliente y me pidió que reparara un par de botas que llevan estos cierres. Dado que se trata de un tipo de corchete poco común, le dije que tardaría unos días, y hasta ahora no he podido encontrar ninguno igual que el resto, aunque de todos modos habría tenido que ponerme a la obra esta mañana, porque ese señor viene hoy a recoger sus botas.
—¿Las tiene aún aquí? —pregunté.
—Sí. Son aquellas, ¿las ve? —dijo señalándome un par de botas—. Sin el corchete que usted acaba de traerme, habría tenido que sustituir todos los demás para que fueran iguales. ¿Ve este remache metálico en el borde? Es una clase de cierre a la última moda que viene directamente de París. Uno de esos inventos que nos va a traer de cabeza a los de provincias.
—¿Y quién es ese hombre de Évreux tan pendiente de la moda? —quise saber.
El zapatero parecía cautivado por el corchete.
—¿Me creería si le digo que no lo sé? —me contestó—. Nunca antes había venido a la zapatería.
Nos apostamos allí cerca, poniendo mucho cuidado en que no se nos viera demasiado desde la calle. Holmes y Lupin habían llevado una baraja y con ella pasaron el rato. Yo regresé a casa para la comida y poco antes de las dos ya estaba de vuelta en la callejuela de la zapatería. A la tres, por fin, el zapatero dejó de martillear y no mucho más tarde, con puntualidad, se presentó un hombre de pelo rizado que llevaba un gabán muy elegante.
Lupin se metió los naipes en el bolsillo y Holmes se encajó en la cabeza su gorra a cuadros. Minutos después de haber entrado, el hombre salió y se dirigió a buen paso en sentido opuesto a aquel por el que había llegado.

Calzaba las botas.
Siguiéndolo a prudente distancia, salimos del pueblo detrás de él y nos adentramos en el campo. El hombre caminaba a paso constante, pero pausado, y no se volvió ni una sola vez, como quien se siente totalmente seguro. Torció por un par de senderos cada vez más estrechos y, tras ni media hora de camino, llegó a un henil de madera desde el que apenas se vislumbraban ya los tejados de Évreux.
—Yo diría que hemos llegado… —murmuró Holmes, que iba por delante de nosotros.
Nos agachamos entre los arbustos y permanecimos un rato observando. Cuando estuvimos seguros de que no había nadie más en las inmediaciones, corrimos hasta la pared del henil y empezamos a bordearlo en busca de algún modo de entrar.
Arsène nos señaló una ventanita en la parte alta y una escalera de madera apoyada con descuido poco más allá. La movimos con la mayor precaución y la volvimos a apoyar sin hacer el menor ruido. Sherlock fue el primero en encaramarse por ella, luego subí yo y Lupin nos siguió.
Avanzamos de rodillas por un bajo altillo polvoriento, sobre viejas tablas decrépitas con grandes rendijas entre una y otra, a través de las cuales se entreveía el espacio inferior del henil. Sherlock tomó la delantera hasta que oímos las voces de unos hombres que confabulaban unos metros bajo nosotros.
—¡Pero las órdenes estaban claras, Marcel! —voceaba uno de ellos —. ¡Teníamos que quitarles ese maldito trozo de papel!
—¡Es lo que intenté hacer! —respondió Marcel—. ¡Pero la cría reaccionó como una pantera!
No pude contener una sonrisa de complacencia.
—¿Por qué siempre tendré que trabajar con ineptos como tú? ¿Por qué? —continuó el primero. Lo vi agitar mi colgante en forma de corazón y luego tirarlo en medio del henil—. ¿Cómo pudiste pensar que lo llevara al cuello?
—Ese chisme brillaba —repuso Marcel—. Y además, ¿qué sé yo de lo que llevan al cuello las chicas? Podía habérselo guardado dentro, doblado, no sé.
—¡Si no fuese porque sería malgastar cuerda, te colgaría! Si hubiéramos usado mejor la navaja, habríamos acabado de una vez

por todas.
—¡Ya basta! —intervino una tercera voz, y vi, a través de una de las rendijas entre las tablas, que pertenecía al hombre que había recogido las botas—. Lo que habéis hecho, hecho está. Es decir, nada.
—Mira, Bernache, yo ya he intentado colarme en la casa dos veces.
—Y las dos veces… te has tenido que rendir ante el caballero misterioso.
—Te lo juro, Bernache, es un mono. ¡Si hubieses visto cómo trepaba al árbol y se subía luego al tejado! Imposible pasar por allí.
Esta vez fue Lupin el que sonrió complacido.
—Han caído en la cuenta, te lo digo yo. La casa está vigilada.
—Qué miedo.
—El tipo que trepa al tejado me hirió en la mano…
—Y está también ese gigante negro… —añadió Marcel, carraspeando.
—Da igual quien esté, nosotros tenemos que encontrar ese pedazo de papel. Y yo debo llevarlo a Saint-Vigor, al señor
De Montmorency.
—Lo que nosotros decimos, Bernache, es que, si quieres ese trozo de papel, tienes que darnos pistolas.
Tumbados sobre las tablas del henil, Sherlock, Lupin y yo nos miramos, asustados.
—Sin pistolas no entramos ahí.
—Y ni siquiera con pistolas será fácil, porque…
—¡Porque sois un hatajo de inútiles! —gritó Bernache—. ¡Os he pedido que le quitéis un trozo de papel a una niña! Y vosotros…, vosotros…
¡CRAC!
Crujió una de las tablas y, antes siquiera de que me diera tiempo a soltar un improperio, toda la parte de techo en la que estábamos tumbados se hundió bajo nosotros.
¡CRA-CRA-CRA-CRAC!
Fue una caída de tres, cuatro metros, que terminó de forma calamitosa sobre la espalda de uno de los malhechores que tramaban abajo.
Caí sobre blando, pues, y no me hice prácticamente nada. Cuando me levanté del suelo, Holmes y Lupin ya habían bajado de un salto

detrás de mí.
—¡Ahí están!
—¡Son ellos!
—¡Cuidado!
Fue lo que empezaron a gritar los dos hombres a los que no había arrollado en mi entrada en escena.
—¡Cogedlos!
Vi a Bernache rebuscar bajo su sobretodo y sacar un objeto negro. Sherlock le propinó un codazo y la pistola disparó hacia arriba, al techo de maderas podridas.
—¡Huyamos! —me gritó.
Entre el alboroto de gritos y quejidos, tomamos la salida.
—¡Por el camino no! —gritó Arsène—. ¡Por aquí!
Y se puso a huir por entre los campos, húmedos y fangosos. Corrimos a toda la velocidad que nos daban nuestras piernas, alejándonos cada vez más de las maldiciones de aquellos delincuentes, y solo cuando el henil no fue más que un puntito lejano empezamos a aminorar la marcha. Teníamos la ropa sucia de barro hasta las rodillas, la cara enlodada y… nos reíamos como locos.
—¿Los habéis oído?
Nos abrazamos los tres y nos aseguramos de que estábamos bien.
—¡La pantera!
—¡El mono de los tejados!
Sherlock profirió una especie de rugido y luego añadió:
—Sea quien sea ese señor De Montmorency, ha juntado a una banda de auténticos imbéciles.
Arsène se puso un dedo en el pecho.
—¡Tenían miedo de mí! ¿Os dais cuenta? ¡Y ellos eran tres!
—¡Y de Horace!
—¡Y por si fuera poco, Irene deja fuera de combate a uno cayéndole encima!
Caminamos a trompicones, riéndonos, hasta mi casa, a la que llegamos completamente empapados, estornudando a coro.
—¡Santo Dios! —exclamó Horace al abrirnos la puerta. No se apartó ni nos dejó entrar—. Por la escalera secreta… —musitó mientras la voz de mi madre preguntaba a su espalda—: ¿Quién es, Horace?
—¡Nadie, señora! —le contestó él—. ¡Nadie!

Subimos a mi habitación por la escalerita disimulada en la enredadera y, una vez en ella, escondimos toda nuestra ropa en un gran saco. Intentando no estornudar ni hacer ruido al pisar el suelo crujiente, les di a mis amigos una bata a cada uno, saqué otra para mí y, de esa guisa, nos refugiamos en el desván.
—Ni siquiera voy a preguntarles lo que les ha sucedido… —empezó a decirnos Horace minutos después, cuando nos trajo un gigantesco balde de agua caliente en el que nos obligó a meter los pies de inmediato—. Ni en qué lío andan metidos.
—Horace… —empecé a decir.
—Ni una palabra, señorita Irene.
—Escuche… —intentó explicarle Lupin.
—Y en cuanto a ustedes dos, señores, les conviene quedarse callados si no quieren que vaya a contarle a alguno de los familiares de la señorita el atuendo… tan poco viril… que lucen en este momento.
Vertió en el agua algo de olor penetrante y luego, sin decir nada, empezó a masajearnos enérgicamente las pantorrillas. Aunque era para que no cogiéramos frío, se parecía mucho a una tortura. Cuando consideró que ya habíamos tenido suficiente, nos miró uno a uno con tal expresión de reproche que me fue imposible no echarme a reír.
—¿Le parece divertido todo esto, señorita Irene? —me recriminó.
—Le pido perdón, Horace, pero… Si quiere, se lo contamos todo.
—Más bien lo exijo. Como pago por mi silencio.
Tanto Holmes como Lupin me hicieron un tímido signo de asentimiento.
—Bueno…, creo que, a decir verdad, llegados a este punto, necesitamos su ayuda precisamente…
—¿Para qué exactamente?
—¿Sabe dónde se encuentra el pueblo de Saint-Vigor? —le preguntó Lupin.
—No —contestó Horace.
—Entonces necesitaremos a alguien más —concluyó Holmes.

Capítulo 10

UNA FAMILIA SINGULAR

Durante el viaje en coche con destino a Saint-Vigor, leí en el *Almanaque de Gotha*, un librito impreso en Turingia, que la familia De Montmorency era una de las más antiguas de la aristocracia francesa. El *Almanaque* incluía una breve historia de la misma y listaba sumariamente sus propiedades, entre las cuales se incluía aquella a la que íbamos.

—Realmente no llego a entender qué es lo que… ¡AAACHÍS!… puede querer de mí un noble como este… —comenté al final de la lectura.

—Supongo que quiere tu trozo de mapa… —me contestó Holmes con la mirada concentrada en la campiña circundante.

—¡Pues entonces que se lo quede! —Contuve un segundo estornudo y luego añadí—: Y además, ¡no es mi trozo de mapa! ¡Hasta hace unos días ni siquiera sabía de su existencia!

—Qué raro es todo esto —estuvo de acuerdo Lupin—. Se diría que la mujer que con tanto misterio te pidió que se lo entregaras luego

se ha desinteresado…, dejándote a ti en medio de este siniestro asunto.
Sherlock hizo una mueca que a mí no se me escapó.
—¿Tú no lo crees? —le pregunté.
—Creo que hay algo que todavía no sabemos. Esa mujer no te pidió simplemente que recuperaras el mapa, quiso verte y hablar contigo. Hablar de tu madre. Advertirte de que no le contaras a nadie vuestro encuentro. Y luego desapareció en la catedral. Es algo mucho más complicado, parece como si hubiera querido atraer la atención sobre ti.
—Pero ¿por qué motivo? ¡Acabo de llegar y no conozco a nadie en Évreux!
—Tal vez ese sea precisamente el motivo…
El carruaje, conducido por Horace, aminoró la velocidad y Holmes se frotó las rodillas con la palma de las manos, excitado.
—O tal vez tenga que ver con la casa a la que os habéis mudado… Después de todo, pertenecía a otro noble de tu *Almanaque*, ¿no es cierto?
Miré el librito rojo que tenía sobre las rodillas, cerrado, sorprendida ante el hecho de que Sherlock no solo hubiera tenido tiempo de hojearlo, sino que lo conociera bien.
—¡Sooo! —voceó Horace tirando de las riendas.
Sherlock se dispuso a salir del coche.
—Sea cual sea la verdad, espero que la descubramos aquí.
La propiedad de los De Montmorency en Saint-Vigor era imponente. Pasados los establos y un templete a la entrada, se llegaba ante una casa de tres pisos, con un alto tejado a dos aguas y rodeada por un jardín a la italiana organizado geométricamente con caminos, grandes macetas de mayólica y estatuas de piedra blanca. La típica fuente, de la que habría debido surtir agua y fluir entre las dos escalinatas simétricas que subían a la casa, todavía no había sido puesta en funcionamiento con la llegada del buen tiempo.
El lado izquierdo de la mansión se prolongaba con un jardín de invierno a la manera inglesa: un gran pabellón de vidrio amueblado con sofás y sillones. La llegada de nuestro carruaje hizo que buena parte de la servidumbre acudiera a recibirnos. Sherlock me ayudó a bajar y, escoltada por mis dos amigos y Horace, que caminaba majestuosamente detrás de nosotros, encaré sin mayor temor al

enjuto mayordomo del señor De Montmorency.
—Soy Irene Adler D'Aurevilly —me presenté, tratando de imitar el comportamiento altivo que en ocasiones había detestado en mi madre—. Y ellos son los señores Sherlock Winston Holmes y… Arsène DePuilles Lupin, de los DePuilles Lupin de la Champaña.
No le di tiempo a insinuar el menor saludo ni a ubicar aquellos nombres altisonantes e improvisados entre los guardados en su memoria de empleado de la casa.
—Me sabe muy mal presentarme aquí de improviso y sin anunciar mi llegada —continué—, pero necesito hablar con el señor De Montmorency de inmediato.
El mayordomo levantó entonces las manos con una técnica bien estudiada.
—Cuánto lo siento, señorita Aurevilly…
—D'Aurevilly —lo interrumpió en el acto Lupin para ponerlo en mayores apuros aún.
—D'Aurevilly, quería decir… —se corrigió él—. Pero me temo que el señor De Montmorency acaba de…
—Dígale que tengo conmigo el mapa que buscaba.
Sus manos se movieron con más celeridad.
—No creo que sea posible…, acaba de irse… a París…
—En cambio, yo creo que haría bien en comprobarlo. Nosotros lo esperaremos en el jardín de invierno —corté en seco, tratando de no sonrojarme y no hacer caso de mis rodillas, que me flaqueaban.
—Por supuesto —farfulló el mayordomo.
Nuestra pequeña comitiva se dirigió muy envarada al pabellón de vidrio, cuya puerta nos abrió una camarera de blanco más almidonada que una oca. Lupin la hizo reír con una estúpida broma, nos sentamos al borde del sofá y solo entonces respiré.
—¿Qué tal he estado? —pregunté con un susurro.
—Como su madre lleva años pidiéndole que esté —respondió Horace—. Regia e irreprochable.
No sabiendo si considerarlo un insulto o un cumplido, no dije nada. El ruido de pasos acercándose me hizo aguzar el oído.
—Diría que lo hemos conseguido —murmuré pidiéndoles atención a mis amigos.
—Yo diría que no —musitó Sherlock.
Y tenía razón, porque en la puerta que comunicaba con el interior

de la casa apareció otra vez el mayordomo enjuto.
—Lo siento terriblemente, señorita, pero, como le he dicho…, el señor De Montmorency acaba de partir hacia París, así que es del todo imposible que pueda hablar con él.
—Esto es sin duda una sorpresa —comenté, airada.
—También lo es el hecho de que el duque
D'Aurevilly
tenga una hija —repuso él levantando una ceja—. Como quiera que sea, tal vez usted y sus amigos hayan venido hasta aquí por el otro motivo que ha mencionado…
—Para ser precisos —replicó Lupin cruzándose de brazos—, la señorita Irene Adler se ha mudado recientemente a casa del señor
D'Aurevilly
en Évreux, a poca distancia de aquí… Y en el tiempo que lleva en ella, en circunstancias totalmente azarosas…
—… creo haber encontrado algo que le interesa mucho al señor De Montmorency. —Hice ademán de levantarme, reprimí un estornudo y luego añadí con la garganta cerrada—: Pero siempre puedo haberme equivocado.
—Así pues, ¿el señor no nos recibirá? —insistió Holmes.
—De ninguna manera —se mostró inflexible el mayordomo.
Yo miré a mis amigos tratando de encontrar una salida a aquella negativa tan absoluta. Inspiré por la nariz, desesperada por el progreso del resfriado.
—¿Me está diciendo que hemos venido hasta aquí para nada?
—Le estoy preguntando si por casualidad no lo tendrían aquí con ustedes… —indagó entonces el flaco mayordomo.
Busqué un pañuelo y Horace me dio el suyo.
—Aquí con nosotros no. Pero tenemos la firme intención de tratar el tema con el señor De Montmorency —respondió Lupin por mí. Sacó del bolsillo un sobre blanco que llevaba unas señas escritas en una caligrafía con muchas florituras.
El mayordomo clavó los ojos en el sobre.
—Creo que al señor podría interesarle leer lo que me entrega… —dijo alargando una mano para cogerlo—. Cuando vuelva de París, se entiende.
—Claro, claro —le siguió la corriente Arsène retirando el sobre con la velocidad de un martín pescador y poniéndome una mano en el

hombro.
—¡ACHÍS! —estornudé en ese instante, hundiendo la nariz en el pañuelo de Horace—. ¡Oh, santo cielo!
—Creo que ha cogido un mal resfriado, señorita —observó el mayordomo.
—Y yo me temo que necesito un baño caliente —añadí.
El mayordomo enderezó la espalda e hizo un gesto a la sirvienta almidonada. Lo último que vi, antes de seguirla al interior de la mansión, fue a Arsène agitando el sobre blanco como un cebo.
Minutos después estábamos de vuelta en el coche y recorríamos el camino de salida de la propiedad de los De Montmorency.
—¡Qué ser tan odioso! —comenté, enervada por la conversación de poco antes—. ¡Era repelente, por decir poco!
—Menudas ganas tenía de echarle mano al sobre… —se carcajeó Arsène—. Y creo que hemos acertado viniendo aquí.
La carretera a Saint-Vigor atravesaba un frondoso bosque y, cuando vimos el primer camino lateral, Sherlock dio un golpecito bajo el pescante y Horace frenó los caballos y detuvo el carruaje.
—Creo que aquí está bien… —asintió pensativo nuestro amigo. Su mirada, como a la ida, no se había apartado del paisaje que nos rodeaba.
—¿Qué pretendes hacer? —le pregunté.
Por toda respuesta, Sherlock abrió uno de los maleteros y sacó ropas de reserva, un jersey de lana, pantalones de caza y un par de gruesas botas, y empezó a cambiarse.
—Diría que el señorito Holmes se va de caza… —comentó Horace desde el pescante.
—Eso mismo —respondió él mientras se quitaba con rapidez la ropa elegante con que se había presentado en casa de los De Montmorency—. Ese mayordomo no ha dicho la verdad, entre otras cosas porque me ha parecido que todos los caballos estaban en los establos.
—Y por lo tanto el señor De Montmorency estaba en casa… —murmuró Arsène saltando al suelo también—. Pero no hace falta que te tomes tantas molestias, Sherlock.
—Será cuestión de una hora como máximo. He calculado la distancia desde la casa y, atajando por aquí…
—Tú habrás calculado la distancia, pero yo he hecho algo mejor —

dijo sonriendo Arsène, que sacó del bolsillo una pequeña llave de hierro—. Siempre hay que ser simpático con el personal que te abre la puerta…
—Notable —murmuró Sherlock—. Pero entrar en el jardín de invierno podría no ser buena idea.
—¿Acaso tienes alguna mejor?
—Ir por detrás —contestó Sherlock.
—¿Para entrar dónde?
—No lo sé. Pero es más seguro.
—¿Más seguro que una llave?
Los miré atónita. ¿Me equivocaba o ambos estaban retándose por ver quién debía volver a la mansión y colarse en casa del señor De Montmorency?
—¿Queréis saber cuál de vosotros, chicos listos, tiene razón? —intervine mientras Arsène y Sherlock seguían enfrentándose.
Me miraron. Parecían dos gallos en un gallinero. Tuve que obligarme a no reír.
—¡Pues la tengo yo!
Horace se dio una palmada en las rodillas, como si se preparara a disfrutar de lo que venía.
—Cuando he ido al baño, he aprovechado para entreabrir la ventanita de la parte trasera. Si nos damos prisa, todavía la encontraremos abierta.
—¡Señorita…! —refunfuñó suavemente Horace—. Aunque aceptara su idea de introducirse como ladrones en la casa de un noble francés, no creo que me arriesgara a ir… todos juntos a la aventura.
—¡Está bien! —Me corregí—: Si uno de nosotros…
—¡Ejem! —carraspeó Horace.
Resoplé. Tal vez el señor Nelson fuera ahora un poco más cómplice de nuestras aventuras, pero su presencia me hacía sentir aún más limitada que antes.
—Si uno de vosotros dos… se da prisa, seguro que aún la encuentra abierta. Pero tened cuidado.
—Yo casi he terminado de cambiarme… —musitó Sherlock.
—Yo ya estoy listo —repuso Arsène.
Sherlock lo retuvo por el brazo.
—Hemos jurado —le recordó—. Nada de truquitos entre nosotros.
—Está bien. Saca tú primero —propuso Arsène cerrando el puño.

—Pares —respondió Sherlock, que abrió tres dedos.
Arsène había sacado dos, así que ganaba.
Nos dirigió una gran sonrisa, hizo una cómica reverencia y se alejó por el bosque.
Lo esperamos en la pequeña posada de Saint-Vigor, donde Sherlock intentó librarse del berrinche y la sensación de derrota que lo afligían.
—Estaba seguro de no fallar —murmuró, y pidió un vaso de sidra.
—¿En qué, en el pares o nones?
Él asintió y concluyó:
—Con un adversario cualquiera, diciendo pares y sacando nones habría tenido el cincuenta y siete por ciento de probabilidades de ganar. Pero con Arsène, que juega casi siempre a que sale tres o cinco, ¡mis posibilidades eran prácticamente del ochenta por ciento!
—Y las de que tarde o temprano yo me enfade se están acercando vertiginosamente al ciento por ciento, Sherlock.
Él me miró, algo abstraído todavía, y luego convino conmigo en que no merecía la pena darle tantas vueltas. Bebimos en silencio nuestras sidras y repasamos algunos de los sucesos de las últimas horas, confiando en que a Arsène no le ocurriría nada malo.
Pasados casi cuarenta minutos, dimos un paseíto por los alrededores de la posada, donde Horace, sentado en una silla de hierro, estaba leyendo un librito del señor George Sand que juzgaba muy placentero.
—¿Algo divertido? —le pregunté.
—Quizá el hecho de que firme con el nombre de George pero en realidad sea una mujer —comentó mi mayordomo, como si con aquella frase quisiera darme a entender algo más.
Nos alejamos y, una vez fuera del alcance de la mirada de Horace, Sherlock hizo un gesto inesperado.
—Espera —me dijo—. Se me olvidaba algo…
Sacó de un bolsillo de su traje mi colgante de oro en forma de corazón y lo depositó en mi mano deleitándose con mi expresión estupefacta.
—¿Cómo…?
Sherlock se encogió de hombros. Su larga nariz afilada se puso púrpura.
—Ayer, en el henil, lo vi en el suelo y pensé que te gustaría

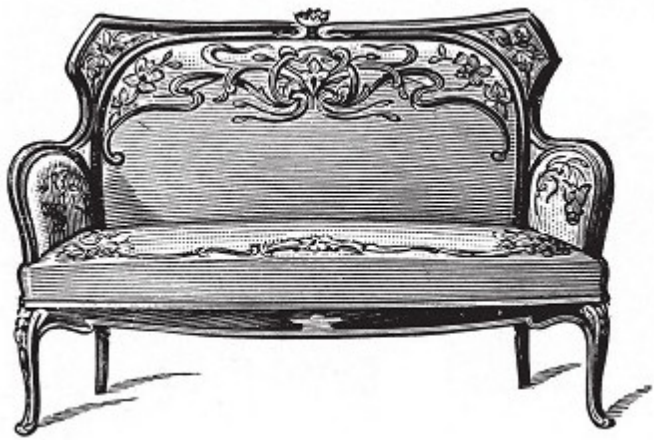
recuperarlo.
Apreté el colgante en el puño.
—Claro, sí.
Vacilé, pero luego reuní el valor necesario para preguntarle:
—Sherlock, dado el juramento que hemos hecho…
Él esperó, mirándome.
—¿Me puedes decir si fuiste tú el que me lo regaló?
Sonrió.
—Si te lo digo, ¿me das tu palabra de que no volverás a preguntármelo?
Asentí.
Él también.
—Sí —me contestó señalando el colgante—. Te lo acabo de regalar. ¿Vale igual?
Y así fue como comprendí que los juramentos tienen dos caras.
Y que cuando se hacen preguntas o se dan respuestas, hay que pensar muy bien lo que se va a decir, sobre todo si se tiene enfrente a Sherlock Holmes.
Lupin llegó a la posada dos horas después, cubierto de barro y de otra pátina de algo indefinible, mucho más oscuro y maloliente, que apestó muy pronto todo el carruaje. Pese a su aspecto, y al olor, estaba radiante.
—He descubierto dos cosas; es más, tres —nos anunció.
Horace, desde su puesto de cochero, le pidió que hablara más fuerte, porque no lo oía bien.
—La primera —prosiguió Arsène— es que en la casa de los De Montmorency hay una pocilga grandísima.
Sherlock se echó a reír y yo hice otro tanto. ¡De ahí aquel hedor!
—He tenido que esconderme en ella casi una hora —nos confesó Arsène—. Pero ha valido la pena… Chicos, esta historia es muy gorda. Más que ninguna en la que nos hayamos metido hasta ahora. Me refiero a… alta nobleza, no sé si me entendéis.
—Sigue.
—No nos tengas en ascuas, Arsène.
—El señor De Montmorency no se ha marchado en absoluto, como nos han dicho, sino que se esconde en la propiedad, tal como ha supuesto Sherlock.
—Estaba claro —comentó mi amigo.

—Y nada más entrar en la casa por la ventanita del baño, lo he visto confabulando con su mayordomo. Hablaban del tal Bernache…
—El granuja que mandó a sus esbirros a robarme…
—Exacto. Y coincidían en que había sido una decisión completamente errónea. Y que debían cambiar de estrategia lo antes posible… o, si no, adiós mapa.
—¿Han leído nuestra nota? —pregunté.
—Cómo no, debe de haber sido lo primero que han hecho, porque parecían fuera de sus casillas. Están totalmente convencidos de que nosotros estábamos dispuestos a negociar la venta de nuestro trozo de mapa. Porque también en eso tenías razón, Sherlock, ese papel es parte de un mapa.
Nuestro amigo disimuló una visible satisfacción tras su acostumbrada máscara de imperturbabilidad.
—Pero hay una cosa que ni siquiera tú podías saber. Mejor dicho, hay dos cosas. La primera es que detrás del señor De Montmorency hay otra persona. Alguien que se hace llamar… el Gran Maestre. Él es quien dio la orden de buscar los pedazos del mapa…
—El Gran Maestre… —murmuré, extrañada, y aquellas palabras se enredaron en mi cabeza como una telaraña.
—Por eso Bernache tenía que encontrar un trozo del mapa, que De Montmorency entregaría a ese… Gran Maestre —dedujo Sherlock—. ¿Y has descubierto también cómo se llama y dónde vive?
—No. Ningún nombre. Pero me he enterado de que se comunica con los suyos por medio de oscuros mensajes. Que vienen todos de París, naturalmente.
—¡París! —exclamó Sherlock—. Lo sospechaba.
—Pero eso no es todo… —siguió diciendo Arsène—. El propio De Montmorency posee un fragmento del mapa, muy parecido al que tiene Irene.
—¿Has podido verlo?
Arsène puso cara de astuto.
—He hecho algo más, en realidad… —murmuró.
—¿Tal vez sería más correcto decir que el señor De Montmorency *poseía* un fragmento del mapa? —preguntó Sherlock Holmes con una sonrisa divertida.
—¿Y que lo ha perdido en la pocilga? —añadí yo.

—Habéis acertado… —concluyó el bribón de Arsène Lupin sacando el trozo de mapa de sus ropas inmundas.

Capítulo 11

UNA DECISIÓN EN COMÚN



Nos reunimos de nuevo en el bajo desván de la casa de D’Aurevilly
, a la luz de las velas.
Una llovizna insistente batía sobre los cristales y, de vez en cuando, una de las ramas más cercanas arañaba ruidosamente el tejado. Sherlock, arrodillado en el suelo, se encargó de juntar los dos trozos de mapa y, tras un par de tentativas, los acopló uno debajo de otro en el lado izquierdo de un invisible cuadrado de mayor tamaño.
—Fragmentos de un mapa, lo que pensaba —dijo después de mirarlos detenidamente.
Yo solo veía líneas e incomprensibles palabras desvaídas, a excepción de un trazo más grueso que los otros, parecido a una serpiente, una rama o alguna otra cosa sinuosa. Por lo demás, solo eran papeles amarillentos con un fuerte olor a polvo.
—¿Un mapa? ¿Un mapa de qué?
—De la ciudad de París —dijo Holmes sin pensárselo dos veces.
No acertaba a comprender cómo había llegado a esa conclusión. Y según parecía, tampoco Lupin lo entendía, pero a ambos nos

atemorizaba, por decirlo de algún modo, la soberbia de nuestro amigo.
Él apuntó con un dedo a aquella línea más marcada que las demás y nos explicó:
—Es el Sena, el río que cruza París, y que hace exactamente este recodo a la salida de la ciudad.
Me quedé callada mirando la línea.
—Es cierto —comentó Lupin.
—Podéis comprobarlo si queréis —añadió Holmes.
Lupin, envuelto en un albornoz, se sentó en el suelo con las piernas cruzadas. Pese al baño caliente que Horace le había preparado en la parte trasera de la planta baja, todavía despedía olor a pocilga, y probablemente no se libraría de él en días.
—Te creo, te creo… —concedió—. Pero, ahora que tenemos dos trozos de un viejo mapa de París, ¿qué hacemos con ellos?
—Para responderte, amigo mío, tendría que poder verlo entero, con los ocho trozos que lo componen.
—O preguntárselo al señor De Montmorency —dije yo.
—Dudo que él lo sepa —me corrigió Holmes—. Más bien habría que preguntárselo al Gran Maestre de París.
Un mapa de París, el Gran Maestre de París: todos los indicios nos decían que era a la turbulenta capital hacia donde debíamos ir si queríamos desenredar la madeja de aquel misterio.
—Pero ¿qué tiene que ver mi madre con todo esto? —pregunté—. ¿Y la señora de la catedral?
Ninguno de ellos sabía darme una respuesta.
—Los hechos son más sencillos de lo que podamos imaginar… —sentenció entonces Sherlock. E infaliblemente, como solía hacer en tales ocasiones, se calló.
—¿Y cómo son, si haces el favor? —le preguntó Arsène.
—Creo que tú, Irene, deberías hablar con tu madre y descubrir lo que sepa de esta historia sin decirle nada del mapa.
Asentí. A aquellas alturas, parecía necesario, aunque en mi fuero interno sentía que habría sido mejor no hablar nunca de aquel asunto con ella.
—Puedo hacerlo mañana por la tarde, cuando vaya a leerle *Paul et Virginie*. Y luego, por la noche…
—Espera, espera —me interrumpió nuestro amigo inglés—. En

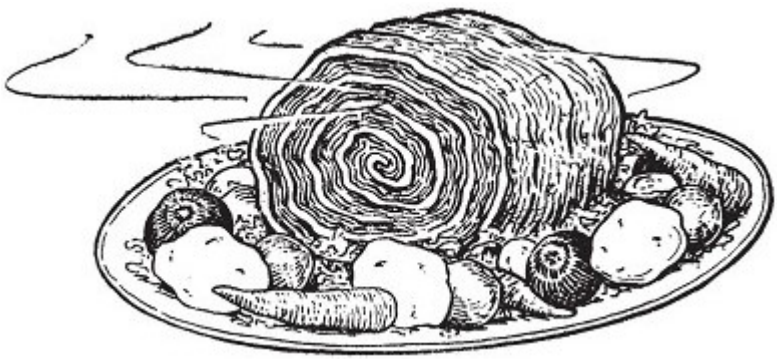
cuanto a ti, Arsène, no puedes seguir escondiéndote en este desván… Tarde o temprano deberás volver con tu padre.
—¡De eso ya te puedes ir olvidando!
Holmes no le hizo caso.
—Y por mi parte, mi semana de libertad en Bruselas está llegando rápidamente a su fin. Los hechos, amigos míos, nos dicen que, si de verdad queremos resolver este misterio, tenemos que dividirnos para luego volver a reunirnos, como muy tarde dentro de dos días a partir de esta noche, y contarnos lo que hayamos descubierto.
—Pero ¿qué dices, Sherlock? ¡Si acabamos de reencontrarnos! —intenté objetar, pero fue totalmente inútil.
—Arsène, tú y yo tenemos que ir a París lo antes posible, mañana por la mañana, en busca de ese Gran Maestre, mientras que tú, Irene, hablarás con tu madre para averiguar qué es lo que sabe. —Sherlock hurgó en sus bolsillos y sacó un reducido fajo de billetes—. Deben de quedarme francos suficientes para pagarnos un par de noches fuera… Eso, si no quieres recurrir a tu padre —añadió.
—¡Preferiría dormir en la calle! —declaró Lupin.
—Pero yo no —contrapuso Holmes—. Entre otras cosas, porque tengo una maleta que llevar de vuelta a Londres. Y solo dispongo de unos días antes de regresar. Dame el nombre de algún hotel que conozcas…
—¿Y qué más da? Los hay a millares —respondió Lupin encogiéndose de hombros.
Sherlock insistió hasta que Arsène decidió que se alojarían en L'Alchimiste
, una pensión de mala muerte del IX *arrondissement*. Aquella noche, mil dudas asaltaron mi joven e inquieto espíritu y hasta intenté disuadirlos de la idea de viajar a la capital.
—Mi padre dice que en ella anidan peligros de toda clase… y que hay soldados en cada calle… y pobres hambrientos que vagan por los barrios… e incendios…
Pero ellos se mostraron inamovibles, igual de inamovibles que en la decisión de que yo debía quedarme en Évreux esperando una carta suya o, como dijo varias veces Arsène, su vuelta.
Y eso hicieron.
Al día siguiente, cuando bajé a desayunar, estaba sola, pues mi padre se había marchado al amanecer para arreglar ciertos asuntos

en la ciudad de Amiens.
Horace me saludó con cordialidad y me confirmó que nuestro huésped Holmes había partido en un carruaje con las primeras luces del alba.
—¿Solo? —le pregunté. Y luego, sin esperar respuesta, corrí al desván, que encontré vacío.
Metí la mano por el cuello del vestido y apreté el colgante de oro que Sherlock me había regalado (puede que dos veces) y me dolió muchísimo aquella lejanía.
Horace zumbó a mi alrededor en busca de confidencias y, cuando se las hice, me confirmó que los chicos le habían pedido que guardara él los dos trozos de mapa y se habían llevado sendas copias dibujadas con gran precisión por el señorito Holmes, quien, evidentemente, no había dormido aquella noche.
Me encerré en un duro silencio que ni siquiera rompí durante la comida, pese a las tentativas de Horace por atemperar mi malhumor.
Por la tarde, a la hora de siempre, fui a la habitación de mi madre. La hallé sentada en el diván, sonriente, pero, no sé por qué, su sonrisa me resultó antipática, casi odiosa.
Me costaba leer y mi madre se dio cuenta.
—¿Va todo bien, Irene? —me preguntó.
«No, nada va bien», tendría que haberle contestado. Nada iba bien porque una misteriosa mujer me había enredado en un turbio asunto cuyo alcance ni siquiera imaginaba y mis dos únicos amigos verdaderos se habían marchado al amanecer para ayudarme a resolverlo.
Sentí que me invadía una rabia terrible, y no sabía por qué. Cerré el libro de mala manera y lo dejé caer al suelo.
—¿Irene?
Levanté la mirada.
—Mamá, ¿sabes algo de un mapa de París? ¿Un mapa cortado en ocho partes?
Su mirada fue de asombro y miedo al mismo tiempo.
—¿De qué estás hablando?
—¿Conoces a una mujer rubia a la que en el pasado le hablaste de mí… y que está buscando un mapa de París?
La vi tratar de ponerse en pie, temblando.

—No sé de qué me estás hablando…
—Y al señor D'Aurevilly, ¿lo conocías? ¿Y al señor
De Montmorency? ¿Conoces a alguno de ellos?
—¡No, Irene, no! Pero ¿por qué me haces estas preguntas? ¿Y por qué eres tan… agresiva?
—¿Y entonces por qué ellos me conocen a mí?
Mi madre se dejó caer sobre la descalzadora, apoyó la cabeza en una de las columnitas que sostenían el baldaquín y, con sus últimas fuerzas, susurró:
—Pero ¿qué es lo que te sucede, Irene?
Yo, sin embargo, salí de su habitación con la rabia haciéndome hervir la sangre y fui a encerrarme en la mía. Oí los pasos de Horace y la voz nerviosa de mi madre, y con eso tuve suficiente. Cuando, aquella noche, nuestro mayordomo llamó a la puerta de la habitación de color lila para anunciarme la cena, la encontró totalmente vacía, con dos vestidos menos en el armario. Horace comprendió inmediatamente que yo había salido por la escalera oculta en la enredadera, pero tardó casi un día en darse cuenta de que la quebrantahuesos de Lupin había desaparecido del jardín. Le llevaba un día de ventaja y me había criado en París: una vez allí, no tendría dificultad en encontrar la pensión
L'Alchimiste
.

Capítulo 12

LOS ALQUIMISTAS DE PARÍS



Creo que, más que un simple sobrenombre, lo de «quebrantahuesos» debía ser más bien el nombre científico de aquel infernal cacharro con ruedas.

Cuando llegué a ver las murallas de París era poco más de mediodía y no sentía la espalda, y mucho menos las posaderas. Localicé, por el letrero, una parada de postas, entré en la pequeña venta y, con francos en la mano, pedí que me llevaran; sentada junto al empleado postal en el duro pescante del coche, tuve la impresión de viajar lujosamente e imaginé la cara que pondría Arsène cuando le contara dónde había dejado su artilugio metálico. Creedme, después de aquel viaje estaba completamente segura de que nadie inventaría nunca una bicicleta cómoda, ni que nadie que no estuviera tan loco como Arsène podría montar en ella.

Después del largo asedio de aquel invierno y la hambruna que había ocasionado, París era una ciudad más gris. La mayoría de sus calles estaban desiertas; pocas personas, pocas pensiones abiertas y, sobre todo, ningún animal vagando libremente, como solía ocurrir tiempo atrás. El hambre debía de haber sido aún más atroz de lo que imaginaba. Me impresionaron los jardines de Luxemburgo, que parecían cubiertos de ceniza, y las hileras de ventanas cerradas,

trancadas, del palacio de Napoleón III.
Di las gracias al empleado del servicio postal por el viaje y me puse a buscar la pensión
L'Alchimiste
; me dirigí hacia los Inválidos, pues me habían dicho que se encontraba cerca. Vi que en las callejas del VII *arrondissement* habían surgido numerosos negocios de cambistas y casas de empeño, en los cuales los parisinos, avergonzados, iban a vender sus bienes más preciados a cambio de una miseria. Mientras dejaba atrás un cruce de calles sucio y mojado, pensé que tenía razón mi padre: para algunos, hasta la guerra era una oportunidad. Cualquier circunstancia, y cualquier acción humana, podía generar consecuencias inesperadas, elevarnos o rebajarnos… Siempre que existiera algo por encima de nosotros o algo por debajo.
Me fijé en los árboles, que, allá en las alturas, parecían indiferentes a la suerte del conflicto; ya se veían despuntar las primeras yemas y hojas tiernas. A ras de suelo, de las puertas entreabiertas salían olores fuertes y desagradables. A sopa de col en el caso de los más afortunados, a sopa de rata, de zapatos y cinturones cuando no había nada más que comer. Como siempre, pobres y ricos no estaban a más de unas manzanas de distancia, pero vivían existencias separadas.
Holmes y Lupin no estaban en su habitación, pero la patrona de la pensión sabía bien por quién le pedía información. Y cuando le pregunté si tenía habitación para mí, me miró mal, como si estuviera calculando mis años y los francos que llevaba encima. Me dijo que no tenía, aunque tuve la impresión de que era para regatear el precio. Yo no quería darle a entender lo confundida y asustada que estaba. En mi cabeza, seguía pensando en que me había escapado de casa y que me encontraba, completamente sola, en una ciudad recién salida de la guerra, pero a ojos de los demás quería mostrarme como una chica emancipada, cosmopolita. No podía ni llegar a intuir lo ridícula que debía parecer.
—Si tanto insiste… —me propuso la patrona—, se puede tender otro jergón de paja en la habitación de sus amigos.
Se me iluminaron los ojos.
—¡Sería estupendo! —exclamé.
—Pero, en todo caso, le costará lo mismo que una habitación para

usted sola —puntualizó ella.
No me importaba. Mi primera preocupación no era tanto el dinero como el encontrarme en París sin un apoyo.
Le pregunté dónde podía tomar un bocado y la mujer me sopesó por segunda vez con su mirada de lobo.
—Depende de lo que pueda gastarse, señorita…
—No se preocupe —repuse—, ya me las arreglo sola.
Me detuve en uno de los puentes sobre el Sena, no demasiado lejos de la Île de la Cité y las agujas negras de Notre-Dame. El río discurría exangüe, arrastrando desechos.
Callejeé por las inmediaciones del anfiteatro de Lutecia hasta el único edificio que conocía bien, mi casa, y el corazón se me encogió al ver las ventanas y el portal cerrados a cal y canto. La que había sido la ventana de mi habitación daba a un parquecito cuadrado donde estaban amontonados maderos, tablas y escombros. De los árboles que circundaban la fuente no habían sobrevivido más que dos.
En una de las mujeres que caminaba pegada al muro me pareció reconocer a una de nuestras sirvientas y pensé en llamarla. Pero me obligué a no hacerlo poniéndome una mano en la boca. No estaba segura de que fuese ella y me di cuenta de que, aunque lo fuera, no habría sabido qué decirle.
Volví, pues, a la pensión
L'Alchimiste
, a la que llegué casi al atardecer. Me bastó una ojeada de la señora en la planta baja para saber que Arsène y Sherlock habían vuelto. Subí de dos en dos los escalones de madera de aquel mugriento establecimiento, llamé a la puerta y grité:
—¡Chicos!
—¡Irene! —se asombró Arsène—. Entonces, esa bruja no nos estaba tomando el pelo, ¡eres tú de verdad!
—En carne y hueso, señores, ¡a pesar de tu vehículo quebrantalotodo!
—Debes de haberte vuelto loca —me saludó Sherlock— para venir hasta aquí tú sola…
—¿Y tú cómo estás tan seguro de que esté sola?
—Viendo cómo vas vestida, se diría que sí… —me respondió Sherlock alzando una ceja—. Y porque la señora de abajo nos ha

dicho que teníamos que bajar al sótano a coger un tercer jergón para ponerlo en la habitación.
Era inútil fingir, así que les conté en pocas palabras mi huida de casa, que me parecía digna de las aventuras de Rocambole, el caballero ladrón del que acababa de leer tres libritos escritos por el vizconde Ponson du Terrail.
—¿Y qué me contáis vosotros? —pregunté.
—¡Que necesitamos una cena consistente! —rugió Arsène.
—O al menos su equivalente parisino.
—¿Será posible que solo penséis en comer? —bufé.
—Lo creas o no, Irene, una buena cena podría ser el único modo de llegar a saber algo más del Gran Maestre.
Sherlock me explicó que todo el mérito de aquella idea era de su hermano Mycroft y su suscripción a la *World Literary Gazette*, una pretenciosa revista repleta de información sobre las últimas novedades literarias. En efecto, Sherlock estaba seguro de haber leído una alusión al Gran Maestre en una página de aquella revista precisamente.
—¿Y de qué nos puede valer? —pregunté, bastante perpleja.
—Es sencillo, me he acordado de que el artículo en cuestión hablaba de un escritor parisino, el señor… ¡Alejandro Dumas!
Oír el nombre del autor de *Los tres mosqueteros* me sorprendió no poco.
—¿Alejandro Dumas? —balbucí—. ¿Os referís a ese Alejandro Dumas? Pero ¿sigue vivo?
—Desafortunadamente, no. Murió en diciembre pasado —me contestó Sherlock—. Pero su hijo, que lleva su mismo nombre, está aquí en París y, si bien a mi juicio no está a la altura de su padre, tal vez nos pueda ser útil… ¡Después de todo, trabajaban codo con codo!
—Ah, ¿y dónde…? —iba a preguntar.
—¡He hecho una «visitita» a la Academia Francesa! —se me adelantó Lupin con sonrisa de pillo—. Un vistazo al registro de su correspondencia ha bastado para saber dónde vive nuestro Dumas.
—Y una charla con su amabilísima criada nos ha dado a conocer sus costumbres —añadió Sherlock.
Por lo que les había contado la criada de Dumas, el escritor solía cenar en el Francillon, un restaurante de precios prohibitivos que,

de un modo u otro, había logrado mantener su clientela pese a la guerra.
El local se encontraba a poca distancia de la gran iglesia de Saint-Eustache, que se alzaba, como una tortuga de piedra, en el límite del parque de Les Halles.
Lupin llegó a la puerta giratoria, la empujó y nos envolvió entonces un delicioso aroma a asado, caza y patatas al horno.
Preguntamos por Dumas, hijo, y, como fue Arsène quien hizo la pregunta con el excelente acento que había conservado a pesar de su vagabundeo, nos respondieron:
—¡Sí, naturalmente!
Seguimos al camarero hasta una pequeña mesa en un rincón a la que estaba sentado un lozano señor de cabello rizado y engominado, barbilla prominente y una gran servilleta manchada metida en el cuello de la camisa.
—¿Señor Dumas? —dijo Lupin—. Perdone la molestia.
Él alzó apenas los ojos del vino que se estaba sirviendo y adoptó inmediatamente una expresión recelosa.
—Espero que no hayáis venido a pedirme libros de mi padre… —empezó a decir, con cara de fastidio, cuando vio que tenía ante él a tres chiquillos.
—Nada de eso —se apresuró a responder Lupin—. Es más, le confieso que ni siquiera los hemos leído.
Me habría gustado objetar que yo había devorado, literalmente, tanto *El conde de Montecristo* como *Los tres mosqueteros*, pero consideré preferible seguirle el juego a Arsène. Y su frase, de hecho, pareció surtir efecto.
—¿Y qué queréis, entonces? No querréis una comida, supongo, ni me parece que tengáis edad para ofrecerme un puesto en el gobierno socialista… ¡Aunque nunca se sabe, cuando se ocupan los cargos al grito de «jóvenes al poder»! Pero ya he dicho que no me interesa, de todos modos.
Holmes me pareció molesto por aquella perorata, pero se limitó a disentir mesuradamente. Yo, en cambio, me di cuenta de que, entre palabra y palabra, Dumas me lanzaba miradas como si esperara que al menos yo me riera un poco. Me parecía zarandeado como un barco en mitad del mar, así que le sonreí.
—Nada de eso, en efecto… —prosiguió mi amigo—. Permita que

me presente. Me llamo Arsène Lupin, artista y prestidigitador.
—Oh, santo cielo… —murmuró Alexandre Dumas bajo el bigote.
—Y los señores que me acompañan son el señor Sherlock Holmes, enigmista, y la señorita Irene Adler, escritora…
Lo fulminé con la mirada. ¿Por qué me había presentado de aquella manera?
—¿Ah, sí? —se rió Dumas mirándome con más atención—. ¿Una escritora? ¿Y de qué escribe?
—De homicidios —respondí sin muchos rodeos.
Él pareció dar un brinco en su silla.
—Una señorita delicada como usted… ¿escribe de homicidios? ¿Qué clase de homicidios?
—De todas clases —repliqué—. No tengo preferencias. Basta con que haya alguien que muera —miré a Arsène— y alguien que investigue —y miré a Sherlock.
—¡Vaya, vaya! —exclamó Dumas, que se divertía mucho—. ¡Tendría que presentarle a mi amiga George! —Se colocó bien la servilleta en el cuello de la camisa y agarró los cubiertos, porque, entretanto, había llegado su pierna de cerdo con patatas. Y despedía tan buen olor como para que el estómago se retorciera de hambre —. Pero sigo sin saber cuál es la razón por la que…
—Estamos buscando al Gran Maestre —intervino tajantemente Sherlock a nuestra espalda—. Y nos han dicho que tal vez usted sepa quién es.
Al oír aquellas palabras, Alejandro Dumas soltó el tenedor y su rostro se puso lívido. Tras unos instantes de silencio, nos preguntó con una sonrisa forzada:
—El Gran Maestre, ¿eh?
—Exacto.
—¿Y decís que no sois admiradores de mi padre?
—En realidad, yo sí —admití—. Pero, que yo recuerde, en sus libros no se habla de ningún Gran Maestre.
Me preguntó cuáles había leído y, al oír mi respuesta, murmuró:
—Ah, claro, claro… Probablemente esas son las mejores novelas de mi padre. Y es porque, ¿sabe?, no fue él quien las escribió, o al menos no del todo. Por tanto, no ha leído ninguna de las novelas de la serie de María Antonieta…
Negué con la cabeza.

—¿Ni siquiera *José Bálsamo, conde de Cagliostro*?
Volví a decirle que no.
—Sin embargo —intervino Sherlock Holmes sin pizca de jovialidad en la voz—, sabemos que su padre estaba trabajando en una última y gran obra… Y creo que usted sabrá algo de ella.
El hombre se sobresaltó y dirigió a mi amigo una mirada fija y ceñuda, olvidándose por un momento del suculento plato que tenía delante.
—Y vosotros, ¿qué es lo que sabéis vosotros de esa obra? —preguntó con un susurro.

Capítulo 13

EL ARCHIVO DUMAS

Todavía hoy, mientras recuerdo aquella aventura nuestra, me asombro de que tres jovencitos como nosotros, recién llegados a París sin saber siquiera lo que buscar, pudieran convencer a un hombre hecho y derecho de que los llevara a su casa y les hablara de sus secretos de familia. Pero lo cierto es que las palabras de mi amigo Sherlock Holmes resultaron persuasivas y Alejandro Dumas, hijo, tras devorar su pierna de cerdo, se echó la capa y nos condujo por la Rue Coquillière, donde todavía se percibían los olores de un mercado de barrio, hasta el cruce con la Rue Croix des Petits Champs, donde torcimos hacia la Rue Saint-Honoré.

—No todo lo que escribía mi padre era verdad… —nos confesó

mientras caminaba por la ciudad de luces apagadas golpeteando con su bastón—. Creer en sus palabras sería como apostar por un caballo vendado… Pero el Gran Maestre es algo distinto. Mi padre era un auténtico apasionado de los asuntos misteriosos. De esos que vosotros, los más jóvenes, llamáis «ocultos».
Llegamos ante un viejo portal, él sacó las llaves y abrió al tercer intento.
—Pero mi padre tenía una gran virtud: antes de escribir nada, se documentaba. Además, conservaba todo lo que había hallado. Le hacía una ficha y lo archivaba.
Subimos un tramo de escalera y luego otro. Alejandro Dumas, hijo, hablaba sin parar y ni siquiera Lupin podía darle réplica. Al alcanzar otra puerta, se paró para mirarnos en la oscuridad y por un momento tuve miedo de que hubiéramos sido demasiado ingenuos acompañándolo hasta allí.
—Lo que sé de ese último y temible libro inconcluso es que se basa en una historia real sobre la que mi padre estaba recopilando información. Parece que ese Gran Maestre, pese a que vive en el más absoluto secreto, en realidad tiene en su mano la suerte de la ciudad y de toda Francia, y no exagero. Se hace llamar Gran Maestre de la Orden de San Miguel y se cree que convoca a sus adeptos en las catacumbas de París para oficiar ceremonias secretas, rituales macabros… ¡mediante los cuales pretende restaurar el antiguo orden en Francia!
Diciendo esto, Alejandro Dumas, hijo, abrió la puerta de un apartamento completamente vacío, a excepción de dos filas de mesitas bien alineadas sobre las cuales había unas amenazadoras maquinarias de madera y metal, que inmediatamente llamaron la atención de mis amigos.
—Bienvenidos a la que, en familia, si es que puede hablarse de familia, llamábamos la sala de los fantasmas —anunció—. Esos son seis clavecines escribanos de Ravizza, originarios de Italia —explicó, enseñándonos los primeros modelos de las que, con el paso de los años, aprendería a llamar «máquinas de escribir» y que tanto significarían en mi vida.
Los rozó con la punta de los dedos y los dejó atrás.
—A mi padre le encantaban los inventos, y gastarse dinero en las mayores excentricidades.

—Es como estar en la redacción de un periódico… —observó Sherlock.
—Algunas de sus obras más conocidas fueron escritas aquí, por él y por sus ayudantes, los fantasmas que trabajaban para él. Entre los cuales, naturalmente, se hallaba un servidor…
Mientras hablaba, Dumas encendió una luz y, sosteniéndola por encima de su cabeza, pasó a una segunda habitación. Esta estaba ocupada por un único y colosal mueble, una cajonera de bella madera robusta, fabricada especialmente: era el Archivo Dumas. No había etiquetas, solo los cajones. Cajones y más cajones, unos al lado de otros. En el suelo había pilas de periódicos agrupados desordenadamente, y libros. Libros de ambos Dumas.
Antes de encontrar lo que venía al caso, Dumas abrió y cerró algunos cajones, todos atestados de hojas de periódico, apuntes manuscritos, imágenes fotográficas y estampas. Cuando por fin dio con la carpeta que buscaba, la cogió y una cuartilla cayó al suelo revoloteando. Sherlock, que era el más cercano, se agachó rápidamente para recogerla y se la dio al escritor, que se la metió en un bolsillo.
—Sentaos… —nos invitó a hacer.
Nos acomodamos entonces sobre la alfombra y él empezó a pasar las hojas con los dedos, mascullando, hasta que encontró un apunte interesante que nos leyó en voz alta:
—El Gran Maestre y el mapa de París… ¿Podría ser esto?
Realmente parecía tener que ver con nuestro asunto. Precisamente había sido la alusión a la existencia de un mapa (del cual no le habíamos confesado que teníamos con nosotros dos fragmentos, y mucho menos se los habíamos enseñado) lo que había convencido a Dumas de llevarnos allí.
—Bien, muchachos, según parece, la persona que os sugirió que habláseis conmigo os hizo un gran favor…
—Así es —admitió Lupin.
—¿Qué dice el apunte? —quiso saber Holmes.
—Os advierto que no debéis hablar con nadie de estas cosas, os jugáis la vida. Solo sois unos chiquillos, pero creo que entenderéis que os encontráis frente a algo que os sobrepasa. Aquí se dice que todo el poder del Gran Maestre depende de un mapa… Un mapa que indica el punto de los subterráneos de París en que se guarda

una santa reliquia conocida como Corazón de San Miguel… —Alejandro Dumas, hijo, nos miró con ojos aterrados—. Una reliquia de inmenso poder, capaz de remediar todo mal, presente y pasado, y restaurar el orden de las cosas tal como debiera ser, o algo por el estilo…
—Pues parece haber personas dispuestas a todo con tal de conseguir este mapa… —reflexioné.
—¡No tengo ninguna duda, señorita! Quien se apodere de la reliquia, sobre todo en un momento difícil como este, es seguro que podría…
—¿Y la cuartilla no aporta nada? —lo interrumpió Sherlock, que toleraba mal las que él consideraba fantasías ocultistas carentes de toda racionalidad.
—Ah, por supuesto. Mi padre hizo este dibujo.
Y nos enseñó un bosquejo a lápiz que representaba aproximadamente Francia, en cuyo territorio estaban marcadas algunas ciudades unidas por una línea quebrada.
Tras echarle un vistazo, Holmes observó:
—La constelación de Virgo…
—¡Exacto! —confirmó Dumas—. Las catedrales góticas francesas están dispuestas en el territorio de tal forma que reproducen esa constelación.
—¡Un detalle digno de una novela! —comentó Lupin divertido, lo que le valió una mala mirada del escritor.
—En esta hoja, mi padre escribió unas pocas líneas con letra diminuta: *El mapa fue repartido entre ocho familias francesas de nobleza antigua, que lo custodiarán hasta…*
—¿Hasta? —pregunté.
—Lo siento —dijo él—, la frase se corta ahí. Y ya no podemos preguntarle lo que tenía en mente.
«Ocho familias», pensé, y miré el dibujo que el hijo del gran escritor me tendía. Uno de los puntos que formaban la constelación coincidía precisamente con Évreux. Un antiguo pacto para esconder una reliquia de gran importancia, un objeto que recuperar en tiempos angustiosos y turbulentos como los que estábamos viviendo. Ocho familias, un mapa en ocho trozos, como había supuesto Sherlock Holmes.
Teníamos suficiente para empezar a discernir algo más de aquel

misterio, pero todavía nos faltaban las pistas fundamentales.
—¿Su padre no dice quién es el Gran Maestre y cómo encontrarlo? —pregunté.
—No, eso no lo dice.
—¿Y tenemos la lista de las ocho familias?
—Lamentablemente, tampoco.
—Luego… ¿nos encontramos en un callejón sin salida?
—Lo que yo puedo decir, señorita, es que nos encontramos en un piso poblado por viejos apuntes polvorientos y por fantasmas de fantasmas, si me permite el juego de palabras. Los callejones sin salida solo son problemáticos para quienes piensan seguir a toda costa determinado camino… Pero yo no tengo la menor intención de continuar las indagaciones sobre esta espantosa historia —concluyó Alejandro Dumas, hijo, recuperando la cuartilla de su padre.

Capítulo 14

LA DAMA DE LAS CAMELIAS

Dormimos con un sueño pesado, sin desvestirnos siquiera debido al estado de las sábanas y al exceso de habitantes diminutos de nuestra mísera habitación. Puesto que mis dos amigos, caballerosamente, me dejaron elegir, ocupé el jergón más apartado, pero me arrepentí casi en seguida. En el silencio de la noche parisina, oír la respiración de Arsène y Sherlock me reconfortaba bastante. Lupin se daba media vuelta entre las sábanas con frecuencia, como si le costara conciliar el sueño, mientras que Sherlock tenía una respiración regular y comedida, y yacía inmóvil sobre su jergón, como un motor apagado pero listo para ponerse en marcha a la mínima señal. En el transcurso de la noche me despertó una explosión lejana que me hizo dar un respingo en la cama. Lupin

maldijo, sin levantarse no obstante, pero Sherlock se puso en pie de un salto y miró por la pequeña ventana.
—No es nada —afirmó.
Tal vez fuera un depósito de armas, o un palacete derrumbándose. Pero mi corazón latía aceleradamente y Sherlock me miraba en la oscuridad.
Sin decir palabra, arrimamos mi jergón al suyo y, cuando nos volvimos a dormir, estábamos muy próximos el uno del otro. Y yo me sentí más protegida.
Nos despertamos pronto. El cielo de París, que aún se debatía entre el día y la noche, era de un azul oscuro entreverado del gris del amanecer. Me pareció que las primeras luces de aquel día traían con ellas una promesa. La promesa de acontecimientos que pronto se producirían.
Mientras me preparaba, intentando conseguir un aspecto presentable, un pensamiento que había tratado de borrar de mi mente volvió a punzarme como una espina. Pensé de nuevo en la angustia que debía de haberles ocasionado a mis padres yéndome de casa. Rumié alguna forma de avisarlos que, en todo caso, no me obligara a renunciar a nuestra aventura. Al final, con un suspiro, abandoné mi propósito.
¿De verdad aquella no era más que la aventura de tres jovencitos temerarios? ¿O acaso fuera una ocasión, quizá única, de descubrir algo importante sobre mi familia? Tardaría poco tiempo en obtener respuesta a mis preguntas en forma de una revelación capaz incluso de cambiar mi vida.
Salimos a buscar un café abierto y en seguida acabamos sentados a una mesa. Bebimos un mejunje negruzco y comimos un trozo de pan correoso, pero caliente, que me resultó riquísimo.
Sherlock, en cambio, no le concedió ni una mirada al desayuno que le habían servido. Su perfil, inmóvil y anguloso, se recortaba contra la vitrina del café.
—Si esto fuese una partida de ajedrez, ahora nos tocaría mover a nosotros —dijo de repente—. ¿Sugerencias?
Su pregunta me pilló desprevenida y traté de aclarar mis ideas, aún borrosas en la bruma del sueño. Todo lo que pude fue experimentar un cierto estupor al pensar en lo que mis amigos y yo habíamos hecho. El viaje a París para seguir el rastro de un enigmático

personaje que dirigía de algún modo las acciones de figuras igual de enigmáticas (la mujer de la catedral, el señor De Montmorency, sus torpes esbirros) me aparecía ahora en toda su absurdidad. Y la conversación con el señor Alejandro Dumas, hijo, no había hecho sino volver todo aún más increíble; por un momento tuve la sensación de estar viviendo en una novela por entregas.

—¡Tal vez aquella mujer que conocí delante de la catedral de Évreux solo fuera una loca! —dije, llevada por las impresiones del momento.

Pero Holmes negó con la cabeza.

—¿Y De Montmorency? ¿Y sus secuaces? Debería haber una auténtica epidemia de locura, ¿no creéis? —me rebatió.

Mi amigo tenía razón, pero su pregunta cayó en el vacío. Lupin estaba taciturno, como si a él también le costara sacudirse de encima las pesadillas de la noche recién pasada.

Lo vi aferrarse a su taza con un gesto casi rabioso y beberse de un sorbo el aguachirle negruzco que nos habían servido como café.

—Escuchad —dijo luego, con la expresión de quien acaba de tomar una decisión—. Solo hay una cosa que podemos hacer, aunque para mí será… poco agradable —terminó de decir tras un breve titubeo.

Ni Sherlock ni mucho menos yo podíamos imaginar lo que Arsène estaba a punto de proponernos. Lo escuchamos sin abrir boca mientras desgranaba la historia de su familia como nunca se la habíamos oído contar. Y por sus ojos ojerosos y la manera de retorcerse las manos mientras hablaba, comprendí que aquella decisión debía de haberlo tenido despierto toda la noche.

Lupin nos contó en pocas, poquísimas palabras, y sin dejar nunca de mirarnos a los ojos, quién era su madre: una noble francesa de nombre Marie Vaudron-Chantal que, en un arranque de rebeldía contra su familia, había entrado en relaciones con Théophraste Lupin, no se sabía (ni Arsène nos lo dijo) si por un auténtico y brevísimo amor o por simple desafío. El hecho es que la romántica historia entre la dama rica y el hombre del pueblo llano no había funcionado y la pareja no había resistido la presión social. Se habían separado, pues, de una manera civilizada pero fría. Como si al apagarse aquella pasión imposible se hubiese tendido un manto de hielo sobre su manera de ver el mundo. Arsène se había criado con su padre, por los caminos, junto a los demás artistas del circo. Y

siempre había albergado, a pesar de él y de los constantes esfuerzos de su padre para que no fuera así, un sentido de inferioridad respecto a su madre, alimentado más que nada por la conciencia profunda de que ella lo había abandonado.
—Bien, ahora lo que importa es que mi madre no vive lejos de aquí y… creo que podría decirnos algo útil —concluyó Lupin.
—¿Y estarías dispuesto a…? —le pregunté.
—Solo si venís conmigo —contestó él bajando los ojos.
Entonces comprendí su petición de un modo irreflexivo, mientras que ahora que escribo, tantos años después, capto el significado más profundo: no se puede afrontar solo la más terrible de las soledades.
El palacio de los Vaudron-Chantal era blanco y tenía todas las ventanas abiertas. En la limpieza del edificio había algo de descarado, una especie de reto a lo que estaba ocurriendo en el resto de la ciudad. Se llegaba a él por un largo camino en cuesta, y también aquel detalle contribuía a dar un aire excesivo y soberbio a la residencia. Lupin se anunció en lo que parecía una portería: un hombre vigilaba una verja que daba paso a un patio interior, completamente circular, tan coqueto que parecía una tarta de alta pastelería. Ni yo ni Sherlock hablábamos mucho, respetando las dificultades que encaraba Arsène para continuar la investigación.
—En realidad, esta nunca ha sido mi casa… —nos reveló mientras el portero desaparecía en los pasillos del palacio—. Recuerdo muy poco de este lugar. Una fiesta de Navidad. La nieve, un gran salón, poco más… —Dejó morir sus palabras. Luego, con una sonrisa forzada, añadió—: Recuerdo mucho mejor la última Navidad, la que pasamos los tres juntos. ¡Jugándonos el pellejo a la orilla del Támesis!
Sonreí y le acaricié una mano. Cada segundo de espera me parecía que era para Lupin una ofensa adicional, como si aquel ambiente hostil quisiera darle a entender hasta qué punto era un extraño.
Cuando por fin volvió el portero y, sin excusarse siquiera, nos condujo por un pasillo y una estrecha escalera de las destinadas a la servidumbre, desde la que se subía a las varias plantas de la casa sin ser visto, mi sensación de disgusto se hizo todavía más acusada. No querían que se supiera nada de la visita de Arsène, y tampoco los acompañantes con los que se había presentado habían sido considerados dignos de la escalera principal del palacio.

Me sorprendí, pues, cuando fuimos recibidos en una biblioteca, una vasta sala asomada a los tejados de París, con las paredes forradas de libros de letras doradas y un cierto desorden que atestiguaba que alguien la utilizaba de verdad, que no se trataba simplemente de una colección de objetos preciosos. En la mesa del centro de la sala, un florero con camelias blancas difundía su intenso y dulzón perfume.

—Arsène… —lo saludó una mujer hermosísima en cuanto la puerta de servicio se abrió para darnos paso.

Me quedé como fulminada y, también, estoy segura, Sherlock. La madre de nuestro amigo era una mujer magnífica. De una altura fuera de lo corriente, cuerpo delgado y esbelto, largo cabello negro rizado y ojos azules como los de un gato siamés. Su rostro era un óvalo perfecto con largas y arqueadas cejas, capaces de recalcar con expresión penetrante el significado de sus palabras.

Sin embargo, por cómo se acercó a su hijo y por cómo evitó abrazarlo, entendí el desasosiego de Arsène. Aquella mujer bellísima era distante. Lejana. Gélida.

—*Madame* Vaudron-Chantal… —la saludó él con voz insegura. Se movió por la biblioteca sin mirarla siquiera, de una manera torpe que no le había visto nunca—. Es un placer verla.

—Una sorpresa del todo inesperada. ¿Cómo es que…?

—Le presento a mis dos amigos más queridos… —prosiguió Arsène señalándonos a su madre—. Irene Adler y Sherlock Holmes.

La mujer nos saludó con las impecables maneras de una aristócrata parisina.

—Es un verdadero honor conocerla… —murmuré haciendo una inclinación—. Arsène nos ha hablado mucho de usted.

Ella no pudo contener una risa.

—¿De mí? ¿De verdad? Habla más de mí con vosotros que de vosotros conmigo, entonces. ¿Desde hace cuántos años no contestas a mis cartas, Arsène? Ya he perdido la cuenta. ¿Dónde vives ahora? ¿A qué te dedicas? Tal vez tus amigos pudieran ayudarme a descubrir quién y qué es mi hijo.

—No estamos aquí para eso —dijo secamente Lupin, paseando la mirada por las largas hileras de libros de los estantes.

—¿Y para qué, pues? ¿Hay un motivo preciso? Quizá tu padre…

—Mi padre no tiene nada que ver. El motivo existe, pero no me

atañe a mí, ni a ellos, ni a mi vida.
Más que un encuentro entre madre e hijo, me parecía estar asistiendo a una partida de algún juego terrible cuyas reglas solo ellos dos conocían. Y en el cual la victoria parecía de vital importancia.
—Veamos, pues, ¿por qué has vuelto?
—Por la más sencilla de las razones: necesito ayuda. Necesitamos ayuda.
—Ah… —exclamó la señora Vaudron-Chantal acercándose a una consola de cajoncitos de taracea.
—La ayuda que busco es la respuesta a una simple pregunta.
—¡Santo cielo, vuelvo a ver a mi hijo después de cinco años y todo lo que puede decirme es que quiere la respuesta a una simple pregunta! —La madre de Arsène me sonrió, no sé por qué motivo, y luego siguió diciendo—: En todo este tiempo, ¿te has preguntado alguna vez cuántas respuestas habría querido yo? Tuyas, o de tu padre. ¿Puedes calcular el número infinito de preguntas acerca de vosotros que me he hecho? ¿Estarán bien? ¿Tendrán frío? ¿Comerán lo suficiente? ¿De verdad estará estudiando Arsène, como Théophraste me aseguró antes de desaparecer de nuevo? ¿Podría reconocerlo? ¿Por qué no contestan a ninguna de mis cartas? ¿Las habrán recibido? ¿Existirán de verdad o son solo fruto de mi… fantasía?
Arsène no replicó, pero su rostro se volvió duro y afilado como la hoja de un cuchillo. Trató de hablar, pero su madre se le adelantó.
—Escúchame bien —dijo en tono perentorio—. Y vosotros dos tendréis que perdonarme que esta conversación tenga lugar en vuestra presencia y no en privado, como debería ser, pero si de verdad sois sus mejores amigos, entonces prefiero que haya testigos de cuanto voy a decir…
—Mamá… —susurró Arsène con un hilo de voz.
—Lo somos, señora —intervino Sherlock—. Aunque en realidad nos conocemos desde hace menos de un año y no es mi costumbre hablar en nombre de otros, puedo confirmarle que la forma de presentarnos de su hijo ha sido correcta.
—¡Un muchacho que sabe hablar! —exclamó la señora.
—Mamá… —volvió a intentar intervenir Arsène, pero era como un corredor sin aliento por el cansancio.

—Mi propuesta es esta, Lupin: te daré la ayuda que necesitas, en la medida de mis posibilidades, claro está, pero a cambio… tú y yo tendremos que hablar. Deberás prometerme que vendrás aquí, a esta casa, solo. Y me lo contarás todo.
Arsène alzó la vista al techo.
—Quiero una semana —continuó su madre—. Me la debes; una semana, ni un día más ni un día menos.
En la biblioteca se hizo un silencio que pareció eterno.
—¿Me lo prometes? —insistió la señora.
Esperamos.
—Sí —susurró Arsène.
—¿Cómo has dicho?
—He dicho que sí.
Ella suspiró profundamente y pareció empequeñecerse. Me había equivocado al juzgarla: por debajo de la corteza de hielo de sus maneras aristocráticas había una madre inquieta por su hijo. Y aquel encuentro la había puesto a prueba tanto como a Arsène.
—Bien… —dijo apoyándose en el respaldo de una butaca—, ¿qué es lo que querías preguntarme?
Arsène me miró, como si no le quedaran fuerzas para hablar.
—Lo que Arsène quería preguntarle, señora —empecé a decir yo entonces—, es si conoce a la familia
D'Aurevilly
.
—Como todo el mundo —contestó ella, imperturbable—. Pero no personalmente.
—¿Y a los De Montmorency? —volví a preguntarle.
—Me veo obligada a responderle lo mismo, señorita. Supongo que los habré visto, una vez o tal vez dos. Pero no asiduamente, si lo que necesita es que la ayude a introducirse en sociedad. No amo ese tipo de vida…
—¿Y ha oído hablar alguna vez del Gran Maestre? —insistí.
Las cejas de la mujer se fruncieron. Después de un largo momento de silencio, preguntó en voz baja:
—¿En qué lío te has metido, Arsène?
—En ningún lío, mamá, pero… —murmuró él.
—¿No quieres hablar? ¿Y entonces qué es toda esta historia del Gran Maestre? —me preguntó la señora Vaudron-Chantal.

—Sé que es difícil de creer, pero no lo sabemos con exactitud —reconocí—. Todo lo que necesitaríamos es… encontrar a esa persona que se hace llamar Gran Maestre.
—¿Y mi hijo os ha convencido de que yo podría ayudaros a encontrarlo?
Ambos miramos a Arsène, que a su vez miraba a su madre.
—Yo estoy seguro de que sabes algo… —murmuró él.
—¡Pues esa idea tuya es del todo absurda, Arsène!
—Mamá, lo has prometido…
La madre de Lupin dejó escapar un profundo suspiro.
—Lo he prometido. Y tú también lo has hecho… ¿Una semana?
—Una semana.
La señora Vaudron-Chantal nos invitó a sentarnos en las butacas de la biblioteca y nos contó lo que sabía.
No eran más que rumores, quizá poco más que murmuraciones, indiscreciones repetidas a media voz en los palacios de la nobleza parisina, atenazados en aquellos meses por una angustiosa incertidumbre. Yo tuve la extraña sensación de que en las palabras de la madre de Arsène resonaban las antiguas historias que el señor Dumas padre había desenterrado para su novela finalmente inconclusa: una leyenda según la cual algunas familias nobles de la ciudad eran depositarias de un secreto que podría permitirles reinstaurar el antiguo orden, devolviendo así a la aristocracia y al clero a la cabeza de Francia. La señora Vaudron-Chantal nos habló también de una reliquia escondida en una cripta de las entrañas de París y de un ritual sagrado que liberaría su inmenso poder sobrenatural.
—Respecto a cuál es con precisión ese poder, las opiniones son bastante confusas —concluyó la madre de Lupin con un fluctuante gesto de la mano.
El relato de la madre de Lupin no había durado más que unos minutos, pero cuando nos despedimos de ella, yo tenía la impresión de que había pasado mucho más tiempo. Sherlock y yo salimos de la biblioteca, bajamos un tramo de una gran escalera de mármol rosa y esperamos a nuestro amigo. Lupin, en efecto, se había demorado en la puerta de la biblioteca.
No pude evitar oír las frases que cruzaban madre e hijo más arriba de nosotros.

—Ten cuidado… —dijo la señora Vaudron-Chantal con ansiedad.
—Claro, mamá, lo tendré.
—Y… ¿Arsène?
—¿Qué?
—Cuando veas a Théophraste, dale recuerdos.
No fui tan indiscreta como para mirar por encima de la balaustrada y no sé qué ocurrió en aquel momento, pero me gusta pensar que, antes de separarse, Marie y Arsène se abrazaron por fin.

Capítulo 15

EL SÓTANO DEL CARDENAL

Bajamos en silencio desde las poco pronunciadas alturas de Auteuil, donde se encontraba el palacio de la madre de Lupin, y oímos a lo lejos los estallidos y estruendos que provenían de la parte opuesta de la ciudad, en la que estaban los barrios más populares. Nuestra pensión se encontraba en la Rue Grenelle, no lejos de los Inválidos. Era una zona que mostraba las terribles señales de los bombardeos prusianos de meses precedentes, pero en aquellos días estaba bastante más tranquila que los barrios del este de la ciudad, escenario de los motines populares que pronto conducirían al nacimiento de la Comuna de París. Mientras caminábamos en busca de algo que comer, iba pensando en el Gran Maestre y en su proyecto de acallar el fragor de la historia despertando una fuerza oscura, mágica, ancestral, encerrada nada menos que en el Corazón

de San Miguel, oculto en alguna parte del subsuelo de París. ¿Qué iba a ocurrir en aquella ciudad que sentía tan mía y que amaba con toda mi alma? No sabía verdaderamente qué pensar de toda aquella historia, pero percibí claramente un sutil escalofrío corriéndome por la espalda.

Todo lo que pudimos conseguir fueron unas galletas secas como arcilla cocida, un poco de queso Brie y una botella de sidra. Decidimos volver a nuestra habitación en la pensión L'Alchimiste para almorzar allí y, tras una rápida visita de Sherlock a una librería, nos encontramos de nuevo en nuestros colchones para comernos aquel mísero tentempié a la luz de una vela.

Holmes se metió una mano en el bolsillo y sacó lo que había comprado en la librería: un gastado plano plegable de París que extendió inmediatamente en el suelo.

—Caray, esto sí que es un lujo —bromeó Lupin—, ¡hasta mantel tenemos!

Nos reímos los tres a la vez. Después de todas las emociones de aquella mañana y la atmósfera lúgubre que nos había agobiado en las calles de la ciudad, realmente lo necesitábamos. Sherlock cogió los dos trozos del viejo mapa que yo había llevado conmigo desde Évreux y, con una galleta entre los dientes, se tumbó boca abajo, como si se aprestara a resolver un crucigrama.

Yo me asomé desde mi jergón para observar el plano y a Lupin no le quedó más remedio que hacer lo mismo.

—Esto es el Sena, no hay duda, y estas líneas representan la Île Saint-Louis —dijo Sherlock deslizando su delgado dedo índice por un trozo del antiguo mapa, que puso luego junto a la zona correspondiente del plano moderno.

Pese a la indiscutible tosquedad cartográfica de las líneas trazadas sobre el viejo mapa, la correspondencia era innegable.

Mis ojos se desplazaron entonces al segundo fragmento, donde descubrí un letrerito:

S. SULP. J.

—Debe de ser la abreviatura de Saint-Sulpice —dije señalándolo con el dedo.

—Pues claro, la iglesia que está en la zona del Jardín de Luxemburgo —asintió Lupin moviendo el fragmento de mapa hasta el área correspondiente del plano de París.
Sherlock asintió distraídamente y siguió examinando el plano con aire dubitativo. Al rato, nuestro amigo volvió a tumbarse en su jergón con un suspiro cargado de contrariedad.
—¿Qué pasa? Algo sí hemos averiguado, ¿no? —afirmé.
—Sí, sí… —concedió Sherlock con los ojos puestos en el techo—. Es solo que esperaba encontrar una relación entre estos dos malditos trozos de mapa y el único otro indicio que poseemos —explicó.
Lupin y yo nos miramos con asombro.
—Si tienes la bondad, ¿qué otro indicio? —le pregunté.
—Pues el que estaba escrito en la cuartilla que salió volando de la carpeta de Dumas, ¿cuál, si no? —respondió Sherlock, como si se tratase de la cosa más obvia del mundo.
—¡Ah! —soltó Lupin—. ¿Y pensabas esperar mucho para sacar tu as de la manga?
Sherlock se encogió de hombros.
—Pensaba que también vosotros os habríais fijado… —se justificó —. En ella solo estaba escrito: *La Cave du Cardinal*. Y en todo caso, ¡no ha resultado ser ningún as en la manga! En el mapa no hay nada parecido, así que estamos como al principio —terminó de decir, más bien seco.
Odiaba a Sherlock cuando adoptaba aquella actitud fría y antipática, pero me esforcé en no darle demasiada importancia.
En ese momento solamente quería ver más claro dentro de aquella enmarañada historia en la que me había visto implicada y en la que había implicado a mis amigos.
—En absoluto estamos como al principio, amigo mío —repuse de todos modos.
Sherlock posó en mí su mirada inquisitiva.
—Tenemos cuatro palabras nuevas: *La Cave du Cardinal* —remarqué—. Y el hecho de que no haya ni rastro de ellas en el mapa no significa que no puedan ser una pista interesante.
—Cierto —confirmó Lupin—. Ahí afuera hay un montón de parisinos y puede que a alguno este «sótano del cardenal» le suene de algo —añadió señalando la ventana con un ademán de la cabeza.
Y así fue como, instantes después, reencontré al Sherlock que más

apreciaba: el que se zambullía de cabeza en una aventura apenas entreveía un resquicio para la acción.
Minutos más tarde, en efecto, estábamos ya en la calle, en la Place des Invalides, en busca de transeúntes a los que preguntar por aquel misterioso «sótano del cardenal» que, literalmente, había salido volando de las carpetas de Alejandro Dumas, padre. Muy pronto nos dimos cuenta de que quizá habíamos subestimado la dificultad de aquella tarea. La ciudad estaba aplastada bajo una capa de nubes grisáceas a través de la cual un sol pálido, semejante a una vieja moneda de plata, se colaba solo de vez en cuando. Se respiraba una atmósfera de espera nerviosa y había poca gente por la calle. Los escasos viandantes, además, pasaban sin despegar los ojos del suelo y no mostraban ningún deseo de pararse a charlar.
Abordamos, no obstante, a un viejo cura, a una mujer con un niño, a un hombretón que tiraba de un carrito lleno de carbón y a una pareja de señores con el pelo cano, y siempre con el mismo resultado: ninguno de ellos había oído hablar de *La Cave du Cardinal*.
Entonces me vino a la mente algo que había visto pocas horas antes, mientras caminábamos de regreso a la pensión.
—¡Seguidme! —les dije a mis amigos sin pensármelo ni un segundo.
Y salí disparada hacia la Rue Saint-Dominique. Tal como recordaba, a los diez minutos nos encontramos frente a un edificio más bien maltrecho, con una deteriorada placa de mármol junto al portal que decía BIBLIOTHÈQUE D'ÉTUDES ARCHÉOLOGIQUES.
Lo que me había chocado era que, en aquella calle silenciosa, en la que los bombardeos parecían haber erradicado cualquier signo de vida, en las polvorientas ventanas de la biblioteca se veía, en cambio, una tenue luz. Sherlock y Lupin, captando al vuelo el sentido de mi tentativa, no dijeron nada y juntos cruzamos el sombrío umbral del edificio.
Pese a que, efectivamente, hubiera una lámpara de petróleo encendida sobre un macizo escritorio de ébano, la biblioteca parecía desierta.
Lupin carraspeó un par de veces.
Al cabo de poco oímos un ruido procedente de una puertecita detrás del escritorio y en seguida apareció un hombre. Su aspecto era, como poco, singular: debía de ser muy alto, pero iba hasta tal punto

encorvado que parecía casi de estatura normal. Su cabeza, sin un solo pelo, brillaba y un poblado bigote blanco le caía sobre los labios y los ocultaba por entero. El hombre, evidentemente muy sorprendido por la llegada de tres personas, y además a la vez, se apresuró a encajarse un monóculo.
—Señores…, ejem…, ¿en qué puedo…? —dijo después de echarnos una larga ojeada.
Mis amigos y yo nos miramos. Sherlock nos hizo una seña y tomó él la palabra.
—Usted nos disculpará, señor —atacó con su francés ligeramente arrastrado típico de los ingleses—. Tenemos una curiosidad, puede que un tanto rara, y le estaríamos muy agradecidos si quisiera satisfacerla.
El hombre pareció muy impresionado por las maneras obsequiosas de mi amigo.
—¡Oh, por supuesto! Para mí sería un placer… —empezó a decir, pero un estrépito en la sala contigua lo interrumpió.
¡TUM!
Nos volvimos todos a la vez y vimos a un hombre ocupado en retirar escombros del suelo y echarlos en una carretilla.
—Por desgracia, la guerra… —comentó el viejo bibliotecario con aire consternado—. Mencionaban ustedes, pues, una cierta curiosidad.
—Eso mismo, señor —confirmé—. Mis amigos y yo nos preguntábamos si usted, dado su conocimiento sin duda notable de las antigüedades de esta ciudad, habría oído hablar alguna vez de un lugar llamado *La Cave du Cardinal* —rematé.
—¿*La Cave du Cardinal*, dice? —repitió el hombre cogiéndose la barbilla pensativamente.
Sherlock, Lupin y yo nos pusimos a mirarlo como si fuese un oráculo a punto de hacer su vaticinio.
Pero de debajo de su espeso bigote no salió más que un débil suspiro.
—¿Ferchet? —llamó entonces volviéndose a la puertecita que estaba a su espalda—. ¡¿Ferchet?!
Para nuestra sorpresa, vimos llegar a otro anciano, un hombre diminuto de pelo corto color estopa que tranquilamente habría podido ser contemporáneo de Voltaire.

—Estimado Ferchet —le dijo solemnemente el bibliotecario bigotudo—. Estos airosos jovencitos están buscando información sobre un lugar llamado *La Cave du Cardinal*. ¿Le dice algo ese nombre?
El hombrecillo nos miró con aire benévolo y, tras reflexionar intensamente unos instantes, respondió:
—No creo haber oído nunca ese nombre, pero me parece haber leído en algún viejo papel que en otro tiempo el cardenal Brisy de Lastignac tenía en sus propiedades, allá por el Bois de Boulogne, cuevas de las que se extraía carbón. Por consiguiente, si interpretamos la palabra *cave* en su antiguo sentido de «mina», tal vez…
Un atisbo de esperanza acababa de encenderse en mi ánimo, pero el otro bibliotecario intervino bruscamente.
—¡Pero no, mi querido Ferchet! Recuerda usted mal, las cuevas de carbón a las que se refiere se encontraban en las propiedades del conde de Grainvilliers, ¡el cual no vistió nunca la púrpura cardenalicia! Podría considerarse, si acaso, la idea de que se trate de una *cavea cardinalis*, que, si no yerro…
En seguida tuvimos la certeza de que aquellos dos amables vejetes se habían enfrascado en una discusión erudita sin salida posible. Después de escuchar por pura educación un par de largas digresiones sobre los restos romanos de Lutetia, la antigua París, y sobre el período de dominio normando, Lupin aprovechó hábilmente una pausa.
—Gracias, señores. Les estamos infinitamente agradecidos. ¡Atesoraremos toda esta preciosa información! —dijo con una profunda reverencia.
Los dos hombres parecieron un poco desilusionados por no poder continuar su docta discusión ante aquel pequeño público inesperado, aunque de todos modos se despidieron de nosotros con gran amabilidad. Otro tanto hicimos nosotros, disimulando el hecho de que también estábamos bastante desilusionados por aquel intento fallido. Salíamos ya de la biblioteca con cara taciturna cuando oímos una voz ronca a nuestra espalda.
—¡Eh! ¡Eh, ustedes!
Al volverme, lo confieso, me llevé cierto susto. Un hombre de aspecto descuidado y con la narizota encarnada nos seguía a

grandes pasos. Cuando estuvo más cerca reconocí en él al obrero que había visto poco antes desescombrando la biblioteca.
—¡Eh, he oído que están buscando el sótano del cardenal! ¿Es así? —preguntó.
—Sí, buen hombre, ha oído bien —respondió Sherlock con curiosidad.
—¡Pues entonces es su día de suerte!
—¿De verdad?
—¡Claro! ¡Yo conozco ese lugar, los puedo llevar!

Capítulo 16

DESCENSO A LA OSCURIDAD

Nos miramos, indecisos sobre qué hacer. Luego Sherlock nos lanzó a Lupin y a mí una mirada como diciendo: a fin de cuentas, ¿qué tenemos que perder?
No necesitamos más para decidirnos.
—Bueno, señor… —dijo Lupin.
—Thomas, ¡aunque todos me llaman Tomate! —con testó con prontitud el hombre, esbozando una sonrisa que nos regaló la vista de una ristra de dientes torcidos y amarillentos.
—Y dígame, señor Tomate —continuó entonces Lupin—, ¿cuánto nos costará su… amable compañía?
Tomate sonrió de nuevo y, retorciendo el sombrerucho de fieltro que tenía en las manos, dijo:
—Bueno, verá, yo… Yo lo hago sin ningún interés… Claro, que si su generosidad…
Lupin sacó del bolsillo una moneda de un franco y, tras voltearla en

el aire con un golpe del pulgar, la agarró al vuelo y se la dio a Tomate.
—¿Esta generosidad es bastante?
—¡Vaya que sí, jovencito! ¡Tomate se siente ahora como si tuviera alas en los pies! —se alegró el hombre, aferrando la moneda con gesto rapaz. Y sin una palabra más, nos hizo seña de seguirlo y echó a andar a grandes zancadas.
Tras cruzar una última mirada, mis amigos y yo seguimos sus pasos. El hombre se movía sin la menor vacilación por las calles de París y, después de trotar un buen rato, nos encontramos en las sórdidas callejas de la zona de Saint-Denis. Conforme las calles se iban volviendo más estrechas y sofocantes, yo notaba en el pecho una creciente sensación de inquietud. De repente, al doblar una esquina, Tomate se detuvo y nos indicó una especie de tugurio con una cortina mugrienta y decrépita por puerta.
Dos borrachos estaban sentados junto a la entrada, entonando una canción tremebunda.
Vi que el rostro de Lupin se acaloraba en un instante. Mi amigo se abalanzó sobre Tomate y lo agarró por las solapas.
—¿Es que el hecho de que tengamos más o menos un tercio de tu edad te hace creer que somos idiotas, Tomate?
La cara del hombre se deformó en una mueca de pavor.
—Jovencito, yo… Yo no sé de qué me está hablando…
—Suéltalo, Arsène —dijo secamente Sherlock.
Y alargando una mano para apartar una ramas de hiedra que caían del tejado, nos enseñó un rótulo en la pared, casi borrado por el tiempo pero aún legible:

LA CAVE DU CARDENAL

Lupin soltó de golpe a Tomate, que, recolocándose la chaqueta, empezó a mascullar.
—Vaya maneras las de los jóvenes… ¡Es la última vez que ayudo a extranjeros, palabra del viejo Tomate!
Le pedí disculpas por los modales bruscos de mi amigo y le di unas monedas más, que parecieron bastar para levantarle la moral. Cuando Tomate se alejó, nosotros nos quedamos observando la entrada de aquella miserable cantina.

—Puesto que hemos venido hasta aquí, más vale que… —dijo Sherlock señalando la cortina. Lupin y yo asentimos sin demasiada convicción.
Entramos, pues, en el sótano del cardenal y todos nuestros temores se confirmaron: no era más que una sórdida tasca. Los clientes estaban tumbados en los bancos de madera o con la cabeza sobre las mesas, y el mastodóntico tabernero nos miró de soslayo en cuanto nos vio cruzar el umbral.
A mí no me cabía en la cabeza todo aquello.
—Pero cómo es posible que Dumas… —fue todo lo que pude decir.
—Puede que antes de la guerra aquí sirvieran buenas salchichas, ¡a nuestro escritor le pirraban! —bromeó Lupin con una mueca amarga en el rostro.
Sherlock se movió nerviosamente por la gran sala que constituía todo el local y volvió con nosotros meneando la cabeza.
—¡Salchichas o no, aquí no hay nada interesante! —dijo precipitándose literalmente hacia la salida.
Lupin y yo lo seguimos, enmudecidos. ¡Aquel día parecía realmente una interminable burla! En cuanto entreveíamos una pista en nuestra investigación, resultaba ser alguna suerte de malvada broma que nos dejaba con las manos vacías.
Doblamos la misma esquina que a nuestra llegada y encontramos a Sherlock parado ante nosotros con cara de estupor.
—¡Alto! —nos intimidó alzando las manos—. ¿No habéis visto?
Lupin y yo nos miramos sin entender.
—Perdona, pero ¿visto el qué? Yo solo he oído ruido de pezuñas y… —respondió Lupin.
Pero Sherlock lo hizo callar, se asomó precavidamente por la esquina y nos animó a hacer lo mismo.
—¡Mirad! —musitó.
Cuando saqué lo bastante la cabeza para poder ver, descubrí un elegante carruaje aparcado en la embocadura de la calleja, demasiado estrecha para que pudiera pasar por ella. Acababa de bajarse un hombre alto con una larga capa oscura y sombrero de copa.
—Todo un poco demasiado lujoso para un antro como este, ¿verdad? —susurró Sherlock.
Seguí con la mirada al hombre de la capa. Parecía que estuviese

dirigiéndose precisamente a La Cave du Cardinal. Iba a comentar que a veces los aristócratas tienen inconfesables vicios secretos cuando vi a Lupin abrir mucho los ojos y quedarse boquiabierto. El hombre del callejón se había detenido un instante delante de la entrada de la taberna y se le había visto brevemente la cara.

—Pero si ese… ¡ese es De Montmorency! —balbució Lupin, incrédulo.

Los ojos de Sherlock relampaguearon. De Montmorency, mientras, tras consultar su reloj de bolsillo, entró en La Cave du Cardinal. Tuve el impulso de lanzarme a la carrera para volver a la taberna, pero Sherlock alargó un brazo para frenarme.

—¡Espera! —dijo—. ¡No podemos volver los tres, nos arriesgaríamos a que se fijaran en nosotros!

Entonces se quitó rápidamente la chaqueta y la tiró al suelo. A continuación se sacó la camisa de los pantalones y la manchó con barro de la calle.

No era la primera vez que me preguntaba si mi amigo Sherlock se había vuelto completamente loco, pero recuerdo nítidamente que aquella vez la idea se me presentó con particular fuerza. ¡¿Qué demonios estaba haciendo?!

—¡Esperad aquí! —nos ordenó.

Atónitos, lo vimos correr hacia la tasca y abrazar a uno de los borrachos sentados junto a la puerta. Entonando también, a pleno pulmón, la repugnante canción que habíamos oído poco antes, entró tambaleándose en La Cave du Cardinal.

Lupin y yo nos miramos sin podérnoslo creer. ¡Acabábamos de asistir a un gran número de transformismo improvisado, ejecutado magistralmente por nuestro amigo!

En ese punto, apostados detrás de la esquina, no nos quedó más remedio que esperar su vuelta, anhelantes.

La espera duró solamente un par de minutos, luego Sherlock, todavía en su papel, asomó por la cortina vociferándole algo al cantinero. Tras un par de gritos más, cuando estuvo seguro de que nadie le pisaba los talones, nuestro amigo se reunió con nosotros. Tenía la mirada encendida y chispeante de cuando algo lo intrigaba de verdad.

—¡No os lo vais a creer!

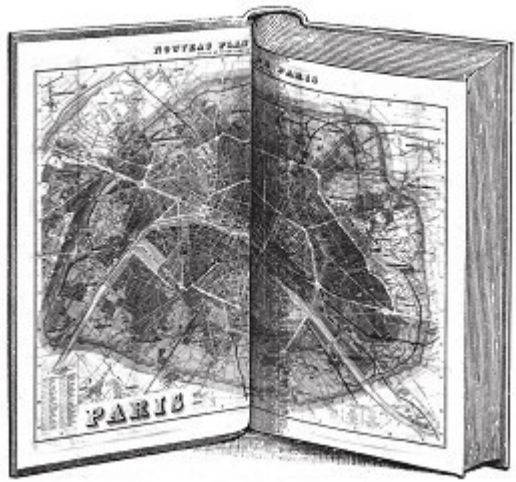
—Tú empieza a contar.

—Nada más entrar en la taberna he visto a De Montmorency desaparecer por la cocina.
—¿Y luego?
—Eso precisamente, lo interesante es que no ha habido ningún luego. ¡Ya no ha salido de allí!
Nuestras tres miradas se encontraron.
—Haya lo que haya allí dentro, si es tan interesante como para atraer al duque De Montmorency, ¡diría que merece que nosotros también lo veamos! —observó Lupin con ojos sonrientes.
—¡Puedes jurarlo! —asintió Holmes—. Pero hay un problema… Después de mi última irrupción, ese elefante de cantinero estaba bastante alterado. Me temo que no apreciaría una nueva entrada en escena por nuestra parte —observó.
Lupin replicó encogiéndose de hombros.
—¿Permiten los señores que yo me ocupe de ese pequeño obstáculo? —bromeó.
Considerando la sonrisa diabólica que curvaba los labios de Lupin, sabíamos que algo arriesgado e imprudente se le había pasado por la cabeza. Pero, en aquellos días, la inconsciencia nos guiaba, así que aceptamos su ofrecimiento sin la menor vacilación.
En mis recuerdos, la imagen siguiente de aquellos momentos agitados es la de Lupin haciéndonos un gesto para que nos quedáramos fuera. Poco después oímos salir de la taberna gritos y ruido de madera rompiéndose.
—¡Ahora! —nos dijo luego nuestro amigo asomando la cabeza por la cortina.
Atravesamos a la carrera el salón de La Cave du Cardinal, en el cual había estallado la colosal riña que Lupin, aún hoy no sé cómo, había logrado desatar.
El monumental tabernero se había arrojado sobre los litigantes para intentar aplacar los ánimos y había terminado envuelto también en la pelea, y ni siquiera se percató de nosotros, que nos deslizamos hacia su cocina.
Nos encontramos en un cuartito en sombras, atestado de ollas y platos sucios. En seguida atrajo nuestra atención una puertecita de madera que había junto a la chimenea.
Lupin la abrió sin pensárselo.
Vimos peldaños de piedra que descendían en la oscuridad. Tampoco

lo dudamos entonces: nos hundimos en la oscura garganta de piedra, dispuestos a descubrir qué se escondía en aquellas tinieblas. Al final de la escalera, Lupin encendió un fósforo. Ante nosotros se alargaba un pasadizo que olía a humedad y a moho.
—¡Mirad! —exclamé al ver algo sobre nuestras cabezas. Lupin encendió otro fósforo. Les señalé a mis amigos la bóveda del techo, que se abría con un arco rematado por un escudo nobiliario.
Instantes después estábamos nuevamente a oscuras. Empezamos a andar con mucha precaución, casi de puntillas. Sentí que una mano agarraba la mía. Era la de Sherlock. Cuando mis ojos se acostumbraron a la oscuridad, me di cuenta de que al final del túnel, a la derecha, se vislumbraba un tenue resplandor.
También Arsène y Sherlock lo habían visto y ralentizamos aún más el paso. En aquella situación, tratábamos de movernos con la mayor cautela. Pero no sirvió de mucho. Casi no me di cuenta de que habíamos torcido por un ángulo del pasadizo y de repente el fuego de una antorcha clavada en la pared me deslumbró.
Percibí apenas la figura de un hombre encapuchado y no pude reprimir un grito.
—¿Quién está ahí? ¡Quietos! —nos ordenó el hombre.
Lupin hizo ademán de arrojarse sobre él, pero, tras dar un paso, se quedó tan quieto como una estatua. De la ancha manga del ropaje del encapuchado asomaba el cañón de un revólver.

Capítulo 17

EL CORAZÓN TENEBROSO DE PARÍS



El hombre encapuchado permanecía in móvil, apuntándonos con la pistola. No podía verle la cara, pero sabía que nos estaba echando una larga ojeada.
—¡¿Qué diantres hacéis aquí abajo?! —gruñó.
Lupin tragó saliva.
—Bueno, verá… —murmuró Sherlock solo para ganar tiempo.
Yo tuve una idea. No sabía si era buena o mala, pero desde luego no tenía tiempo para reflexionar sobre ello, así que hablé.
—Oh, señor… —dije gimoteando—. ¡La verdad es que estamos hambrientos! Y esperábamos que aquí abajo estuviera la despensa de la taberna… ¡No se lo diga al dueño, por favor! Déjenos ir…
El hombre volvió a quedarse quieto y pareció ponderar mis palabras.
Nuestro aspecto, después de la noche en la pensión
L'Alchimiste
y todo lo demás, debía corresponder bastante al de tres jóvenes vagabundos y hambrientos.

—¡Lo único que vais a encontrar aquí abajo son problemas! ¡Como os vuelva a ver, os disparo sin pensármelo dos veces! —nos amenazó el hombre, a lo que añadió, moviendo ligeramente la pistola—: ¡Y ahora, desapareced!
No es la clase de orden que tengan que repetirte, así que mis amigos y yo corrimos como flechas, indiferentes a la oscuridad y al suelo irregular. Cuando alcanzamos la cocina de La Cave du Cardinal, se nos vino encima el gigantesco tabernero sin que nos hubiera dado tiempo siquiera a soltar un suspiro de alivio.
—¡Ajá, conque tres malditos ladronzuelos! Ahora os enseñaré yo… —exclamó bloqueándonos el paso hacia la salida y blandiendo amenazadoramente una gran sartén ennegrecida. Vi saltar como un jaguar a Lupin, quien, agarrando el brazo al hombre, hizo que se golpeara a sí mismo con el fondo de la sartén.
—¡Tú no tienes absolutamente nada que enseñarnos, bola de sebo! —le recriminó mientras el otro rodaba por el suelo y nos dejaba la vía libre. Sherlock y yo, siguiendo los pasos de nuestro amigo, salimos corriendo de la tasca y nos esfumamos.
No dejamos de correr hasta llegar a la orilla del Sena. Señalé a mis amigos un pequeño tramo de ribera con hierba que bajaba suavemente hasta el río. Fuimos hasta él y nos dejamos caer.
Solo entonces, con la vista hacia el cielo, me di cuenta de que el sol se había abierto un hueco entre las nubes y una luz viva brillaba entre los árboles y sobre los edificios ribereños.
Sherlock se echó a reír.
—¿Bola de sebo? —dijo—. ¡Me pregunto cómo se te ha ocurrido!
Lupin también se rió.
—Bueno… Es exactamente lo que parece, ¿no?
Las palabras de Arsène en su pugna con aquel enorme tabernero habían sido muy cómicas, en efecto.
—Bola de sebo… —repetí—. ¿No creéis que sería un excelente título para un cuento?
Mis amigos sonrieron de nuevo y estuvieron de acuerdo conmigo, pero otros pensamientos muy distintos se abrían camino ya en nuestras mentes.
—Ese tipo encapuchado… —dijo Lupin, pensativo—. ¿Qué diablos hacía allí abajo?
—Hacía guardia, me parece evidente. Está claro que alguien desea

que en esos subterráneos entren solamente personas autorizadas, como el duque De Montmorency, por ejemplo —respondió Sherlock con una brizna de hierba entre los labios.
—Pues claro… ¡el Gran Maestre! —dije, irguiéndome de sopetón sobre las rodillas.
—¡Maldita sea! —exclamó Lupin chasqueando los dedos—. Puede que ese Gran Maestre y sus amigos encapuchados hayan encontrado ya el camino que lleva al Corazón de San Miguel y…
—¡… y ya estén en condiciones de comenzar su ritual! —terminé la frase yo.
—Lo dudo —dijo lacónicamente Sherlock.
—¿Y puede saberse por qué? —lo acucié.
Holmes desdobló de nuevo los dos fragmentos del viejo mapa y nos enseñó una marca: una pequeña cruz trazada con minio que a mí me había pasado desapercibida.
—Es la única señal con esta forma y este color en los trozos de mapa que tenemos. Según mis cálculos, debería encontrarse justo debajo de la catedral de Notre-Dame. Y además, ¿veis?, en este punto los túneles se vuelven estrechos e intrincados como un laberinto. ¡Apostaría a que es allí donde se encuentra la reliquia del santo! —explicó mirándonos a los ojos, primero a Lupin y luego a mí.
Me estremecí.
Según mi amigo Holmes, éramos nosotros los que estábamos en posesión del fragmento crucial de aquel antiguo mapa de los subterráneos de París. La sola idea me aceleró el ritmo cardíaco.
—Pero entonces, ¿qué ha ido a hacer De Montmorency allí abajo? —pregunté.
—Tal vez estén explorando esa maraña de galerías con la esperanza de tener suerte, incluso sin el mapa completo —aventuró Lupin.
—Es posible —convino Sherlock—. O bien los adeptos del Gran Maestre hacen reuniones secretas ahí para intercambiar noticias sobre la marcha de su plan.
Lupin meneó la cabeza, perplejo.
—¡Su plan! —exclamó—. ¿Sabéis? Realmente me encantaría enterarme de qué se trata.
Miré a mi amigo con aire interrogativo.
—Me refiero al asunto del Corazón de San Miguel… ¿De verdad ese

tipo, el misterioso Gran Maestre, piensa poner remedio a una guerra perdida y aplacar la rabia del pueblo de París con una reliquia y quién sabe qué antiguo rito? ¡Bah! Todo esto… ¿no os huele un poco demasiado a Edad Media? —concluyó tumbándose de espaldas en la hierba.
—Para quien tenga una mentalidad científica y racional, toda esta historia, en efecto, suena bastante estrambótica —reconoció Sherlock.
—Pero nadie que se proclame «científico y racional» puede ser tan tonto como para negar que existen fuerzas y poderes más allá de nuestra comprensión —intervine yo, dirigiendo a Holmes una mirada más bien incisiva.
—Por lo que a mí respecta, lo único que quiero es descubrir la verdad, por increíble y sorprendente que resulte ser —replicó Sherlock devolviéndome la mirada cortante, que de todos modos mitigó con una levísima sonrisa.
—Bien dicho —aprobó Lupin—. ¡La verdad! Y bien, ¿cuál es la verdad en lo que acabamos de ver? Por ejemplo: ¿cómo es posible que la entrada a esos benditos subterráneos esté en la trastienda de un antro de última categoría?
—La respuesta está en los muros, amigo mío —respondió enigmáticamente Sherlock.
—¡¿Los muros?!
—Claro. Los muros de La Cave du Cardinal son antiguos, gruesos, con sólidos contrafuertes. Estoy seguro de que en épocas pasadas ese lugar era muy diferente: sería un palacio nobiliario, muy probablemente propiedad de alguna familia que tuvo a un cardenal entre sus miembros.
—Sí —asentí—. Eso explicaría el curioso nombre de la taberna. Y está también ese arco al final de la escalera, con el escudo…
—¡Cierto! —exclamó entonces Lupin, sentándose—. Tal vez fuera una de las ocho familias que se repartieron el mapa. Pensadlo: sería muy natural que cada una de ellas dispusiera de un acceso a esas galerías subterráneas, ¿no?
—¡Exacto! —dije, convencida de las palabras de Arsène—. Ese arco debía de ser una especie de puerta de entrada a…
—¡¿PUERTA?! —repitió Sherlock mirándome con los ojos desorbitados—. ¡Por los dioses del Olimpo, pues claro! ¡Puerta!

¡JANUA! —exclamó poniéndose en pie como si le hubiera mordido una tarántula.
Lupin y yo volvimos a mirarlo con ojos llenos de estupor.
—¿Se puede saber qué te pasa ahora?
—Sí, dices cosas raras…
Pero Sherlock ni siquiera pareció oír nuestras palabras. Miró unos instantes uno de los trozos del mapa y, cuando por fin alzó los ojos, en ellos vimos una luz de triunfo.
—¡En pie! —ordenó—. El descanso ha terminado. ¡Ahora ya tenemos un lugar al que ir!

Capítulo 18

LA VOZ DEL GRAN MAESTRE

—¡Te juro que, como vuelvas a repetir otra vez la palabra *janua*, te doy una patada en la espinilla! —amenacé a Sherlock mientras caminábamos por la rue Martyrs al ritmo enloquecido que él nos imponía.
—¡Y yo seguiré el ejemplo de Irene! —bromeó Lupin.
En efecto, desde hacía varios minutos de la boca de nuestro amigo no salía más que aquella extraña palabra.
—Significa «puerta» en latín —se dignó explicarnos por fin—. ¡Y empieza por J! —concluyó, como si aquella fuera una información extremadamente excitante.
—¡Ah, muchas gracias! ¿Y?
—¡La misma letra que hay en nuestro mapa después de la abreviación de Saint-Sulpice!
Por fin la exaltación que se había apoderado de Sherlock pudo

contagiársenos a Lupin y a mí.
—Así que… ¡quizá en Saint-Sulpice encontremos otra puerta, otro acceso a los subterráneos! —dije.
—Claro. Y si tenemos suerte, ¡allí no encontraremos aguafiestas como en La Cave du Cardinal! —confirmó Lupin.
Justo en aquel momento, por una calle lateral, apareció un carro cargado de heno que se dirigía al sur, hacia donde nosotros debíamos ir. Lupin echó a correr y nos hizo seña de seguirlo. Instantes después alcanzamos el carro y, con un pequeño salto, nos sentamos en la parte de atrás con las piernas colgando.
Viajamos así hasta Les Halles, el mayor mercado de París. Cuando nos dimos cuenta de que el carro ralentizaba su marcha, saltamos y seguimos a pie hasta el Pont Neuf, que cruzamos para adentrarnos entre las casas de la orilla izquierda del Sena.
No tardamos mucho en llegar ante la iglesia de Saint-Sulpice, a la cual nos precipitamos como tres felinos lanzados en pos de su presa. Un rápido rodeo al edificio nos reveló que la puerta principal estaba cerrada y atrancada, pero que la parte opuesta de la iglesia escondía algo mucho más interesante. Junto al ábside, de una piedra más antigua y deteriorada, había, protegida por una verja de hierro, una pequeña escalera que se hundía en el suelo.
—¡Cien francos a que esa es tu *janua*! —dijo Lupin señalando una puertecita de madera oscura al final de la escalera.
Sherlock asintió y, febrilmente, sacudió con fuerza la verja que cerraba la escalera. Estaba cerrada y por nuestro lado no se veía ninguna cerradura, solo una placa de hierro lisa. Nos miramos sin saber qué hacer, hasta que Lupin retrocedió dos pasos y estudió con atención el ábside y su tejado de pizarra.
—Esperad aquí —fue todo lo que dijo.
Cogió un poco de carrerilla y dio un salto para agarrarse a una fina moldura de piedra justo debajo del tejado. Después, con un portentoso balanceo de las caderas, logró apoyar una pierna en el tejado e izarse por entero sobre él. Entonces se arrastró hasta superar la puntiaguda verja y, con un último brinco, lo vimos aterrizar al final de la escalera.
Segundos después, nuestro amigo subió hacia nosotros con una sonrisa divertida en los labios.
Entonces lo vi sacar del bolsillo de la chaqueta un aro en el que

estaban ensartados numerosos hierrecitos de diversas formas y tamaños.
—Me alegra observar que tu colección de ganzúas está cada vez mejor provista —le felicitó Sherlock.
—Bueno, no es por presumir, pero creo que tengo cierto talento para… esta clase de cosas —dijo Lupin manipulando la cerradura.
Como subrayando sus palabras, un sonido metálico anunció la apertura de la pequeña verja.
Tras echar un rápido vistazo alrededor para asegurarnos de que no había nadie a la vista, bajamos los escalones y esperamos a que Lupin nos hiciera otra pequeña demostración de su «talento» con la puertecita de madera.
Aquella cerradura se mostró un poco más ingrata con nuestro amigo, pero, ni diez minutos más tarde, bajábamos ya otros peldaños sumidos en la oscuridad del subsuelo de París.
Al terminar de bajar nos encontramos en la oscuridad más completa. Olía a moho y hacía bastante frío, pero, aparte de eso, yo no lograba captar ningún otro indicio del ambiente que nos rodeaba. Nos quedamos quietos unos momentos, luego oí el frote de un fósforo contra la piedra y los rostros de mis amigos aparecieron en la oscuridad en un halo de débil luz amarilla.
Estábamos en un estrecho túnel excavado en la roca y, al alzar los ojos, vi que el arco del techo, de mármol, era idéntico al que habíamos descubierto en La Cave du Cardinal, y también aquí se veía un escudo nobiliario en bajorrelieve en su ápice.
Mirar a mi alrededor, descubrir aquel escudo y soplar el fósforo que Lupin sostenía fue todo uno. Y nos sumimos de nuevo en la oscuridad.
—¡Irene! —musitó Lupin, nervioso—. Pero ¿qué haces?
—¡Chist! —siseé lo más bajo que pude. No me atreví a añadir ni una palabra; en alguna parte de la oscuridad de la galería, no lejos de nosotros, me había parecido oír una voz.
Me pegué a la pared de piedra, húmeda y fría, y me quedé escuchando con el corazón en un puño. En el silencio espantoso e interminable que siguió, apenas oía la respiración de Lupin, que estaba a mi lado, mientras que habría jurado que de Holmes solo percibía el trajín de sus pensamientos.
Cuando ya estaba casi persuadida de haber sido víctima de una

sugestión, he aquí que nuevamente oí una voz, esta vez más distintamente. ¡Mis oídos no me habían engañado!
Me decidí a dar un paso, luego otro y, al notar que Lupin me ponía la mano en el hombro y lo apretaba levemente en un gesto de ánimo, avancé a tientas unos metros a lo largo de la pared de piedra. De pronto me di cuenta de que la galería torcía y al otro lado se entreveía un débil resplandor. Me paré, sin saber si seguir, y advertí que, en la oscuridad, Sherlock avanzaba con decisión y se asomaba a mirar por la esquina. Fui tras él y vi una puerta entreabierta en la pared. Por la rendija podía ver una pequeña parte de una habitación aclarada por la tenue luz de unas velas. Vi también una mano que cogía un ropaje de encapuchado colgado de la pared. Ahora las voces me llegaban nítidas y bien audibles.
—¡Cada vez estamos más cerca, amigo mío! Y creo que muy pronto ocurrirá algo importante… ¡Lo presiento! —dijo alguien.
—Espero que sea como dice, querido amigo. Ya no nos queda mucho tiempo… ¡Ahí afuera, esa gentuza está a punto de tomar el control de la ciudad!
En ese instante oímos un rumor de ropas, unos pasos, y las voces de poco antes se hicieron más lejanas. Segundos después, todo volvió a estar en perfecto silencio.
—¡Venga, entremos! —susurró Lupin.
Me habría gustado decir algo, pero vi que mis amigos ya asomaban la cabeza por la rendija para observar la estancia.
—¡Vía libre! —dijo Sherlock.
Acallé entonces todos mis pensamientos y temores: había sido yo quien había implicado a Sherlock y Arsène en aquella historia y ahora los seguiría hasta el final.
Ensanchamos la rendija entre el quicio y la hoja de la puerta lo indispensable para escurrirnos dentro. Cuando por fin estuvimos en la habitación, un escalofrío me recorrió la espalda. Era un lugar terriblemente siniestro, una gran estancia circular con algunos bancos corridos adosados a las paredes y percheros de madera de los que pendían decenas de oscuros ropajes con una gran capucha. La única iluminación la proporcionaban dos altos candelabros situados en el centro.
Al mirar en torno nuestro vimos en seguida que, aparte de la puertecita por la que habíamos entrado, había dos arcos, uno

enfrente del otro, que daban a sendos corredores.
—¡He aquí donde se reúnen los acólitos del Gran Maestre! —comentó Lupin.
—Sí. Y apuesto a que la Sacra Orden de San Miguel… —empezó a decir Sherlock, pero se interrumpió de pronto y se volvió hacia el corredor de nuestra derecha. Un ruido de pisadas resonó a lo lejos.
—¡Oh, Dios mío! —murmuré llevándome una mano a la boca—. ¿Y ahora?
Lupin agarró dos túnicas de un perchero y vino corriendo hasta mí.
—Ponte una de estas… ¡Todo saldrá bien, ya lo verás!
Miré a Arsène a los ojos un breve instante y eso bastó para infundirme coraje.
También Sherlock cogió una túnica y se la puso a toda prisa.
Acabábamos de transmutarnos en tres encapuchados cuando vimos entrar a un hombre achaparrado, con ojos de gorrino y pelo largo pajizo. Por su atuendo, elegantísimo, se deducía que también era noble.
Sentí que Sherlock me empujaba precipitadamente hacia el segundo corredor, en la parte opuesta de la sala.
Con el rabillo del ojo vi que el hombre recién llegado se paraba y nos miraba. Sin poder respirar apenas, agarré los faldones de aquella túnica demasiado larga para mí y me encaminé hacia el arco.
—*Fiat lux, fratres!* —gritó casi el hombre a modo de saludo.
Sherlock carraspeó y, con la voz más grave que pudo poner, devolvió el saludo en latín.
—*Fiat lux, frater!*
Recuerdo que, mientras cruzábamos aquel vano para entrar en la penumbra más densa del corredor, pensé que nunca como en aquel momento el conocimiento de una lengua muerta me había parecido una cualidad tan estimable.
Tenía la sensación de haberme precipitado a las páginas de una de las inquietantes novelas que tanto me apasionaban por aquellos días, llenas de tétricas moradas ruinosas y oscuros calabozos. De hecho, recorrimos un largo pasillo salpicado por la luz de velas colocadas en pequeñas hornacinas de las paredes y del fondo del cual provenía un rumor confuso que, pensé, debía de ser similar al que se alza de los círculos infernales.

Caminábamos juntos entre las filas de luces del corredor y por un instante tuve la impresión de estar soñando. Al otro lado del arco con que concluía el pasillo me pareció ver, de hecho, un oscuro mar tempestuoso hacia el cual me estuviese arrastrando una fuerza inexplicable.

Un par de pasos más y aquella extraña ilusión se desvaneció. Lo que me había parecido un mar tempestuoso no era, en realidad, más que un apiñamiento de oscuras cabezas encapuchadas, las de los congregados en una gran sala circular no muy distinta de aquella de la que habíamos salido poco antes. A ojo, conté al menos un centenar de adeptos del Gran Maestre reunidos en aquella caverna de piedra, pocos peldaños por debajo de nosotros.

—¡Por fin alcanzamos su guarida! —me susurró Sherlock al oído—. Ahora solo tenemos que mezclarnos con los demás.

Y eso hicimos, bajamos la escalera procurando permanecer juntos entre aquella muchedumbre.

Pasaron unos minutos. De la galería que acabábamos de recorrer llegaron más figuras encapuchadas y el murmullo no dejaba de crecer en la sala.

Después, repentinamente, una gran agitación sacudió a la multitud. Las voces se taparon unas a otras.

—¡Ya viene!

—¡Ahí está!

—¡Ya lo veo!

La luz de una antorcha apareció por una estrecha abertura en la piedra. Me puse de puntillas para saber qué era lo que ocurría y vi subir a una especie de palco colocado en una hornacina de la sala a tres personas, una de ellas un hombre con una túnica parecida a las nuestras, pero de un rojo vivo, y con un vistoso collar de oro. A su espalda, en la pared de piedra, estaba colgada una vieja bandera de Francia. En la sala se hizo el silencio y en ese momento tuvimos la seguridad de encontrarnos ante el Gran Maestre. Su figura se recortaba contra el fondo amarillo oro de la hornacina y me pareció realmente como salido de una pintura medieval.

—*Fiat lux, fratres!* —comenzó su discurso con voz profunda y vibrante—. ¡Que se haga la luz! Y esta no es solamente una fórmula vana, puesto que muy pronto, gracias a nuestro valor, las desmoralizadoras tinieblas en las que se está hundiendo Francia se

desvanecerán y una luz antigua y sacra volverá a iluminar las mentes y las almas de la nación. ¡Grandes y majestuosos signos anuncian ya la inminencia de nuestra victoria, hermanos! La estrella Sirio y los demás astros luminosos de la constelación de Virgo ocupan en el cielo una posición benigna y muy pronto, estad seguros, llegará a su fin nuestra búsqueda de los fragmentos del antiguo mapa de la Orden. ¡Entonces conoceremos el lugar en que se guarda la santa reliquia y los días de temor habrán terminado! Ya no temeremos ver París, que ha sido pisoteada por la bota prusiana, acabar en manos de delincuentes y bandidos. Nosotros, la reconstituida Sacra Orden de San Miguel, y no ciertamente el señor Adolphe Thiers y todos los cobardes que lo han seguido a Versalles, conduciremos la ciudad y la nación a la salvación.

Mientras el hombre de la túnica roja se lanzaba a ardorosas invectivas contra Thiers y sus seguidores, no pude evitar notar que, a diferencia del Gran Maestre, cuyo rostro quedaba oculto en una mancha de oscuridad, las dos figuras que lo flanqueaban parecían felices de mostrar su cara ante la multitud. Por ello, no me costó nada reconocer en la de la derecha al duque De Montmorency, y sentí una honda inquietud al reconocer la figura situada a la izquierda del Maestre.

Era una mujer. ¡Aquella mujer! La misteriosa dama que había conocido en los jardines de la catedral de Évreux.

Me habría gustado compartir con mis amigos aquel descubrimiento, pero, por turbada que estuviera, comprendí que habría sido demasiado imprudente y me callé.

No obstante, no fui la única en fijarme en el afán de aquella mujer por mostrarse. Oí claramente lo que decía la persona que estaba a mi lado:

—¡Qué aires se da esa desvergonzada!

Pensé que era una buena ocasión para recabar información y, hablando a través de la gruesa tela de mi túnica, comenté:

—¡Esa mujer no sabe lo que es la discreción!

—Y qué se puede esperar de la señora Valminier —murmuró la persona a mi lado con una nota de desdén en la voz—. Ha abandonado a ese pobre viejo del duque

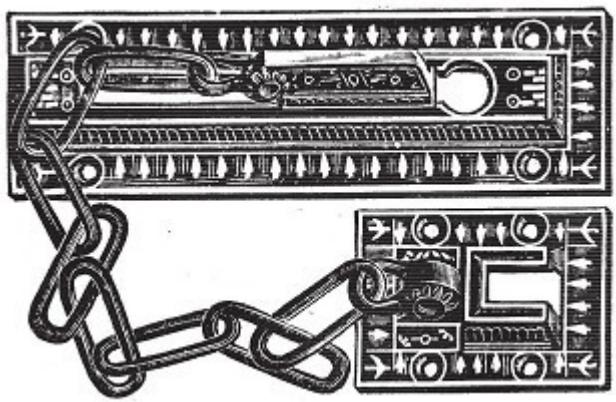
D’Aurevilly

y con la pizca de poder que ha conseguido ahora compite con

De Montmorency por ganarse el favor del Maestre. Muy pronto él se convertirá en el nuevo timonel de Francia y ella…
—¡CHIST! —siseó alguien detrás de nosotros. Mi vecino enmudeció. Mientras la voz del Gran Maestre seguía zumbándome en los oídos, una pregunta angustiosa me asaltó. ¿Qué significaba aquella alusión a mi familia que la señora Valminier había hecho en nuestro encuentro? Un pensamiento repentino me alcanzó como un dardo en el corazón. Miré alrededor, trastornada. ¿Acaso bajo una de aquellas túnicas oscuras se ocultaba… mi padre? Pero si mi padre estaba envuelto en aquel asunto de la Orden de San Miguel, ¿por qué se había dirigido a mí aquella mujer?
El eco de aquellas preguntas sin respuesta resonaba aún en mi cabeza cuando oí al Gran Maestre despedirse de sus adeptos. Su discurso había concluido. El murmullo de antes se reanudó y las figuras encapuchadas empezaron a encaminarse al corredor como un enjambre. Yo me quedé quieta, en cambio, como embrujada por las elucubraciones sobre los secretos de mi familia, tan oscuros e inquietantes.
Luego, aquel río de personas me arrolló y, como si despertara de golpe, me di cuenta de que Sherlock y Lupin ya no estaban conmigo. Para alcanzarlos hice un movimiento violento y tropecé con la larga túnica. Me vi en el suelo, con la capucha hacia atrás y la cara al descubierto. Para mi desgracia, me había caído cerca de un gran candelabro, que me iluminó el rostro.
—¿Quién demonios es esta chiquilla? —gritó en seguida uno de los encapuchados, señalándome. Instantes después estaba rodeada. Sherlock y Arsène se abrieron paso entre aquel muro de personas para venir en mi auxilio.
—¡Dejadla en paz! —gritó Holmes.
Lupin me ayudó a levantarme y, a fuerza de codazos, logramos alcanzar el pasillo. Íbamos a lanzarnos a la carrera cuando tres encapuchados nos bloquearon el paso apuntándonos con pistolas.
—¡Yo que vosotros no daría ni un paso más!

Capítulo 19

UN EMPERADOR



Aquel fue uno de los momentos más horrendos de mi vida. Me sentía llena de rabia y de vergüenza por el modo en que había puesto en apuros a mis amigos, tropezando y cayendo al suelo como una estúpida. Recuerdo también los gritos de la multitud de encapuchados a nuestra espalda.
—¡Canallas!
—¡Son infiltrados mandados por los rebeldes!
—¡Sí! ¡Dadles una buena lección!
Los hombres al servicio del Gran Maestre nos obligaron a levantar las manos y, con los revólveres contra nuestra espalda, nos condujeron hasta una puertecita a mitad del corredor. Fuimos obligados a recorrer un corto y húmedo pasillo, al final del cual nos empujaron con rudeza a una especie de celda sucia.
Me acababa de alzar cuando uno de los guardias me puso las manos encima para registrarme.
—¡Ni te atrevas, gusano! —reaccionó Lupin, echándosele encima.
Otro lacayo del Maestre lo golpeó en la cara con la culata de la pistola y lo arrojó a un rincón.
—¡No! —grité yo.

—¡No estamos aquí para representar comedias románticas, chiquillo, así que déjate de idioteces!
Así pues, nos registraron a los tres e, inevitablemente, en los bolsillos de Sherlock los hombres del Gran Maestre encontraron los dos fragmentos del mapa que estaban en nuestro poder. En el momento mismo en que vi a uno de aquellos hombres encapuchados sostener entre sus dedos los dos trozos de papel, todo se me volvió borroso, porque los ojos se me llenaron de lágrimas. Con todo, pude oír aún cómo uno de nuestros carceleros le decía a otro:
—¡Llama al jefe, rápido!
Los dos que quedaban nos ataron las muñecas y, tras cerrar la puerta con una gruesa cadena y un candado, desaparecieron en la oscuridad del corredor.
—Per… perdonadme… Yo… —fue todo lo que conseguí farfullar entre sollozos.
—No tienes que pedir perdón por nada, Irene —dijo Lupin empezando a frotar las cuerdas que le ataban las manos contra una arista de la piedra—. ¡Encontraremos un modo de salir de aquí!
—Sí… Todavía no está dicha la última palabra —le hizo eco Sherlock.
Al volver a pensarlo, lo más increíble es que en la mirada de mis amigos podía leer que no hablaban de aquella manera solo para consolarme. Para Sherlock, aquel asunto era realmente como una partida de ajedrez todavía en juego, mientras que para Lupin era como un combate de boxeo en el que el adversario había logrado propinarnos un buen golpe, pero que estaba muy lejos de habernos tirado a la lona. Si por un lado aquello me alivió un poco, por otro el pensar que había metido en problemas a unos amigos tan extraordinarios era como una espina que se clavaba en mi orgullo y que todavía hoy, a años de distancia, me hiere.
Por suerte, no tuve que permanecer demasiado tiempo a merced de aquellos pensamientos.
En efecto, después de unos minutos vimos aparecer la túnica roja del Gran Maestre al otro lado de los barrotes de nuestra celda. Tenía en las manos los dos fragmentos del mapa que nos habían arrebatado poco antes y llevaba la capucha echada sobre los hombros. Pude ver, por tanto, su rostro, que me asombró

sobremanera. Era un hombre todavía joven, pelirrojo, de bigote fino y ojos azules intensos y relucientes. Una sonrisa a la vez feroz y burlona parecía animar cada músculo de su cara.
—No sé quiénes sois, queridos —dijo agitando los trozos de mapa —, pero ¡me alegra mucho que hayáis decidido hacerme una visita!
Luego se rió a carcajadas y se alejó acompañado de sus hombres.
Yo lo seguí con la mirada hasta que lo vi perderse en la oscuridad y luego me volví hacia mis amigos. Noté en seguida que también Sherlock estaba impresionado por aquella aparición.
—¡Realmente no es como me lo esperaba! —dije, casi sin pensar.
Sherlock empezó a caminar nerviosamente de acá para allá en la celda.
—Tienes razón… —asintió—. ¡Hay algo raro en ese hombre!
—Si queréis decir que os esperabais a un viejo severo con barba blanca, en fin, os doy la razón —comentó Lupin sin dejar de frotar las cuerdas que le aprisionaban las manos.
—El tono de su voz, la cadencia… —continuó Sherlock—. Cuando ha hablado ante sus secuaces era muy distinto, como…
—¡… como si estuviera interpretando! —me adelanté.
—Eso exactamente. Y además…
—¿Y además?
—En su discurso ha cometido un banal error de astronomía.
—Ah, ¿de veras?
—Sí, ha dicho que Sirio forma parte de la constelación de Virgo, cuando esa estrella pertenece al Can Mayor.
—Vaya —comenté—. Por tanto, no solo estaba interpretando, ¡sino que ni siquiera se había aprendido bien su papel!
Lupin resopló y, con un último esfuerzo, consiguió por fin aflojar el nudo lo suficiente para soltarse las manos.
—Tal vez ese tipo no sea un pozo de sabiduría —observó acariciándose las muñecas enrojecidas—, pero lo que a mí me preocupa es que sus esbirros están armados hasta los dientes y diría, por tanto, que conviene…
En ese preciso instante, Sherlock se detuvo de pronto en medio de la celda y se llevó el dedo índice a los labios para indicarle a Arsène que se callara.
—¡Silencio, oigo algo!
Mirando a su alrededor, señaló un rinconcito oscuro de la celda.

—¡Ahí arriba, deprisa!
Holmes tendió las manos a Lupin, que lo ayudó a librarse de las cuerdas.
—¡Ayúdame a auparme a ese rincón!
Lupin no hizo preguntas y, agachándose, agarró a Sherlock por las rodillas para luego levantarlo hasta donde le había dicho.
Vi que Holmes pegaba la oreja al pequeño agujero en la piedra, bajando al tiempo los párpados para poder concentrarse en la escucha.
Mi mirada se quedó fija en su rostro delgado y anguloso, tenso por el esfuerzo de captar el máximo posible de lo que oía a través de aquella grieta. A cada pequeño temblor, a cada mínima contracción de su rostro, mi corazón se ponía a latir más fuerte. Pasó un tiempo que a mí me pareció larguísimo pero que en realidad solo fueron pocos minutos y luego, de repente, Sherlock le hizo una seña a Lupin para que lo bajara.
—¡Vuelven! —susurró.
Ambos se apresuraron a ocultar sus manos a la espalda y apoyarse en la pared, simulando que aún las tenían atadas.
Oímos ruido de pasos y poco después el Gran Maestre y sus hombres reaparecieron al otro lado de los barrotes.
—¿Y qué hacemos con ellos? —dijo uno de los esbirros.
El Maestre nos lanzó otro fugaz vistazo.
—¿Con nuestros jóvenes amigos? Dejémoslos un poco más ahí dentro para que se les refresquen las ideas… —dijo—. Nosotros tenemos cosas más importantes de las que ocuparnos ahora.
Y sin decir nada más, volvió a desaparecer con el andar nervioso de quien tiene asuntos esenciales que atender.
En cuanto se perdió el eco de las pisadas en el corredor, Lupin y yo nos acercamos a Sherlock.
—¿Qué has oído? —le pregunté mientras Lupin me ayudaba a mí también a librarme de la cuerda que me ceñía las muñecas.
Sherlock tenía un aire muy pensativo y esperó un poco antes de contestar.
—Acababan de recomponer el mapa. El Gran Maestre estaba extasiado, por decir poco —dijo al fin—. Sin embargo, estoy seguro de haberle oído ordenar a sus hombres que no digan nada a los adeptos. No deben saber nada.

—¿Y cómo es eso? —se asombró Lupin—. ¿No es precisamente lo que todos esos aristocratuchos disfrazados esperan?
—Lo es —confirmó Sherlock—. Pero nuestro Gran Maestre no quiere compartir el descubrimiento con sus seguidores y…
En ese punto, Sherlock se interrumpió y meneó la cabeza un tanto perplejo.
—Creo que conozco bastante bien el francés y, sin embargo, no he entendido la palabra que ha usado para referirse a ellos.
—Quizá no hayas oído bien —supuse.
—Al contrario. Estaba en la frase que ha pronunciado en voz más alta y la he entendido perfectamente. Ha dicho: «¡Esos *bardouchis* no deben saber nada!».
Lupin reprimió una carcajada.
Sherlock y yo lo miramos, pasmados. Ni siquiera yo, que había nacido en Francia, había oído nunca aquella palabra.
—Debes de haber oído mal, amigo mío —dijo Arsène.
—Lo excluyo. Tengo un oído muy fino y no me cabe la menor duda acerca de lo que he oído. Mejor dime por qué crees que me he equivocado.
—Es sencillo, porque esa palabra, *bardouchi*, solo la usan los belgas, y ni siquiera todos. Solamente en un rinconcito de Bélgica podría darse que escucharas a alguien usando ese término para referirse a una persona a la que le falta un tornillo, en fin, un pirado.
—¿Y tú cómo sabes una cosa así?
—Muy fácil, da la casualidad de que tengo la desgracia de que mi tío Constant viva allí, en ese rincón de Bélgica, que no es más que una pequeña ciudad del sur llamada Namur…
Al oír el nombre de esa ciudad, Sherlock frunció el ceño y murmuró:
—Namur…, Namur… —Se quedó callado un instante y luego repitió—: Namur, Namur…
—¿Tienes intención de torturarnos otra vez, como has hecho no hace mucho con el latín? —lo piqué, intrigada.
Pero él ni siquiera me contestó y la letanía continuó.
De pronto los músculos de Sherlock se pusieron rígidos y sus ojos, por los que cruzó un destello, se quedaron fijos como perlas de vidrio oscuro, y repitió con cara de poseído:

—¡NAMUR!
—Pues sí —bromeó Lupin—. ¡Y no comprendo por qué el oír nombrar la ciudad más aburrida del mundo te puede afectar tanto!
Holmes sonrió, y fue una sonrisa huidiza, como hechizada.
—Es gracioso… De esa ciudad belga solo sé una cosa y, sin embargo, ese único, pequeño conocimiento acaba de permitirme… comprenderlo todo. Todo, ¿os dais cuenta?
—No. ¡Yo no tengo ni idea de qué van tus desvaríos! —estallé.
Sherlock me miró, siempre con aquella extraña sonrisa triunfante en los labios.
—Mirad, lo único que sé de Namur, y me ha costado dar con ello, es que es la ciudad donde vio la luz Albert Vaneighem o, si preferís el epíteto que los periódicos acuñaron para él…, ¡el emperador del timo!

Capítulo 20

LAS VERDADES MÁS OSCURAS

—¿Un…, un timador? —tartamudeé, dudando de haber entendido bien las últimas palabras de Sherlock.
—El mejor de todos —aseveró él—. Alguien, por poner un ejemplo, que logró vender una isla que no existía a un banquero americano y, al rey de Suecia, una máquina para la comunicación telepática que en realidad no era más que una caja de metal pintado.
Lupin estaba aún más pasmado que yo.
—¡¿Y ese Vaneighem es el Gran Maestre, según tú?! —se maravilló —. ¿Lo deduces simplemente por ese *bardouchis*? ¿Una palabra que mi tío Constant usa para burlarse de mi padre?
Sherlock se encogió de hombros.
—¡Nunca sabemos cuál va ser la mano que nos entreabrirá la puerta

de la verdad! —dijo citando a no sé qué poeta—. Además, pensadlo bien, ¡de esta manera todo tiene explicación! Esa actitud suya de estar tan «fuera de lugar», la voz que le cambia cuando se dirige a sus seguidores, el nimio error astronómico… Todo se explica si él no es quien dice ser, sino solo un timador que ha montado una colosal farsa.

Por un lado, la hipótesis de Holmes me parecía una perfecta absurdidad; por otro, cuanto más pensaba en el rostro de aquel hombre, más plausible me parecía aquella historia. ¡La cara que yo misma había visto poco antes era la de un avispado timador y no, desde luego, la de un oscuro mago salido del medievo!

Con todo, muchas cosas seguían aún envueltas en misterio.

—Pero, aunque el Gran Maestre sea Vaneighem…, ¿para qué querría un hombre así la reliquia de un santo? —pregunté.

—Eso no podemos saberlo aún —reconoció Sherlock—. Pero de buena gana apostaría a que tiene sólidas razones para apoderarse de ella.

Lupin dejó escapar una risita aguda.

—En el fondo no me resulta tan difícil creerte… ¡A mí, todo este asunto de encapuchados bajo tierra siempre me ha parecido una enorme carnavalada! Y ahora, ¿qué me decís de salir de aquí para averiguar si las cosas son así? —remató acercándose al candado con que nuestros carceleros habían cerrado la puerta de la celda.

Mientras Lupin se atareaba con sus chismes, Sherlock y yo nos sentamos en el suelo con los ojos fijos en nuestro amigo. El gran candado que nos tenía prisioneros, de todos modos, no era ninguna chatarra, como las cerraduras de Saint-Sulpice, y se resistía a todos los intentos de Lupin.

El tiempo pasó, marcado por las imprecaciones del pobre Arsène, y en el corredor, más allá de los barrotes, la antorcha que nos daba un poco de luz fue apagándose lentamente.

En aquellos turbulentos días parisinos habíamos comido poquísimo y yo me sentía débil y con la garganta ardiendo de sed. Cuando la oscuridad a nuestro alrededor se hizo más intensa, me quedé dormida varias veces, y en todas y cada una fui presa de cortas pero angustiosas pesadillas.

Al final fue la voz de Lupin la que me espabiló.

—¡Ya está! ¡Lo he conseguido! —exclamó en la oscuridad.

Me costó creerlo, pero era cierto. El candado había cedido por fin y éramos libres para salir de aquella horrible celda. Abrimos los barrotes y nos pusimos en fila india, con Lupin a la cabeza y Holmes detrás de mí. Parecía que aquella parte de los subterráneos hubiese sido abandonada y se hubiesen olvidado de nosotros. Por una vez, el ser considerados simples chiquillos alocados nos beneficiaba y habría sido realmente insensato no aprovechar aquella oportunidad de huir.

Nos movimos silenciosamente, con la máxima precaución, conteniendo la respiración a cada esquina que doblábamos. Lupin desanduvo el camino que habíamos hecho por la tarde desde la iglesia de Saint-Sulpice, pero, cuando nos encontramos en el gran vestíbulo circular, nos llevamos una desagradable sorpresa. La puertecita por la que habíamos pasado al ir estaba ahora cerrada con llave y con dos resistentes pestillos.

—¡Maldición! —renegó Lupin entre dientes.

No teníamos alternativa. No nos quedaba más remedio que adentrarnos por oscuras galerías que no conocíamos.

Sherlock cogió de un candelabro una pequeña vela superviviente y la fijó a su libretita de bolsillo. Así pudimos tener algo de luz en nuestro camino. Vagamos durante largo rato por aquellos siniestros pasadizos de piedra, tan parecidos unos a otros que más de una vez tuve la impresión de pasar de nuevo por trechos que ya habíamos recorrido.

Habíamos llegado al inicio de una galería más amplia que las demás cuando oímos pisadas que resonaban desordenadamente, lo que daba a entender que debía de tratarse de un grupo de personas bastante nutrido.

—¡Por aquí! —dijo Sherlock, y sopló la vela.

Retrocedimos unos pasos y nos escondimos en un entrante oscuro que rezumaba humedad.

Las pisadas se acercaron. Desde el hueco en que estaba aplastada vi perfilarse unas figuras oscuras en los halos anaranjados de unas antorchas.

El grupo se detuvo bruscamente.

—¿Estás segura de que este es el camino? —oímos preguntar.

—Se lo juro, señor —contestó una voz de mujer que, por alguna razón, me hizo estremecer.

Me tapé la boca con la mano, preguntándome qué era lo que me turbaba tanto en aquella voz. Y fue entonces cuando, una vez más desde el principio de aquella aventura, me pregunté si no estaría soñando, pese a tener los ojos bien abiertos. Y es que, acariciadas por los reflejos temblorosos de las llamas, me pareció ver las facciones del señor Nelson. Cuando la pequeña comitiva volvió a moverse, aquella impresión mía se convirtió en certidumbre.
—¡Horace!
La voz salió de mis labios sin que yo pudiese controlarla e, instintivamente, di un paso adelante.
—¡Santo Dios, señorita Irene! —exclamó el mayordomo corriendo a mi encuentro. Nos abrazamos, yo un tanto incrédula.
—Horace… ¡Qué alegría volver a verle!
—Oh, Irene, gracias al cielo… —murmuró una voz femenina, distinta de la que había oído antes. Y, tras aquellas palabras, la mujer que las había pronunciado se deshizo en lágrimas. Me sorprendí muchísimo y en seguida volví mis ojos hacia ella. Era una señora delgada, de rasgos delicados y… ¿no la había visto ya? ¿O la escasa luz me jugaba una mala pasada? Pero no tuve tiempo de pensarlo.
Sherlock y Lupin estaban todavía un paso detrás de mí y vi a Horace posar en ellos una mirada glacial.
—¡Vosotros! —exclamó con dureza—. Vosotros…
Pero yo lo interrumpí.
—Por favor, Horace. No es como piensa. ¡Todo lo que ha ocurrido ha sido solo por culpa mía!
Eran muchas las cosas que habría querido y debido decirle al señor Nelson, pero no hubo manera.
Un hombre alto y ligeramente encorvado se acercó unos pasos y acarició afectuosamente la mano de la mujer que lloraba.
—Mi nombre es Jean-Jacques d'Aurevilly y haberlos encontrado, a usted y a sus amigos, es para mí motivo de alivio y alegría. Ya habrá tiempo de hablar… Ahora, sin embargo, creo que lo primero que deberíamos hacer es irnos de este lugar.
La voz de aquel hombre de considerable edad parecía cargada de sensatez y nadie tuvo nada que objetar.
Mientras caminábamos por las oscuras galerías a la luz de dos antorchas, me retrasé para observar el pequeño grupo al que nos

habíamos unido. Además de Horace,
D'Aurevilly
y la señora que se había echado a llorar, conté al menos cuatro hombres armados que nos precedían. Volviéndome un instante, vi que detrás de mí había otros dos guardias armados y, en medio de ellos, una mujer con sombrerito y un fular con el que ocultaba su cara. Mi curiosidad por descubrir de quién se trataba era enorme, pero aún era mayor el deseo de volver a respirar un poco de aire fresco fuera de aquellos subterráneos. Por eso, seguí andando a buen paso junto a Horace y mis amigos, procurando no pensar en todas las respuestas que me habría gustado obtener en aquel mismo momento.

Paso tras paso, sentía que aquella horrible aventura bajo tierra estaba terminando y conforme crecía mi alivio se me ocurrió pensar en las explicaciones que tendría que dar yo, sobre todo a mi padre y a mi madre. Por eso, iba silenciosa y absorta cuando oí resonar una voz en un túnel lateral.

—¡Demonios! Necesitaríamos dos cartuchos de dinamita por lo menos y…

Todo lo que sé es que segundos después me encontraba entre los brazos de Sherlock mientras a mi alrededor parecía haber sobrevenido el fin del mundo.

Nuestra pequeña compañía se había topado de frente con el Gran Maestre y dos de sus lacayos, los cuales echaron mano a las armas inmediatamente. Los guardias del duque
D'Aurevilly
hicieron lo mismo y les plantaron cara apuntándolos con los fusiles.

—¡No seáis tontos! —gritó el jefe de los guardias—. ¡Somos siete hombres armados contra dos! Tirad al suelo vuestros revólveres.

Los hombres del Maestre, después de que su jefe les hiciera un ceñudo gesto de asentimiento, acataron lo que se les ordenaba.

—¿Puedo saber al menos quién me agrede de forma tan brutal? —protestó el hombre de la túnica roja.

—Me llamo Jean-Jacques François d'Aurevilly, y también yo agradecería mucho saber con quién hablo —replicó el anciano noble adelantándose un paso.

—Le complazco con gusto: soy Hermes Crusius, Gran Maestre de la Sacra Orden de San Miguel y Caballero…

—¿Por qué no abrevia y declara quién es de verdad, señor… Albert Vaneighem? —le cortó bruscamente Sherlock.
La mirada del Maestre saltó al rostro de mi amigo con un breve brillo de sorpresa. Pero la cara de aquel hombre parecía capaz de disimular cualquier estado de ánimo. Y sus labios se distendieron inmediatamente en una sonrisa burlona.
—Otra vez vosotros… Pero, en el fondo, no os equivocáis del todo. Ya no hay motivo para continuar con esta farsa —dijo—. Y si usted es de verdad el duque
D'Aurevilly
, del que tanto he oído hablar, sé con certeza que es un hombre agudo y razonable. Con usted, por tanto, no tengo necesidad de interpretar el papel del mago misterioso… En fin, sí, soy Albert Vaneighem y estoy seguro de poder hacerle un ofrecimiento muy ventajoso.
—¿De qué ofrecimiento me está hablando? —repuso
D'Aurevilly
con rabia.
—Si unimos nuestras fuerzas, podremos hacernos muy pronto con un objeto extremadamente valioso, capaz de garantizarnos a ambos una inmensa riqueza. ¿Acaso no es un ofrecimiento generoso?
En ese momento, surgiendo de la oscuridad en que había permanecido escondida hasta entonces, se adelantó la mujer del sombrerito. Se quitó con ímpetu el pañuelo de la cara y en ella reconocí por fin a la señora Valminier.
—¿Qué…, qué dice, Maestre? Yo… no entiendo… —balbució con el rostro tan pálido como una sábana.
Vaneighem le dirigió la mirada más terrible que yo haya visto en mi vida, cargada de un odio y un desprecio inauditos.
—¡USTED! —gritó—. ¡Tenía que haberme imaginado que su estupidez lo estropearía todo! —Esas palabras fueron seguidas por un calificativo que no puedo repetir.
La mujer tenía los ojos llenos de lágrimas, que, no obstante, parecían como congeladas, tales eran la pesadumbre y la mortificación de su espíritu.
D'Aurevilly
, en cambio, miró a la mujer con gran compasión y, tras susurrarle unas palabras al oído, la invitó a apartarse de nuevo.

Luego se volvió hacia Vaneighem con los ojos centelleándole de desprecio.
—Señor mío, usted realmente no sabe nada de mí, mientras que yo tengo la dudosa fortuna de conocer, por los periódicos, sus dañinas hazañas. Desde las primeras veces que oí hablar de ese misterioso Gran Maestre, sospeché que se trataba de algún tipo de impostor, pero… ahora que sé realmente el tipo de miserable sinvergüenza que es, ¡para mí será un placer mucho mayor contribuir a que tenga el fin que se merece!
Vaneighem no pareció reaccionar, solo dirigió al duque una fría sonrisa de escarnio.
—Bueno, entonces supongo que… —empezó a decir con una voz increíblemente serena.
En ese preciso instante, con un impulso fulgurante, el timador saltó hacia atrás, al oscuro túnel por el que lo habíamos visto llegar, y, agarrando un viejo barril que había en un hueco invisible en la oscuridad, lo arrojó contra los guardias de
D'Aurevilly
. Se produjo un inmenso alboroto. Los hombres del duque, cogidos por sorpresa, dispararon dos tiros al tuntún. Recuerdo los gritos, las nubes de pólvora y las esquirlas de piedra que silbaban en el aire. Y después a Lupin, el movimiento ágil y rapidísimo con que saltó por encima del barril y de un guardia caído para lanzarse en persecución del timador.
—¡Arsène! —grité, e instintivamente quise correr también al túnel, pero Sherlock me frenó agarrándome por un brazo.
Me resulta difícil encontrar las palabras para describir lo que sentí al ver reaparecer el color rojo de la túnica del Gran Maestre. El rostro de Vaneighem estaba contraído en una mueca horrenda. Lupin venía detrás de él y le retorcía un brazo en una posición que imaginé muy dolorosa y gracias a la cual mi amigo lo tenía a su merced.
—¡Bien hecho!
—¡Gracias, chico!
Así fue felicitado por el señor Nelson y por el jefe de los guardias, que se hizo cargo del impostor.
Sus secuaces, en cambio, habían logrado poner pies en polvorosa aprovechando la confusión, pero nadie prestó demasiada atención a

aquel detalle, en el fondo insignificante.
Los guardias de D'Aurevilly rodearon a Vaneighem y lo maniataron.
—¡Usted no es más que un viejo presuntuoso que tiene los días contados! ¡Los rebeldes se los comerán vivos, a usted y a sus ridículos guardias! —rugió el emperador del timo. Pero nadie le hacía caso ya, ni siquiera el destinatario de aquellos insultos, el duque
D'Aurevilly
, que estrechaba contra sí a la sollozante señora Valminier. Pese a que por culpa de aquella mujer yo hubiese corrido serios peligros, no pude sentir por ella más que una gran piedad.
En cuanto a Sherlock y Lupin, disfrutaban con los improperios del apresado Vaneighem como con el más delicioso *vaudeville*. Caminé junto a ellos y no pude evitar sonreír también a pesar de los mil pensamientos que bullían en mi cabeza.
Por fin llegamos a una escalerita de piedra, que nos condujo a todos al aire libre. Desembocamos en el jardín de un palacio parisino, junto a un edificio de ladrillo que me pareció un establo. Las nubes de la tarde se habían despejado y una luna casi llena lucía en el cielo. Los guardias llevaron a Vaneighem a una pequeña dependencia del palacio provista de sólidas rejas en las ventanas. Horace se quedó un poco apartado con la señora que se había echado a llorar al verme, allá abajo en los subterráneos. También ahora aquella mujer seguía mirándome con unos ojos que me parecieron brillar de emoción. Yo también la miré, con detenimiento, y de buenas a primeras me di cuenta de que la conocía. ¡Naturalmente! Era la dama misteriosa con la que en los meses anteriores me había encontrado varias veces, en carruaje en Saint-Malo, en el teatro de la ópera y por las calles de Londres… Pensé entonces en lo mucho que su rostro, a la luz de la luna, se parecía en ese momento al delicado perfil femenino del camafeo que ella misma me había obsequiado la pasada Navidad.
Di dos pasos con la intención de hablar con ella y descubrir por fin quién era. Pero, por alguna razón que todavía no sé explicarme, me paré de golpe y me quedé a medio camino. Precisamente entonces nuestras miradas se encontraron. También ella parecía presa de una vacilación semejante a la mía. Así que nos miramos largamente, sonriendo, sin decirnos ni una palabra.

Capítulo 21

UN DÍA FUERA DE LO COMÚN

El jardín, nos enteramos, era el del palacio del duque D'Aurevilly, que dio instrucciones para que prepararan dormitorios para nosotros. Todos estábamos muy cansados y le agradecimos su hospitalidad al duque. Cuando llegó el momento de decirnos las buenas noches en el gran recibidor del palacio, la señora del camafeo se acercó a mí y me dio un camisón de seda de color celeste claro.

—Quizá le quede un poco grande, pero creo que será mejor que nada —dijo sonriéndome. Y, deseándome dulces sueños, se alejó por la gran escalera de mármol que subía a los dormitorios.

Cuando por fin estuve sola en la habitación que me habían asignado, traté de retomar el hilo de mis pensamientos, ahora más enredado que nunca. El cansancio, no obstante, me lo impidió y caí casi en el acto en un letargo profundo y sin sueños.

A la mañana siguiente me levanté bastante tarde, muy descansada y

en un estado de ánimo algo más sereno. En el fondo, ¿qué había ocurrido que fuera tan grave? Eso me decía, reconfortada por la luz del nuevo día. Cierto, había desobedecido a mis padres y los había preocupado. Era lo bastante mayor para saber que toda acción tiene sus consecuencias y sabía que también para mí las habría en aquella ocasión. Eran las reglas del juego y estaba dispuesta a aceptarlas. Sin embargo, por otro lado, ¿acaso no tenía razón al decir que mi vida siempre había estado rodeada de un halo de misterio? Mis padres no podían negarlo y esperaba que eso haría mi comportamiento un poco más comprensible a sus ojos.

Encontré un viejo cepillo de plata en el tocador y aproveché para peinarme, pues, tras los últimos días, mi pelo lo necesitaba de verdad. Luego me vestí y bajé a la planta inferior, decidida a ir en busca del señor Nelson.

No había ni rastro de Horace, pero oí voces provenientes de una sala a la derecha de la escalera de mármol. La puerta estaba entreabierta. Toqué despacio y oí la voz del duque D'Aurevilly dando permiso para entrar.

Era un gran comedor y el duque estaba sentado a la mesa en compañía de Sherlock y Arsène.

—Señorita Irene… ¡Pase, se lo ruego!

El duque me invitó amablemente a unirme a ellos en el desayuno y yo, que sentía literalmente los asaltos del hambre, acepté de buen grado.

Después de que una criada me sirviera una taza de café con leche y yo me sirviera a mi vez una rebanada de pan con mantequilla y mermelada de albaricoque, noté la mirada cordial que el duque tenía puesta en mí.

—¡Sus amigos me han contado la aventura de pesadilla que han vivido estos últimos días! —dijo—. ¡Son ustedes tres jóvenes de considerable valor!

—Tal vez no seamos más que tres inconscientes —eludí el cumplido.

El duque se rió con ganas.

—¡Así es la naturaleza! —comentó—. Ustedes son jóvenes e intrépidos. Se zambulleron de cabeza en esta historia que, en el fondo, era ajena a sus vidas, mientras que yo, un pobre viejo

achacoso, no he hecho otra cosa que esconder la cabeza bajo el ala… aunque no hubiera día en que no me viniera alguien a hablarme de ese maldito Gran Maestre —añadió moviendo la cabeza de lado a lado—. ¡Ah, y no crean que a mi vieja nariz no le había llegado el olor a chamusquina! Vaya si le había llegado… Y puede que por eso hiciera como si nada. A mi edad, uno se convence de que lo mejor es quedarse encerrado en su caparazón con el único deseo de que el mundo lo deje en paz.
—Pero usted, de todos modos, no mordió el anzuelo de Vaneighem —observó Lupin—. Eso le honra.
—Puede ser —se limitó a decir D'Aurevilly—. Pero tengo mucho que reprocharme… Si pienso en la pobre Charlotte… Me refiero a la señora Valminier.
—¿Y por qué, si me permite la indiscreción? —le pregunté.
—Verá… Charlotte es una prima lejana de mi difunta mujer —empezó a contar el duque—. Hija de un verdadero diablo que dilapidó todos sus bienes y la dejó sin un franco. Mi mujer la acogió entonces bajo su ala protectora y Charlotte vivió muchos años con nosotros. Cuando mi mujer falleció, le dejó una pequeña renta. Siempre ha sido una muchacha frágil, ingenua, deseosa de tomarse la revancha de la vida, que la había tratado tan mal. Cuando empezó a no hablar más que del Gran Maestre y de su noble plan para salvar París y toda Francia, yo habría debido preocuparme. En cambio, lo único que hice fue mascullar algún improperio —concluyó
D'Aurevilly
bajando los ojos.
Oímos que soltaba un gran suspiro, pero, cuando levantó la cabeza, había vuelto a sonreír.
—¡Por suerte, han irrumpido tres jóvenes aventureros para arreglar este feo asunto! ¿Digo bien? —bromeó.
—Simplemente estábamos en el lugar adecuado —dijo Sherlock—. La verdad ha venido rodando a nuestros pies como un canto. Aunque, debo confesarlo, hay todavía algunas cosas que no tengo claras del todo.
—¿De veras? Sin embargo, me pareció que precisamente tú fuiste el primero en saber quién demonios era en realidad ese Gran Maestre, ¿me equivoco?

—No, no se equivoca, señor —admitió Sherlock con su característica inmodestia—. Lo que no comprendo es la alusión que hizo Vaneighem a un objeto muy valioso cuando hablaba con usted. Por lo que sabemos, allí abajo debe de haber una reliquia. ¡Algo cuyo valor no es desde luego monetario!
—El Corazón de San Miguel no, mi joven amigo, sino el cofre que lo contiene… ¡Oh, el cofre sí que tiene valor, vaya que sí!
—¿Un cofre? —dijo Lupin con curiosidad.
—¡Sí! ¡Era una de las historias favoritas de mi querido abuelo, el conde Joseph! Le encantaba hablarme de cuando el rey Carlos VII, de vuelta de una campaña militar muy afortunada, recibió de un religioso la reliquia de san Miguel, que se creía perdida —explicó D'Aurevilly
—. El soberano decidió esconderla en un lugar secreto del subsuelo de París para que protegiera su amada capital, y la hizo depositar en un cofre en el cual hizo engarzar las Estrellas de África, los mayores rubíes que se conocían en la época… ¡Su valor es hoy casi incalculable!
Sherlock, Lupin y yo cruzamos una mirada: ahora todo aquello adquiría sentido. Pero no todo estaba claro aún.
—¿Y la historia del mapa dividido en ocho partes? —pregunté.
D'Aurevilly sonrió.
—Aquel rey Carlos era un hombre astuto, creedme. Cuando llegó el momento de dejar la reliquia en el subsuelo, decidió guardar en secreto el lugar elegido. Secreto para todos salvo para ocho representantes de las familias nobles más antiguas e importantes de Francia, a los que nombró caballeros de la renacida Orden de San Miguel, así como caballeros del Mapa de la Orden. Entre ellos estaban los duques de Prunes y de Alençon, el vizconde de Rochechouart y, obviamente, un antepasado mío. —En ese punto, el duque hizo una pausa y nos pasó revista con la mirada. Con aire burlón, nos preguntó—: ¿Tenéis idea de por qué hizo una cosa así, mis jóvenes amigos?
—Porque, haciendo partícipes a aquellos señores de un secreto tan solemne, pretendía estrechar con ellos un fuerte lazo de obediencia y fidelidad, supongo —contestó Holmes sin dudar lo más mínimo.
—¡Exacto, muchacho! —asintió D'Aurevilly, admirado por la agilidad mental de mi amigo—. De ese modo reforzó las relaciones

con aquellas familias y, en consecuencia, también su propio poder. A diferencia de lo que solía ocurrirme, aprecié aquella pequeña lección de historia. Lupin, en cambio, tenía algunas dudas.
—Lo que acaba de referirnos es muy razonable, señor duque —admitió—, pero entonces, ¿cómo pudo Vaneighem embaucar a tanta gente con su ficción de Gran Maestre?
—Oh, eso es fácil, muchacho mío… Tenía una aliada muy poderosa, una leyenda popular con siglos de antigüedad. Cuando conozcas mejor a los seres humanos, verás que basta con que haya unos cuantos dispuestos a creer en una leyenda para que esta se convierta inmediatamente en «verdad». Y, por desgracia, esta vez muchos nobles parisinos, con el corazón lleno de miedo, no deseaban más que creer en el cuento del Gran Maestre.
—¿Y ahora? ¿Qué piensa hacer con la reliquia? —le preguntó Sherlock a quemarropa.
—¡Absolutamente nada! —respondió el duque—. Como no sea dejarla descansar en su lugar, en las entrañas de París.
—Me temo, de todas formas, que el secreto del rey Carlos ya no es tan secreto —intervine—. Incluso nosotros sabemos que el Corazón de San Miguel se encuentra bajo la catedral de Notre-Dame. E igual que nosotros, ¡ahora lo saben los cómplices de Vaneighem!
El duque me miró a los ojos. Comprendí que estaba a punto de decirme cosas que tal vez nunca había confiado a nadie.
—No creo que haya que preocuparse demasiado, querida. A la cripta en que se guarda la reliquia no se puede llegar desde el interior de la catedral, y muchos de esos pasadizos, ahí abajo, se han derrumbado con el tiempo.
—De hecho, creo que el propio Vaneighem chocó con ese problema —estuvo de acuerdo Sherlock—. En nuestro último y movido encuentro, estoy seguro de haberle oído hablar de explosivos. Es decir, del único modo de abrirse camino en las galerías derrumbadas, supongo.
—Así es, sin contar con que, ahora, el mapa de la Orden ha vuelto a buenas manos —añadió el duque dándose un golpecito en el bolsillo de la chaqueta oscura.
Y sus palabras sonaron como la conclusión de aquella turbulenta aventura parisina.
Mis amigos y yo nos despedíamos ya cuando el duque volvió a

hablarnos.
—Pero, decidme, a propósito de Notre-Dame, ¿alguna vez habéis visto París desde lo alto de la torre norte? Es un espectáculo inigualable, sublime. ¡Nada que ver con antros mohosos! Es algo que vuestros jóvenes ojos deben ver.
Las palabras del duque me llevaron a imaginar la ciudad ofreciéndose, inmensa, a mis ojos, como un tupido encaje que se extendiera hasta perderse de vista en el horizonte.
—Sería realmente maravilloso poder subir allí… —dije.
—Y entonces, ¿por qué no vais? —nos animó el duque—. Puedo poner a vuestra disposición un coche, ¡en diez minutos estaréis allí!
Yo sabía que dentro de poco tiempo llegaría la hora de las aclaraciones, de las largas explicaciones y, casi seguro, de los castigos que mi reciente conducta me acarrearía. La idea de poder disponer aún de aquel último momento de libertad me llenaba de entusiasmo, por tanto. Sherlock y Lupin debieron de intuirlo, pues, tras un momento de duda, aceptaron con gratitud el ofrecimiento del duque.
D'Aurevilly dio una palmada con aire satisfecho, se levantó y nos invitó a seguirlo al patio. Una vez fuera del palacio, vi acercarse al señor Nelson.
—Acabo de recibir un telegrama de su padre, el señor Adler —dijo —. Llegará esta tarde. Sería oportuno, por tanto, que la señorita estuviera aquí dentro de un par de horas como muy tarde —terminó de decir, echando un vistazo al carruaje dispuesto para nosotros.
—Desde luego, Horace, se lo prometo. Volveré a tiempo —le aseguré, y me monté en el coche con mis amigos.
El duque dio instrucciones al cochero y nos despidió sonriendo. Cuando por fin nos pusimos en movimiento, volvimos a estar los tres solos.
—Eh, oíd… ¿A vosotros no os da rabia no haber visto la reliquia y, sobre todo, el cofre ese? —inquirió Lupin—. Quiero decir, ¡con esos portentosos rubíes debe de ser un objeto realmente extraordinario!
—Supongo que sí —dije yo—. Pero ahora prefiero un poco de aire fresco en la azotea de la torre de Notre-Dame. ¡Espero haber acabado por un tiempo con túneles y subterráneos!
Sherlock bostezó sonoramente.
—Por lo que a mí respecta, ahora que hemos ido hasta el fondo del

asunto, esos rubíes son solamente unos minerales como otros cualesquiera. En cambio, ¡tengo grandes expectativas para mi viaje de regreso a Londres! Creo que sostendré una de las conversaciones más interesantes de mi vida, ¿sabéis?
—¿De veras?
—Sí. El duque D'Aurevilly no está seguro de lo que puede ocurrir aquí, en París, los próximos días, así que, después de mandar un telegrama a Scotland Yard, ha decidido trasladar a Vaneighem bajo custodia a Londres, donde lo buscan por media docena de delitos al menos.
—No querrás decirme que tú…
—¡Yo mismo! Aprovecharé el medio de transporte y viajaré en tan selecta compañía.
—¿Un viaje hombro con hombro con ese delincuente? ¡Yo no lo haría ni por todo el oro del mundo!
—Es un perfecto canalla, estoy de acuerdo contigo, pero, para aquellos a los que nos interesa el crimen, Vaneighem es una prodigiosa fuente de información.
Lupin dejó escapar entonces un largo suspiro.
—Pues yo tendré una conversación con mi padre mañana. Él tampoco es ningún santo, pero me temo que no me divertiré tanto como tú.
Sherlock y yo nos reímos y, gracias a aquella salida de Arsène, bajamos del carruaje de excelente humor y nos dirigimos a la majestuosa catedral.
A diferencia de Saint-Sulpice, Notre-Dame estaba abierta, aunque totalmente desierta. Siguiendo las indicaciones del duque, al principio de la nave derecha dimos con una angosta escalera de caracol que subía por el interior de la torre norte. Emprendimos la ascensión casi corriendo, deseosos de desembocar en la azotea. Yo iba la primera y, cuando por fin llegué al final de la escalera…, me sobresalté y lancé un grito. Frente a mí se recortaba una monstruosa figura de miembros deformes que me miraba con una mueca diabólica.
Mis amigos me alcanzaron en un santiamén y en seguida oí la inconfundible risa de Sherlock.
—¡Por lo que parece, no eres una amante de la obra del señor Viollet-le-Duc! —se burló de mí.

Solo me hizo falta oír aquel nombre para comprender qué era aquello. La criatura que me había recibido allí arriba no era más que una gárgola, una de las inquietantes y enigmáticas estatuas que el arquitecto Viollet-le-Duc había colocado en la cima de la torre norte de la catedral en su reciente restauración.
Aquel gracioso equívoco sirvió para reavivar la alegría de la visita y el tiempo que pasé allí arriba, con Sherlock y Lupin, contemplando un París tendido a nuestros pies a lo largo de la sinuosa línea del Sena, es uno de los recuerdos más hermosos e intensos que guardo aún de nuestra amistad.
Por eso lamenté mucho tener que pedirles que bajáramos para volver al palacio de
D'Aurevilly
. No tenía ninguna intención de faltar a la palabra dada al señor Nelson.
Delante de la catedral, tal como el duque había dispuesto, encontramos el carruaje, que nos llevó de vuelta al palacio. Sherlock no viajaría a Londres con Vaneighem y sus guardianes antes del atardecer y quedamos en vernos antes de su marcha para despedirnos.
En la escalinata del palacio no encontré esperándome ni a Horace ni a mi padre, sino a la dama del camafeo.
—Buenas días, Irene —me saludó la mujer—. Su padre ha enviado un telegrama diciendo que llegará con unas horas de retraso.
—Ah, entiendo. Le agradezco que me lo haya dicho —dije yo con una inclinación, y me apresté a subir la escalera, pero la mujer me puso una mano fina y delicada en el brazo.
—Irene… —dijo tras respirar profundamente—. ¿Le disgustaría que aprovecháramos este tiempo para… charlar?
—No, por supuesto. Es más, será un placer —contesté sin poder apartar la mirada de sus ojos nerviosos.
La mujer me condujo a un saloncito de la planta baja, un cuartito con cortinas de brocado del que aún hoy recuerdo cada mínimo detalle.
Nos sentamos en un diván tapizado en seda azul y durante un rato no hicimos más que mirarnos, sin decir nada, igual que la noche anterior.
—Me he pasado años imaginando este momento, Irene —dijo la

dama del camafeo al fin, de repente, bajando la mirada—. Y ahora que ha llegado, todo me parece tan extraño que… —La voz se le quebró y vi que le brillaban los ojos.
Seguí el impulso de buscar su mano y apretársela. Luego agaché un poco la cabeza para encontrar su mirada.
—Hable, señora, se lo ruego.
—Claro, Irene, claro… —dijo ella mientras las lágrimas empezaban a correrle por las mejillas. Luego tomó aire y pareció reunir todas sus fuerzas. Me miró a los ojos. Y por fin habló—: Me llamo Alexandra Sophie von Klemnitz y…, y soy tu madre, Irene.
No recuerdo mucho más de aquel día. Solo que, horas después, llegó por fin mi padre directamente desde Amiens, donde se encontraba por negocios. Cuando bajó del coche en el jardín del duque, yo fui hacia él esforzándome por no correr, y él me miró con una expresión firme y seria en sus ojos límpidos antes de abrazarme con fuerza, como yo no recordaba que lo hubiera hecho nunca. No nos dijimos ni una palabra.
Detrás de mí, en el jardín, mi madre Alexandra Sophie nos miraba de pie en la escalinata de piedra de la mansión y la fuente vecina murmuraba con voz lenta y queda.
Cuando ya se ponía el sol, un carruaje me llevó al Boulevard de Courcelles, donde Arsène Lupin y yo habíamos quedado con Sherlock Holmes, que ya se marchaba a Londres. La importancia de aquella despedida, que tanto significaba para mí y que sabía que preludiaba meses de añoranza, estaba como ofuscada por las palabras que había oído por la tarde de los gentiles labios de aquella mujer…
De mi madre.
Nos despedimos y, en cuanto Sherlock y su carruaje se alejaron por las calles de un París semidesierto, llegó el turno de Lupin y mío de decirnos adiós. Se sobrentendía que yo volvería aquella misma noche a Évreux, mientras que él se quedaría en París con su padre.
Dimos unos pasos en dirección al cercano Parc Monceau, donde nos paramos. Lupin apoyó la espalda en la verja y permanecimos un rato así, en silencio. La luz horizontal del ocaso se filtraba por entre las ramas de los tilos, prometiendo con su color dorado días más dulces y templados, y la llegada de la primavera.
Lupin y yo nos miramos a los ojos; sus ojos oscuros nunca me

habían parecido tan grandes como en aquel momento.
—Pues también esta aventura ha llegado a su fin —dijo él tras un breve silencio—. Y esta vez quizá hayamos ido más lejos de lo que esperábamos.
Más tarde me pregunté qué es lo que Arsène había querido decir, pero entonces, lo único que pensé es que sí, que aquella vez nuestra investigación había traído a mi vida novedades inesperadas y realmente trastornadoras.
—Adiós, Irene.
Lupin me tomó la mano y la apretó ligeramente en la suya, que estaba caliente y seca, y que me transmitió sensación de seguridad a pesar de que, en el fondo, con él siempre me había visto viviendo situaciones arriesgadas y turbulentas.
—Arsène… —empecé a decir bajando los ojos.
—¿Sí? —dijo él con una sonrisa que yo no habría sabido decir si era de descaro o cohibida.
Lo miré directamente a la cara, con mi mejor sonrisa.
—Adiós, Arsène.
Y por aquella vez, eso fue todo.